

SECRETOS A VOCES

MUJERES ABUSADAS Y ABUSADORAS



UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE ARTES INTEGRADAS
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
CALI, VALLE DEL CAUCA

DAHIANA ALEJANDRA ROJAS MANRIQUE
Autora

Patricia Álzate Jaramillo
Directora de trabajo de grado

Luisa Téllez
Portada

CONTENIDO

1. Agradecimientos.....	3
2. Prólogo.....	4
3. Resumen.....	10
4. Palabras clave.....	11
3. Mar.....	12
Antonia.....	13
Manuela.....	14
Alejandra.....	15
4. Entre el mar y la luna.....	16
Dios o madre.....	40
Viviendo a destiempo.....	66
No le digas a nadie.....	92
5. Anexos.....	116
6. Bibliografía.....	119

Agradecimientos

Gracias a las mujeres que me permitieron contar sus historias, por su valor y sinceridad. A mis padres por ser inspiración y a la mujer que un día yo fui, a la que dejé en este libro

PRÓLOGO

Como mujer que nació en el seno de un hogar reconstructor y conductor de violencias de género, como espectadora de la perpetuación de dichas violencias dentro de los círculos sociales en que me he desenvuelto y como estudiante de Comunicación Social de la Universidad del Valle, decidí escribir este libro en respuesta a una deuda histórica que tenemos todos y todas con las mujeres. Una deuda que solo es posible pagar si en lugar de intentar controlar y encarcelar a los victimarios, se apuesta por una reconstrucción de la sociedad desde una visión de justicia e igualdad, en la que la violencia no tenga génesis desde ninguna institución social que la soporte.

Sin embargo, en Colombia, el segundo país más desigual de Latinoamérica, se han erigido y consolidado diferentes tipos de violencias que han sacudido todas las esferas de la sociedad. Son evidentes los daños ocasionados por los ataques de carácter económico, étnico, religioso y, por supuesto, de género, para los que el Gobierno no ha efectuado políticas públicas o soluciones efectivas que frenen, disminuyan y acaben con la permanente reproducción de alguna de estas violencias.

La superficialidad con la que se ha tratado hasta ahora, no solo a la reproducción de las violencias, sino también sus repercusiones en nuestra manera de convivir como individuos en sociedad, ha dejado al descubierto la incapacidad del gobierno colombiano para afrontar y garantizar el cumplimiento de los derechos fundamentales de las personas, especialmente de las mujeres. Dicho esto, es necesario aclarar que el presente trabajo tiene como foco de análisis la reflexión alrededor de las violencias ejecutadas en contra de las mujeres, pues somos las mujeres quienes hemos sufrido y resistido doblemente la violencia por efectos de la inequidad, desigualdad y violencia de género (Fraser, 1997).

La visión masculina y la concepción del hombre como el centro de todo ha dominado a las instituciones sociales tradicionales - Estado, mercado, iglesia, educación y familia- y ha construido una sociedad que alimenta la división de roles entre mujeres y hombres, privilegiando a los primeros y naturalizando su proceder. Es decir, legitimando una estructura social en la que las mujeres somos consideradas menos que los hombres, puesto que históricamente se nos ha impuesto comportamientos, roles, gustos, tareas, valores, orientaciones, ideologías, formas de hablar, vestir, convivir, entre otros; que crean una brecha sexual, una diferencia a partir del sexo y de las condiciones físicas de cada uno (Bourdieu, 1998).

Dentro de estas instituciones sociales se debe distinguir una en particular: la familia, puesto que “[...] es considerada por las teorías feministas como el espacio privilegiado de reproducción del patriarcado en tanto constituye la unidad del control económico, sexual y reproductivo del varón sobre la mujer y sus hijos”, (Falcio & Fries, 1999). Dentro del grupo de instituciones sociales que construyen la sociedad, la familia es la única que posee total control del infante en sus primeros años de vida, los más cruciales para su crecimiento y desarrollo integral. Esto hace más fácil la construcción, reconstrucción y legitimación de diferentes tipos de violencias en los niños y las niñas. Durante varios años, después del nacimiento, la familia continúa siendo entonces el cordón umbilical a través del cual, sin ser conscientes aún, descubren el mundo y cómo interactuar con él. Este espacio temporal puede plantearse como el génesis de las violencias, donde todo nace.

Bourdieu en su libro *La Dominación Masculina*, (1998), plantea que las oposiciones estructurales se van imponiendo desde el principio masculino, de tal manera que las mujeres asumimos desde el inicio un papel de dominadas gracias al hábito, es decir, las mujeres desde niñas adoptamos una percepción de vida en la que son los hombres quienes dominan desde cualquier institución social.

De acuerdo con Bourdieu, de esta mencionada división sexual se crean dos agentes: uno dominador y otro dominado, presentes en los diferentes tipos de

familias en donde el poder se distribuye según el sexo entre los integrantes y se derivan las violencias simbólicas, tipo de violencia que se ejerce de manera implícita o invisible, pero que esconde la matriz central de las relaciones de poder que se configuran dentro del machismo. Dicho en otras palabras, la violencia simbólica es la manera sutil en la que se reproducen los roles que debemos asumir las mujeres y los hombres dentro de la sociedad machista. Este tipo de violencia se encuentra tan naturalizada y soportada por las instituciones sociales que se le ha restado importancia al papel que cumple en la reconstrucción continua de violencias de género, especialmente en las familias, ya que, por suponerse de espacios privados, son casi imperceptibles. Las víctimas no hablan por miedo a ser juzgadas o, en la mayoría de los casos, ni siquiera advierten que sus derechos están siendo vulnerados.

Es esta división sexual un claro espejo del papel que las instituciones sociales han desarrollado en la construcción del género como punto fundamental que alimenta la base social de cada Estado. Desde este fundamento se han definido los diversos roles diferenciadores para hombres y mujeres como respuesta a la errónea concepción natural de los humanos, lo que deviene en las diferentes tipologías de violencias de las cuales son víctimas las mujeres en todos los escenarios de la vida cotidiana. El hombre se ha reservado todas las esferas de poder posibles y se ha asegurado de que la estructura social continúe respaldando su hegemonía partiendo desde la familia, epicentro, génesis, primer conducto y agente perpetuador de la violencia de género.

No basta con declarar la igualdad de trato, cuando en la realidad no existe igualdad de oportunidades. Esto significa que el diferente y jerarquizado papel que los hombres y las mujeres tienen dentro de la familia y la sociedad, y las consecuencias de esta asignación de papeles en el ciclo de vida, dificultan enormemente cualquier propuesta de igualdad, (Lamas, 1996, pág. 216)

Lamas plantea que mientras dentro de las dinámicas sociales y desde sus instituciones legitimadoras no se generen cambios radicales, hombres y mujeres

seguirán adoptando las mismas características culturales machistas. La violencia de género se seguirá construyendo socialmente, es decir, se continuará creando una idea o noción que parece natural a quienes la aceptan pero que puede no reflejar la realidad acerca de los roles y tratos que deben tener las mujeres y los hombres.

Este libro pretende fungir como un espejo en que se lean las experiencias de vida de cuatro mujeres que se unen para contar una misma historia de violencia dentro de la privacidad de sus hogares y perpetrada por las personas que se suponía debían cuidarlas. Para contar las historias se reconstruye la memoria, de manera individual en primera instancia, como la herramienta y el medio por el cual se contarán los secretos que jamás habían contado; experiencias que se encuentran dispersas en las memorias individuales o en las de grupos minoritarios, que por lo general son excluidos y silenciados, pero que, al ser reunidas y expuestas a la luz pública, permitirán contemplar la verdad de lo que hemos vivido incontable cantidad de mujeres a lo largo de la historia.

Uno de los objetivos del presente trabajo es generar en las mujeres de estas historias la sensación de sentirse escuchadas, que vieran en el relato de sus dolores un medio para liberarse de los traumas que nunca habían desahogado. Generar un espacio que les permitiera llorar lo que habían ignorado durante años, sanar y deconstruirse sin el miedo a ser juzgadas, por lo que he cambiado la identidad de cada una, en una incansable búsqueda de la verdad sin restricciones. Además, brindarles la posibilidad de ver con otros ojos lo ocurrido y utilizarlo para construir el futuro de una manera distinta. Asumir que entrar en un proceso de sanación individual incidirá en la sanación colectiva de todas las mujeres que hemos sufrido las mismas violencias hace más representativa la colaboración de ellas, lo que permitirá continuar con la sanación de otras mujeres por medio de sus relatos.

Así mismo, como mujer víctima de esta violencia, me involucré directamente con las historias de cada una de ellas. Yo misma me identifiqué con sus experiencias a pesar de pertenecer a contextos diferentes, lo que corroboraría una vez más la unión innegable de todas las historias entre sí, entrelazadas bajo el mismo dolor y

sufrimiento de mujeres que nunca nos habíamos sentido escuchadas. Ellas y yo nos desnudamos ante el público, ante cualquier persona que lea las líneas que componen este libro y que describen la realidad que se vive en millones de hogares, en familias que puede ser la de su vecina, una amiga o la suya propia. De allí partió mi decisión de escribir sobre violencias de género, buscando analizar la construcción y perpetuación cotidiana de dichas violencias en las familias, desde la necesidad de contar mi propia historia y contar la de otras mujeres víctimas cercanas a mí, quienes ni siquiera se asumían como víctimas.

Por ello, este libro está escrito en primera persona, ya que no solo ellas cuentan sus experiencias o yo cuento la mía, también hay una constante reflexión sobre cómo estas historias intervienen en mi propio relato y cómo yo incido en su proceso de sanación. Sin querer al principio y sin nunca haber estado juntas en un mismo espacio, todas componemos una macro relato que se descubre a través de mi mirada y que compone la realidad de cada una de nosotras, quienes somos conscientes de nuestro rol como víctimas de una cultura milenaria y de la responsabilidad social que tenemos al poder educar y exponer nuestra verdad a una sociedad que se ciega frente a los abusos que tienen lugar en la privacidad de las familias, y que, por su propia naturaleza, no se asumen con la seriedad y celeridad requerida.

Cada una de las sesiones en las que trabajé con las chicas fueron grabadas en audio con el consentimiento de ellas siguiendo una estatura diseñada en compañía de mi directora de tesis en la que se describió explícitamente que núcleos temáticos se trabajarían con cada una de las mujeres, puesto que, por la diversidad de historias, cada una debía tener un trato personalizado. El trabajo fue simultáneo: mientras recolectaba horas de audio de las entrevistas, transcribía a texto las mismas. Desde la última entrevista, me tomó poco más de un mes a mi sola, terminar la transcripción de la totalidad de los audios grabados. En el momento previo a la escritura del libro fue de vital importancia la lectura de diferentes referencias bibliográficas para tener una guía acerca de cómo quería que fuese el

tinte narrativo, además, de la constante ayuda y colaboración de mi directora de tesis.

Al terminar, me sentí a gusto con el texto, puesto que a mi parecer, logré que con nuestro relato otras mujeres se puedan sentir identificadas y, en primera instancia, pude incidir en que estas mujeres y yo misma iniciáramos un proceso para sanar nuestras propias heridas y no continuar perpetuando las mismas conductas en otras personas, mujeres y hombres, con el objetivo de aportar e iniciar desde la individualidad una reconstrucción social y colectiva que busque no seguir construyendo y perpetuando violencias por género.

RESUMEN

Como mujer, como víctima y estudiante del programa de Comunicación Social de la Universidad del Valle, sentí la necesidad de dedicar mi trabajo de grado a la búsqueda hacia la comprensión de los procesos de construcción y naturalización de las violencias de género en la vida cotidiana del entorno familiar en un grupo de mujeres jóvenes del Valle del Cauca que vivieron o viven en el seno de familias violentas criadas por mujeres que, aunque alguna vez fueron abusadas, hoy, en cambio, abusan de ellas. Quise indagar sobre estos procesos pues soy consciente de la construcción de violencias de género que se gestan en las familias y los enormes cambios que ha suscitado esta situación en la sociedad colombiana y en sus diferentes ámbitos -social, económico, político y cultural, especialmente en la las mujeres jóvenes, pues son quienes se han visto expuestas al abuso y alteración de su cotidianidad desde edades muy tempranas como consecuencia de una cultura milenaria. Esta búsqueda se llevó a cabo a partir de las narrativas testimoniales de cuatro mujeres, incluida la autora, lo que significó adentrarme en tres universos nuevos con formas propias de expresarse, actuar y ver el mundo, así como el escarbar en mi memoria y recordar experiencias que mantuve en secreto por años. Me tomó meses poder hacer justicia a sus relatos por medio de mi narrativa, pero que, al terminar siento que somos el espejo de muchas más mujeres que encontrarán en este libro una fracción de la propia realidad que otras viven, un aliento para su propia deconstrucción y lucha, una voz que grita que no estamos solas y que juntas podemos reconstruir un futuro mas justo y sano para las generaciones venideras.

Palabras clave

Violencia de género, violencia simbólica, acoso sexual, familia, machismo,
discriminación sexual.

MARÍA DEL MAR

«¿A usted es que la violaron?», le preguntó Persides, su abuela, cuando tuvo el valor de confirmarle que le gustaban las mujeres. Esa fue la pregunta que forzó a María del Mar a huir de su casa luego de vivir 18 años con la única figura de poder con la que alguna vez haya convivido. A su papá lo conoció a los 14 años y su madre se fue del país cuando ella tenía ocho. Desde entonces vivió con su abuela materna, quien la crio y violentó por ser lesbiana, por las acciones de sus padres, por muy tímida, por grande, por ser mujer, por todo y por nada, todo el tiempo, hasta que Mar se marchó de su casa.

Es una mujer afro, de 1,76 de estatura, estudiante de una universidad pública; hija de un español, blanco mestizo, nómada y aventurero y una mujer afro nacida en Caloto, municipio del departamento del Cauca, al sur de Colombia. Todavía se sacude cada poco los miedos, inseguridades, traumas y dolores que le dejó la crianza de Persides, una matriarca machista a la que aún no perdona del todo. Decidió participar en este libro por su necesidad de sanar con el objetivo de ayudar a otras que necesiten el valor para dejar de permitir el abuso y la violencia y para recordarse a sí misma que es importante aprender a decir la palabra “no”.

ANTONIA

“«*Yo soy Dios*», me dice cuando le llevo la contraria, para argumentar que se tiene que hacer lo que ella diga. Mi mamá está loca, me pega, me estruja, me humilla, no le importa nada. Le agradezco que se sacrifique para poder pagar mis estudios en una universidad privada, pero apenas me gradúe, me iré de allí. Mi vida es como la película «*Precious*», ¿te la has visto? He sufrido hasta abuso sexual, pero para ella no fue importante”.

A sus cortos 22 años, Antonia ha enfrentado abusos, la adicción a las drogas y hasta la desaparición por voluntad propia en soledad, sin la compañía de su padre o siquiera el apoyo de su madre. Es una mujer increíblemente enérgica con ojos tristes y voz profunda, misma voz con la que cuenta sus experiencias que revelan una vida llena de violencias, pero en la que mantiene todavía la esperanza de una reivindicación para las mujeres.

MANUELA

“De niña sí era muy cariñosa con mis amigas, mis papás me preguntaban si era lesbiana; pero ahora se quejan de lo fría y parca que soy”, me comentó Manuela en la única entrevista que tuvimos una tarde calurosa en un café de un pueblo del departamento del Valle del Cauca, casi a escondidas de su madre, quien nunca quiso tenerme cerca de su hija por miedo a la influencia que pudiera tener en ella mi espíritu libre y rebelde.

Manuela es una mujer proveniente de una familia campesina, de rasgos indígenas, alta y delgada. A sus 28 años, ella misma reconoce que vive las etapas que no disfrutó en su adolescencia y recién descubre los traumas que le dejaron las continuas prohibiciones, manipulaciones y el total control del que fue víctima durante los años que convivió con sus padres, con quienes a la fecha trabaja profesionalmente mientras intenta enseñarles el valor de la libertad.

ALEJANDRA

"Nunca me debes tener secretos a mí, ¿me entiendes? Nunca", es la frase de su madre que más ha calado en su mente desde que tiene uso de razón y, en pocas palabras, moldea su vida, pues Alejandra nunca aprendió a ocultarles información a las personas. Es una mujer mestiza de estatura baja, atlética, que emprendió este camino en busca de transformar esas experiencias de vida violentas en procesos de catarsis y perdón.

Nacida y criada en el seno de una familia campesina del norte del Valle del Cauca, con un modelo de crianza conservador, patriarcal y machista, se destaca por querer romper con todo eso sin olvidar su origen. Ama el campo y los animales, al igual que su familia, pero no comparte las ideas que ellos tienen sobre el deber ser de la mujer o lo que la masculinidad hegemónica supone. Ella, comunicadora social de la Universidad del Valle, trata de vislumbrar en su proceso académico la complejidad de esas relaciones de poder/sumisión y violencia simbólica que se entretajan en el espacio privado de la familia y cómo estos factores inciden en las formas de habitar y entender la realidad de un país azotado por la violencia y la desigualdad social.

ENTRE LA LUNA Y EL MAR

“Cuando mi mamá se fue me pidió que todas las noches mirara la luna pensando que ella la estaría viendo también. Años después supe que eso era imposible y yo bien pendeja mirando la luna pensando que donde ella estaba también era de noche. En cambio, al Mar lo vi por primera vez cuando mi papá me llevó a conocerlo. Fue un septiembre, decidimos ir a Juanchaco en Buenaventura por la época de ballenas. Sentí esa inmensidad, pensé que esa vaina me podía matar, me podía desaparecer; pero a la vez me transmitía calma, me tranquilizaba: me permitió callar mis pensamientos, sentí que me recargué de nuevas energías y pude dejar ir todo. Eso es raro, nunca he vivido con mis papás, nunca los he visto juntos, no sé qué se siente, pero cada uno representa algo mágico en mi vida”.

El miércoles 23 de noviembre de 2016 salí de clase de guion a las cinco de la tarde. Hacía calor, como todos los días. El sol todavía se dejaba ver entre las ramas de los grandes árboles de mango que separaban mi edificio del de la Facultad de Diseño Gráfico ubicada al lado derecho de nosotros.

Me senté en una de las bancas que están afuera de la Escuela de Comunicación Social. Todos los estudiantes y profesores se habían ido, adentro no quedaba casi nadie. Dejé caer el maletín a mi lado derecho y puse los pies sobre la raíz muerta que está justo en medio de las bancas de cemento. Ese día no tenía mucho que hacer, más que caminar 15 minutos hasta mi casa y dejar pasar el tiempo en mi cama hasta quedarme dormida.

Saqué el celular del bolsillo derecho de mi sudadera roja, revisé el WhatsApp por simple costumbre, volví a meter el celular al bolso y en ese momento llegó Nicolás. Él era un chico de estatura promedio, robusto, blanco y rubio, siempre caminaba con la espalda encorvada, su suave y dulce voz iba muy bien con su nobleza y

timidez. Se sentó en la banca frente a mí y puso los pies en la misma raíz. Hablamos sin mucha profundidad varios minutos sobre el semestre que estaba terminando, de los profesores, la tesis, entre otros temas académicos.

— Entonces no estoy muy segura si matricularla el siguiente semestre o ya terminando el otro año, porque donde yo les diga a mis papás...

— Ve, ¿vos todavía fumás? —Nicolás me había interrumpido repentinamente, no sabía que él fumaba y mucho menos que supiera que yo sí.

—A veces, ¿por qué? — Le respondí.

—Vamos a la plazoleta, tengo unos amigos esperando por mí—. Yo asentí con mi cabeza y me levanté como un resorte.

La plazoleta era conocida por recibir a estudiantes de todas partes de Cali: universidades, colegios, institutos, de todos los lugares académicos y no académicos, a fumar marihuana. Todos lo sabían, todos lo sabíamos, pero consumir, vender y comprar drogas allí no era un problema de vital importancia como se podría pensar. Ningún rector había hecho algo al respecto y la verdad a nosotros, aunque éramos conscientes de cumplir un rol activo en la cadena del microtráfico que se había apoderado de la universidad, no dejaríamos nuestro espacio sagrado, ni de fumar o comprar marihuana.

— Mucho gusto, María del Mar— me dijo.

— ¿Cómo? — le respondí.

—María de Mar— me repitió.

— Alejandra —le contesté.

Ella era una morena grande, con un rostro dulce pero imponente, de ojos oscuros, pestañas grandes y onduladas y cejas muy pobladas, que hacían que su mirada impactara; su boca, en cambio, delgada y pequeña no llamaba mucho la atención. Llevaba su cabello negro descuidadamente recogido hacia atrás con una liga, camisa azul de cuadros, jeans negros, grandes y holgados. No llevaba maquillaje, parecía más bien que no era una mujer de maquillarse nunca. No tenía esmalte de uñas, ni pulseras, ni cadenas, ni ningún accesorio.

Los demás, sus amigos, eran Sophie, una chica de mediana estatura, delgada, piel morena y ojos achinados, con una voz fuerte, comentarios muy ácidos y una manera de pensar muy madura para sus escasos 19 años. Paola y Estefanía eran de otro semestre, altas y delgadas; Paola tenía un pensamiento crítico muy marcado, Estefanía en cambio, tenía una personalidad más artística y desinteresada de todo. El único hombre era Santiago, parco y callado, aprendía de las violencias de género cada que nos adentrábamos en ese tipo de discusiones.

“Préndalo usted para que mate esa tusa”, me dijo mientras me extendía su mano con la que sostenía el cigarrillo de marihuana que nos íbamos a fumar. Yo había terminado una relación que intentaba mantener desde hacía años y no hablaba de otra cosa. Luego de escucharme, ella creyó que lo único que podía hacer era distraerme con el porro más grande que yo alguna vez hubiese fumado. *“Gracias”*, le dije, y como cualquier principiante, después de varios intentos, lo prendí.

Ese día hablamos de sexo, fiestas, trabajos de la universidad, los cumpleaños que pronto vendrían, contándonos un poco de cada uno. No fue mucho, pero fue lo suficiente. Luego de eso, nos reuníamos cada miércoles después de clase a fumar marihuana en la plazoleta de la universidad. A veces éramos seis, a veces 15 y a veces solo éramos ella y yo. Siempre supe que, excepto ella, los demás poco me soportaban; yo aún luchaba con las violencias impuestas a lo largo de mi vida y

cada tanto se me salía comentarios hirientes. María del Mar fue la única que me entendió y poco a poco me fue educando desde su experiencia de vida, que era muy diferente a la realidad que yo vivía.

— Primera entrevista a María del Mar Saralegui, enero 28 de 2019, 3:30 pm. ¿Cómo fue vivir con tu abuela?

— *Siempre me pregunté: ¿Sería todo diferente si viviera con mis papás o también sería igual de paila? Vivir con mi abuela me convirtió en una persona que a veces no quiero ser y no quiero repetir, pero es inevitable no serlo, hay cosas que le heredé y no he podido hacer nada. Ella siempre me estaba recordando que yo no servía para una mierda, que era una inútil, nunca nada era suficiente, ninguna actividad por fuera del colegio estaba bien. Lo más difícil es que como mujer siento que por ella es que renuncio a todo cuando no soy buena, pero es que no siento que sea buena para nada, como ella me decía. Viviendo con ella supe que ser “mujer” era hacer, ser y comportarme de una manera que a mí no me gustaba. Me querían embutir una feminidad que en mi mente nunca tuvo lugar: ponerme faldas, tacones, que entre otras cosas nunca han sido lo mío. Siempre estábamos discutiendo, ella diciéndole a mi mamá “no me la soporto, mande por ella”. En el colegio me iba súper bien, pero solo le importaba lo demás. Viví con ella hasta los 21 y cuando por fin me fui, descansé.*

—Lo siento —le dije cuando terminó la frase. Noté que su voz estaba a punto de desquebrajarse, al igual que sus lágrimas a desbordarse por las esquinas de sus ojos. Ella sin decir nada se acomodó en su silla, respiró hondo unos segundos, sin mirarme ni siquiera un poco, en silencio absoluto. Yo la miraba, esperaba que se recompusiera al mismo tiempo que mis pies se acomodaban en el piso para, si ella lo permitía, abrazarla. Sin embargo, ella pronto continuó.

— Una de las cosas más tristes es que muchas veces reproduzco sus actitudes y soy igual de machista, tengo sus mismos pensamientos, es difícil reconocerlo y más difícil aún sacarlos de mí. Es una puta cagada. Yo trato de ponerme en sus zapatos, pero sencillamente uno no entiende por qué la gente hace lo que hace. Todo mundo tiene justificaciones para sus actos. Si le preguntas a un violador por qué viola, esa persona, desde su locura, te va a justificar sus acciones. Ella tendrá sus razones para ser una gonorrea, ¿por qué una gonorrea conmigo? No sé. Todos estamos rayados con la gente que nos crió, toda la gente que pasa por tu vida y sobre todo la familia, que es el primer contacto que tienes con el universo desconocido, deja huella en tu personalidad: miedos, inseguridades.

— ¿Qué pasó cuando tu mamá se fue?

— Sentí rabia, impotencia y abandono, lo puedo resumir en esas tres palabras. “¿Cómo así que te vas a ir al otro lado del charco y no nos vas a llevar si sabes que tu mamá está loca?”, me pregunté pero jamás se lo dije, preferí quedarme callada. A pesar que era una niña de escasos ocho años, yo sentía que me estaba abandonando y sabía que era lo que me corría pierna arriba. ¿Cómo no me iba a dar rabia que mi mamá se fuera y me dejara a los ocho años con doña Persides? A los ocho años ya sabía que viviendo con mi abuela no podría ser una mujer libre.

— ¿Perdonaste a tu mamá?

— Sí, porque ya he madurado. Ella todo el tiempo por teléfono y cuando yo fui a visitarla, me decía que se perdió muchas cosas y bla, bla, bla. Creo que alguna vez le pregunté por qué no nos había llevado y ella dijo que era el trabajo, que no tenía tiempo para cuidarnos a mi hermana y a mí, que ella se fue a probar suerte y que cómo se iba a llevar a dos niñas sin ella saber qué iba a pasar. Dijo que sí, que debió llevarnos con ella, no esperar a preguntarnos si nosotras queríamos ir. Pero

pues cagada, ¿no? Yo la entiendo, ella no sabía nada de su futuro, todo era incierto y pues su personalidad... Es una mujer aventurera y nosotras no íbamos a truncan su camino. Yo siento que mi mamá nunca ha sido madre como tal, siempre ha tratado de ser más nuestra amiga, no piensa como mamá sino como mujer. No es que ella no quisiera ser madre, pero creo que no estaba lista.

La noche había caído, fría y lluviosa. Eran las 11: 13 p.m. cuando Mar se despidió de un beso en la mejilla, inmediatamente me senté y revisé mis notas, debajo de mi agenda estaba la carta de su padre, guardada en un sobre blanco rectangular con un pequeño cuadro de plástico transparente que dejaba leer un poco su contenido, en la parte de atrás cinco sellos de España y la dirección de la persona que la recibía en Colombia escrita con tinta azul y una letra cursiva difícil de leer. Al frente estaban los datos personales de la persona que enviaba la carta "Pedro Saralegui, Gran Vía Ramón y Cajal # 8 perta 6 planta 3; 46007 España". Ella me la había entregado con algo de recelo, toda su vida había puesto muros a su alrededor para evitar verse vulnerable, y permitirme leer sus secretos era exactamente hacer eso que siempre había evitado.

"Hola María Del Mar, hija, espero que estés bien, acaba Luz de traerme tu segunda carta, bueno la verdad tu primera carta me afectó mucho más que esta segunda. Mira, a tu tía Sonia y a tu abuela no las vas a cambiar en tu puta vida, porque tienen mil años y no van a cambiar, aunque quieran. En los tiempos de tu abuela ser lesbiana era el colmo de la degeneración y eso no lo va a cambiar ni Dios que baje del cielo. Para ellas los homosexuales, putas, drogadictos, borrachos y cualquier mierda que se te ocurra, lo meten todo en el mismo saco. Te voy a sacar de allí y te voy a traer para aquí, si pudiera lo haría en menos de un mes, pero cuando pueda así tenga que atracar un

banco. Si no le has dicho nada a tu hermana es porque no confías del todo en ella, tú sabrás por qué...

Dices que te dan ganas de salir corriendo, y yo si echo a correr me pegan un tiro, así que hija toca joderse. Yo también quiero salir corriendo, solo que a mí no me insultan, a mí me muelen a palo, y tengo 57 años, ya los palos no los aguanto como antes.

Oye, por qué no te rebelas, si REBELIÓN, LUCHA. ¿Vamos a ver, piensa yo también recibí una cultura cristiana que me hacía respetar a mis mayores, pero OJO los mayores también nos tienen que respetar o es que somos perritos que nos movemos a su antojo? mi padre me torturaba de niño, han pasado 30 años, no lo he perdonado, no lo perdonaré... no sé qué me lo cruce y lo mate a golpes. ¿Me entiendes? Hay que respetar a quien te respeta, a los demás, sean quienes sean, a hostia limpia siempre

[...] A tus putas tías, salvo excepciones, más les vale callar. A tu abuela y a tu tía Sonia, si te maltratan, ¿por qué te callas? REBÉLATE, mándalas a la puta mierda. Sal y entra cuando te salga del coño y si no les gusta, dos bofetadas tuyas y las pones en su sitio. Cuando hablen mierda de ti o tus amigos, no te calles, defiéndete y defiéndelos, lucha. Anda, no jodas, LUCHA Y PELEA, por tus derechos de ser humanos, JUEGA CON EL MIEDO. Por desgracia hija, la violencia es un componente del miedo. Que salgan corriendo ellas, pero del miedo que te tengan. Que no está bien y ¿qué es lo que está bien? pon las claras que tú eres una Saralegui no una puta basura.

Así que familia ni que hostias, lucha por tu libertad y tus derechos y si Dios quiere, en dos años te vienes. Viejo y todo lucharé como un león para que no te falte nada. ¡El único miedo que tengo es dejarte sola en un país desconocido porque a mí me pase algo malo, pero qué mierda! Me han disparado seis tiros dentro de un coche y no me dio ninguno. Pero te repito, no permitas que te amarguen tu juventud, ni tu abuela, ni Sonia, ni toda la partida de gilipollas de tus tías. Recuerda que eres Saralegui y los Saralegui tenemos dos cojones o dos ovarios y al que no le guste que le den por el culo y si no, les das bofetadas en la puta jeta y problema resuelto.

Bueno hija, siento que la carta resuma violencia, pero la vida no es justa.

Te quiere, tu padre.

Pedro.

¿Por qué tanta violencia en su carta? Fue lo primero que pensé. Sabía que era un español aventurero, pero asumí, quizá por equivocación que era algo tímido, como Mar, amargado de pronto y mujeriego, eso seguro, pero no que aconsejara a Mar de abofetear a su abuela como mecanismo de defensa. Estaba claro que la apoyaba, más allá de la distancia física, los secretos que él aún guarda, el desconocimiento uno del otro, él la apoyaba y buscaba que ella supiera defenderse de su familia, a toda costa. Lamenté mucho que esas palabras se hubiesen quedado en meras intenciones, Mar nunca se fue, Pedro nunca mandó por ella, no pudo hacerlo y ahora ya es muy tarde para intentarlo.

La plazoleta se había convertido en la oficina de todos. Cada día a las 12:30 p.m. por tardar, Sophie, Paola, Estefanía, Santiago, María del Mar y yo, nos reuníamos allí para pasar el rato mientras entrábamos al restaurante a almorzar y otro rato más cuando salíamos de clase en la tarde. La marihuana era la razón principal de nuestras reuniones diarias, el sentarnos a fumar acompañados de música y amigos, el sol radiante y el viento característico del sur de Cali rozándonos la piel, era un placer con el que nos gustaba deleitarnos. Siempre nos sentábamos en el mismo muro, escuchábamos reggae y éramos libres hasta que se hacía de noche y teníamos que volver a fingir la traba a nuestras casas. Todos nosotros, algunos sin quererlo admitir, cargábamos con mucho más que nuestro propio peso en la espalda: abandono parental, violencia de género, homosexualidad, trastornos mentales, racismo, entre otros. Las drogas no eran necesariamente nuestra manera de ignorarlo todo, éramos lo que se denomina “consumidores conscientes”, fumar era como tomar el café después de comer.

María del Mar, por ejemplo, a los ocho años había sido obligada a vivir con su abuela, su abuelo, su tía Sonia, su prima Luisa, su primo César que permanecía todo el día allí y su media hermana materna, Vanessa. Hasta entonces pensaba que Pedro, su padre, estaba muerto en algún lugar desconocido de Europa, de él nadie sabía nada. Su mamá, Beatriz, se había ido a probar suerte con una amiga a un restaurante en Madrid, España. Lo único que tenía seguro cuando se fue era la angustia de no saber qué podría pasar, y que dejó a Mar y a Vanessa con su mamá, Persides.

Persides era la matriarca de la familia, una mujer de 1.60 de estatura, no muy robusta, de cabello corto trenzado, piel oscura y brillante; sus manos arrugadas y sus ojos tristes dejaban ver todos los años de trabajo que había soportado, a un marido machista, ocho hijas y 16 nietos. Nació en Caloto-Cauca el 6 de septiembre de 1937, siendo la tercera hija entre 13 hermanos. Llegó a Cali hace 50 años, huyendo de la guerra política entre liberales y conservadores y nunca dio vuelta atrás. Era una mujer perspicaz, dura y, por momentos, cruel. Le había pedido y casi hasta exigido a sus hijas que se casaran con hombres blancos, *“¡ustedes tienen que mejorar la raza!”*, *“aquí negro ni el teléfono”*, les decía, y todas habían tenidos hijos con hombres de tez clara, por influencia o casualidad. Ninguno de los nietos de Persides tenía su mismo tono de piel, pero, para ella, tener la piel más oscura que todos los demás no era un problema, el problema real era que sus nietos también la tuvieran, así como había pasado con sus hijas, porque al parecer, esa regla que tanto había exigido ser cumplida no había incluido a Eliodoro, quien sería su esposo hasta el dos de abril de 2005, cuando un cáncer de próstata lo mató en la clínica Valle del Lili, al sur de la ciudad.

Ese sábado Persides llegó a la habitación 206 después de almuerzo, era un día soleado y fresco, las noticias no dejaban de emitir la muerte del papa Juan Pablo II, a quien una insuficiencia cardíaca lo había reunido con su Dios antes de que ese día en Colombia amaneciera. Eliodoro llevaba un mes hospitalizado en el piso de cuidados intensivos, además del cáncer, padecía de Alzheimer, solo en tres años había perdido la capacidad de reconocer personas, recordar su pasado e incluso su

propia identidad. Persides lo visitaba sin importar su estado, pero sabía que, más temprano que tarde, él ya no iba a aguantar más.

A las 3:45 de la tarde, Eliodoro casi mágicamente despertó. Volteó su cuerpo hasta quedar de frente a ella.

— ¿Persi? - le dijo.

— ¿Qué le pasó mijo? Estese ahí tranquilito- Ella dio un salto y pegó un grito como el de un gato, apenas se dio cuenta que era él quien la llamaba. Él había perdido la capacidad para hablar, su alzhéimer estaba en etapa terminal y ya ni siquiera tenía ataques de violencia, su cuerpo estaba agotado debido al cáncer que se lo estaba comiendo por dentro.

— Mija...—Intentaba decirle

— No hable mijo que es peor, quédese aquí quietico— le pedía Persides mientras se acomodaba en la silla al lado derecho de la camilla.

— Mija, perdóneme todo lo que le hice— Eliodoro hacía pausas entre palabras por el esfuerzo para hacerse entender— usted sabe que fue mi única señora. Eliodoro hablaba de Mercedes, su amante de toda la vida, nunca tuvo hijos con ella, ni dejó sola a Persides una sola noche por dormir en otra cama, pero Mercedes fue su acompañante durante años y Persides se lo recordó casi todos los días hasta que la enfermedad ya no lo dejó recordar más.

— ¿Qué? Qué me va a andar pidiendo perdón a estas horas— le respondía ella mientras manoteaba en el aire— descanse mejor que usted sabe que jamás lo voy a perdonar-replicó, le acarició la frente y le subió la manta hasta el cuello.

—Mija, usted era la única, perdóneme antes de morir— le rogaba Eliodoro con sus últimas fuerzas.

— Bueno, ya le dije que no, no me haga enojar. Espere ahí que voy a llamar a la enfermera para que duerma un ratico— dijo eso y salió del cuarto.

Persides volvió a su casa a las siete esa noche, justo cuando el noticiero empezaba emitir el segundo resumen del minuto a minuto de la muerte del Papa. Comió su cena y a las nueve de la noche ya estaba acostada en su cama a punto de dormir. A las 9:26 sonó el teléfono fijo, Persides levantó la bocina y 47 segundos después ya había colgado. Eliodoro había muerto.

Elio, como le decían de cariño, era un trabajador de un ingenio de la zona, conductor de un camión en el que hacía mudanzas y músico en los bares los fines de semana. Como si el mundo pudiese ser más contradictorio, tenía una piel oscura y fuerte, no se parecía en nada a lo que Persides, al parecer, admiraba de un hombre. Él era callado y permitía que ella regañara todo el día a los niños, nunca la interrumpía o desacreditaba. Llegaba del trabajo y se concentraba en su bicicleta o en su camión, solo un par de veces le pidió a Persides que no les gritara a sus nietos, pero ella y su típico “*yo soy la que los estoy criando*” no le dejaba hacer mucho.

Su error fue engañarla con una relación alterna durante muchos años y, aunque se comentaba que ella lo había engañado también, dejó que él muriera intranquilo por su error. María del Mar siempre decía que sintió a su abuelo durante varios meses en la casa después de su muerte, como si el alma de Eliodoro estuviera penando por alguna deuda pendiente. Pero exactamente, como María del Mar me había dicho, «[...] *Toda la gente que pasa por tu vida y sobre todo la familia, que es el primer contacto que tienes con el universo desconocido deja huella en tu personalidad, miedos, inseguridades; la familia te raya*», y sus palabras no cobrarían más sentido hasta que me dispusiese a averiguar quién era Persides, quienes habían sido su familia, en una búsqueda inalcanzable de entender eso a lo que María del Mar quería darle respuesta, ¿por qué eran tan, en sus propias palabras, gonorra?

Persides había nacido en medio de más de una docena de hijos: Alba, José, Aldemar, Isabro, Marleny, Dominga, Marciana, Eliecira, Leyder, Chia, Luis y Julia. Sus papás Leonilde y Olmedo, eran dos afrodescendientes dueños de varias fincas en Caloto en el departamento de Cauca. Persides creció entre gallinas, aire fresco, bichos, el patrimonio cultural de su gente y todas las verduras y frutas que se

cultivaban en las tierras de sus padres, llenas de colores vivos y raíces fuertes. En ese entonces, no existía la guerra entre partidos políticos, ni el narcotráfico, ni las vacunas extorsivas o las drogas duras; pero la gente igual tenía otras excusas para exterminarse entre sí o, para violentare de todas las maneras.

La finca estaba ubicada a una hora y media de la escuela, eso si el caballo era joven y tenía buen ritmo; a Persides le tomaba dos horas. Como estudiar no era una prioridad, tan solo asistió hasta el tercer grado y jamás volvió a pisar un colegio hasta que fue a las reuniones escolares de sus hijas. Se pasaba sus días ayudando a su mamá en la cocina, limpiando la casa, pelando las gallinas, llevando comida a su papá en el potrero, entre otras labores. Hasta que Norberto, un afro delgado, alto y de un bigote mal hecho la embarazó y abandonó apenas supo de su gestación. Cuando don Olmedo lo supo la hizo sangrar tanto que no cupo en los pantalones por una semana, con la hebilla de una correa negra y gruesa le pegó hasta que le reventó las piernas. Él lloró a escondidas, renegó y maldijo la vida de Norberto, pero no podía abandonar a su hija y su nieto, muy a pesar de la vergüenza que se levantaría en la comunidad por tener una hija con un bastardo, una mujer que, para él, ya había perdido su valor.

A los 15 años, Persides ya era madre de una bebé sana y regordeta, parecía más bien una niña cuidando de su hermanita cuando su mamá se iba a levantar maleza con su padre. No tenía la contextura física, la capacidad económica ni la madurez mínima para criar a una niña. Ella estaba casi segura de que pasaría el resto de su vida sola con su hija, al cuidado de sus papás hasta que ellos murieran y que el resto sería esperar hasta que a ella le pasara lo mismo. Y así hubiese sido de no ser por Eliodoro, a quien conoció en 1955 y con el que la esperanza volvió a ocupar un espacio en su mente.

El rumor corría como el viento en el pueblo. “Persides se preñó otra vez”, “Ese Eliodoro sí es cabrón, le va a criar la hija de otro”, eran los comentarios que se escuchaban detrás de las estanterías de cristal de las tienditas, a eso de las cinco de la tarde, cuando los trabajadores terminaban el jornal y se sentaban en los andenes a tomar cerveza. Pero Elio era un hombre casi completamente solo, no

tenía papás, hermanos, tíos o tías; nadie le aconsejó qué hacer en ese momento y él, creyendo en su instinto, se fue a vivir con Persides y Sonia, la hija que ella ya tenía.

La historia de Persides se dividió por partes cuando en 1959 le tocó salir desplazada de su casa y huir a Cali. La violencia entre los partidos políticos liberales y conservadores convirtió su hogar en una cacería interminable entre los simpatizantes de cada uno de los partidos. Todas las semanas rodaban cabezas, violaban mujeres y niñas, los niños eran reclutados y los bebés asesinados a cuchillo estando aún dentro del vientre de sus madres. A cinco familias les tomó dos horas y seis carros de mudanza para llegar al agitado y caluroso norte de Cali, la gran ciudad del departamento del Valle. Persides no sabía más que cocinar y limpiar, así como le había enseñado su mamá; Eliodoro, en cambio, no sabía hervir un agua porque los hombres olían feo en la cocina, según decía su esposa; él había estudiado un curso de agronomía y a pesar de que vivirían de ahorros un tiempo, era joven y sano, él tenía más posibilidades laborales en la selva de cemento que no conocían.

Seis hijas más y medio siglo después, Eliodoro había muerto sin memoria y sin perdón. No tenía más familia que la que construyó con Persides, no tenía amigos, ya los había olvidado a todos; ninguna de sus descendientes podría heredarle su apellido a un nieto. Su recuerdo permanecería entonces en la memoria de unos pocos.

Había pasado solo una semana desde la última vez que nos vimos, pero yo no había aguantado más. Acordamos vernos en mi casa de nuevo, yo vivía sola y era perfecto para tener charlas en total privacidad. Algunas visitas tuyas no eran para entrevistarla, nos habíamos hecho mejores amigas, era habitual que cada día habláramos desde que salía el sol hasta que la luna estaba en su punto más alto. Hablábamos de todo y de nada, pero siempre hablábamos. Pedimos un par de hamburguesas por una aplicación de domicilios, era de esos restaurantes que se

tardaban casi dos horas en mandar el pedido; teníamos el tiempo perfecto para terminar justo cuando llegara la comida. Nos sentamos entonces en el mueble rojo, prendí mi grabadora de voz, puse mi computador en las piernas, le pregunté si estaba lista y empezamos.

— ¿Quién es tu papá?

— *Pedro es un español loco, quería obtener lo mejor de cada lugar al que visitaba. Se enamoró de mi mamá como un adolescente, tal cual, de esos que no piensan en las consecuencias y yo fui el resultado. Ninguno de los dos estaba listo para ser padre, ellos solo vivían la vida, el amor que sentían. No pensaron mucho en sus hijos, no los culpo. Se conocieron en Villavicencio, pero nunca tuvieron una relación estable. Bueno es que mi papá no ha sido muy estable.*

Yo nací y al año fuimos a España. Se separaron, mi mamá y yo nos devolvimos y él envió correspondencia hasta que cumplí seis años, a esa edad yo llevaba el apellido de mi mamá; no es que mi papá no me reconociera como su hija, pero le pidió a mi mamá mantenerme así por seguridad, por sus negocios raros y peligrosos. A los seis años desapareció, creí que estaba muerto, no sé si en realidad alguien sabía algo, pero todos me decían que desconocían su paradero. Una tarde, cuando tenía 12 años, llegué del colegio y me recibieron con una carta de él, ahí decía que no sabía si vivíamos en la misma casa, que mandó la carta con miedo de no encontrarnos, dejó un teléfono, una dirección en España y así empezamos a hablar.

Lo conocí a los 14 años, vino de España y compartimos un mes. Él me llevó a conocer el mar, paseamos en búsqueda de recuperar el tiempo perdido, me regaló rosas porque, según él, quería ser el primero en hacerlo, además de explicarme que así siempre debería ser tratada, que no me conformara con menos. Aunque entiendo su intención, nunca lo pude ver como mi papá, era un desconocido, apenas hacía un año que legalmente era su hija. No sabía qué hablar con él, era un señor súper diferente a mí, bajito, súper blanco, con un cañero español súper evidente, no

teníamos qué ver en nada. Igual, él para mí siempre ha sido más un amigo y no un papá.

— *¿Cómo te afectó y afecta el haber crecido sin un papá?*

— *A decir verdad, yo nunca he tenido una figura paterna, o siquiera un hombre importante en mi vida, en mi familia casi todas somos mujeres y la mayoría son solteras, no hay hombres, y a mí me encantan las nenas (risas). La única figura paterna era mi abuelo y se murió cuando yo tenía 14 años, aun así, no he salido a buscar un hombre que me socorra como si yo fuera una princesa en apuros, pues ni siquiera me gustan. Igual, no busco eso en una mujer, no busco nada, yo entendí que mi papá era un hombre al que le gustaba la aventura, que era un nómada. No le guardo rencor, ni rabia, en su momento me enojaba lo que pasaba alrededor de su desaparición, que nadie me dijera la verdad, el bullying en el colegio cuando me cambié el apellido o el papeleo que debí hacer para poder ser colomboespañola, pero siempre fui de entender, aceptar, por lo que a pesar de su ausencia no he establecido relaciones tóxicas con hombres, no he buscado reemplazarlo a él con otra persona, no tengo problemas con los hombres, el raye no fue Pedro.*

— *¿Y cómo es en cambio, tu relación con él en la actualidad?*

— *Solo hablamos dos días en el año: el día de su cumpleaños y el día de mi cumpleaños. No tengo su WhatsApp, yo le hablo por medio del Facebook, él a duras penas tiene teléfono, solo sabe llamar y colgar, porque ni mensajes de texto manda. O sea, a él le gusta es escribir cartas, es bien chapado a la antigua. Él escribe cartas con tinta y las sella como si estuviera en Game Of Thrones.*

Le conté que era gay por medio de una carta y él, como te podrás imaginar, no tuvo problema con eso, donde él vive y de donde él viene eso es normal. Bueno, es que es normal. Sé que mis papás me aceptan como soy, el problema es que nunca están. Ninguno de los dos hemos puesto de nuestra parte para construir una relación cercana, además él odia la tecnología. Me escribía mucho, pero en un

momento dejamos de escribirnos. Nos respondíamos con frecuencia hasta que, en un punto, ya no sabíamos qué más contarnos y se acabaron las cartas.

María del Mar, todavía con el uniforme del colegio, esperaba sentada en la última silla de la tercera fila de la sala de espera; no había nadie más, todas las puertas estaban cerradas, el segundo piso de la clínica parecía inhabitado. El calor le bajaba por la nuca como gotas de lluvia que se deslizan por una ventana, sofocante pero rutinario. La abuela le había embutido el almuerzo tan rápido que todavía lo sentía en la garganta; no había tenido tiempo para cambiarse, pero dejar el almuerzo servido no era una opción.

“¿Saralegui María del Mar?”, anunció una joven delgada con cara seca al salir del consultorio 03. Mar se levantó y entró sin chistar.

El cuarto tenía una combinación entre verde menta y blanco, había dos asientos a la izquierda de la habitación, justo al lado del escritorio. El lado derecho era más ameno, tres muebles blancos con una repisa pequeña y un diploma de grado en el que se leía claramente la palabra: *psicóloga*, en el centro adornaban esa esquina. Todo el consultorio estaba minuciosamente limpio y ordenado, olía como a incienso de alguno cualquiera, lo que no le gustaba a Mar era la ausencia de luz natural, pensaba que se parecía a un bunker en el que no había aire fresco.

— ¿Por qué no habías vuelto? – Le preguntó la doctora mientras servía un poco de café para las dos.

— Es que he tenido muchas tareas, doctora, tenía que estudiar para mis exámenes finales—Le respondió mientras se sentaba en el mueble más grande del lado derecho del consultorio.

— Pero tú sabes que debes venir, ¿no?

— Sí, señora, pero no me ponga a escribir más cartas.

— ¿Por qué no quieres escribir? ¿Eso quiere decir que no escribiste la carta a tu abuela?

— No, no la escribí. Si quiere que hablemos de eso, prefiero contarle a usted directamente—Mar probó un poco del café y lo dejó en la mesita de nuevo.

— Cuéntame entonces.

— Doctora yo no quiero vivir más con mi abuela, ya se lo he dicho. Mire, el otro día estaba con un primo, él es dos años mayor que yo, estábamos jugando y pues como mi abuelita siempre me prohíbe mirarme el cuerpo o mirar el de otros, pues yo tenía curiosidad y le pregunté a mi primo que qué tenía ahí, ahí entre las piernas y él me mostró. Entonces nos pillaron y me regañaron a mí y no a él. Él también quería saber qué tenía yo, los dos queríamos saber qué pasaba, aunque él sí sabía, pero yo no. Mi abuela me dijo que yo era una incitadora al pecado, esas cosas no se miran, ni se tocan. Que quién sabe qué iba a hacer yo más grande, que todo era mi culpa, que seguro había salido así por mi papá. No entiendo por qué me dijo todas esas cosas a mí y a mi primo no, si él también quería ver. O sea, él si puede tener preguntas, pero yo no. Más bien, él puede tener acceso a las respuestas y yo no.

Yo no puedo jugar a las peleas con mis primitos porque seguro me pegan y yo termino llorando, pero es mentira, yo nunca lloro por eso. Entonces yo no puedo salir a jugar, me toca quedarme en la casa encerrada mientras ellos juegan en la calle. Ya ni me importa, mejor juego sola.

— ¿Cómo es eso que no puedes mirar tu cuerpo?

— Sí, mi abuelita dice que el cuerpo ni se mira, ni se toca. Si me ve que me toco la vagina me pega en la mano, así sea por casualidad que mi mano caiga justo ahí. Que eso es prohibido. Me dice que tampoco me puedo mirar en el espejo, porque en el colegio un día nos explicaron las partes del cuerpo y yo quería ver mejor, mi abuelita me pilló y me pegó con la correa.

— Mi vida, es que tú puedes mirar tu cuerpo, saber cómo es el cuerpo de la mujer, pero no puedes pedirle a un hombre, ni siquiera un primo, que te muestre su cuerpo, eso no está bien, cielo. Es mejor que le preguntes a alguien mayor, por ejemplo, a mí, yo te puedo explicar todas tus dudas.

— ¿Y usted es que me va a decir dónde está mi papá?

— Mi amor ya hemos hablado de este tema, nadie sabe dónde está tu papá, tu abuelita no sabe. Si ella dice que no sabe, es mejor creerle.

— Pero ella es mentirosa, le dice cosas a mi mamá que no son verdad, yo la he escuchado cuando mi mamá la llama y ella me manda a comprar algo a la tienda, le dice que no hago caso o que no hago las tareas y yo soy muy juiciosa en el colegio. Ellos saben dónde está mi papá o, al menos por qué se fue, algo deben saber, pero no me dicen nada. Ella me prohíbe salir en cucos si hay algún hombre en la casa, pero ellos si pueden estar por ahí desnudos, mi abuelito también y no pasa nada, pero nosotras no podemos. También me obliga a hacer el aseo de toda la casa, pero mis primos no levantan ni el plato de la mesa, que los hombres en la cocina huelen feo. Entonces no entiendo y yo le pregunto, pero ella me dice que así es y punto. O sea, es que ¿si salgo en cucos ellos me van a hacer algo?

— Claro que no, ella solo lo hace porque seguro no le gusta que salgas en ropa interior en la casa mientras los hombres están, es que tú eres una niña y debes cuidarte tu cuerpo siempre.

— Yo entiendo, pero ¿por qué ellos no cuidan su cuerpo de nosotras? ¿Es que a ellos no les pasa nada malo? O, ¿es que los malos son ellos?

— Ellos jamás te harían algo, nunca. Tu abuelita solamente quiere cerciorarse que tú cuides siempre tu cuerpo, lo hagas respetar ¿Me entiendes? Ella no es mala, ni quiere hacerte daño, solo que ella es más dura.

— ¡Es más dura solo conmigo! Como yo no tengo ni mamá ni papá entonces que lo haga todo yo para después decir que lo hago mal, que no sirvo para nada, que nada

me queda bien hecho— Mar se había sentado estirando el cuerpo hacía adelante mientras empuñaba las manos contra el mueble, su voz más aguda y fuerte nunca se había escuchado tan alto en ninguna de las sesiones anteriores.

— Mi amor, cálmate, estás muy enojada hoy. ¿Pasó algo con tu abuelita?

— ¿No le estoy diciendo desde hace rato? Mi abuelita todo el tiempo me pega que porque hago las cosas todas mal. Cuando me pega dice que eso no es nada, que a ella la ponían horas a sostener ladrillos en las manos, entonces que como no me hace eso, me pega más duro con la correa. Yo me quiero ir con mi mamá Beatriz.

—Pero tú sabes que no te puedes ir con tu mamá, linda, ella está muy lejos trabajando para que no te falte nada, por lo que tú estás mejor con tu abuelita. Ella te cuida muy bien, estudias en un buen colegio, vas a clases extracurriculares, tienes a tu hermana, no tienes por qué tener miedo.

— Doctora, usted no me quiere ayudar.

— Linda, yo estoy de tu lado, lo que quiero es ayudarte; escribir, por ejemplo, es importante para que expreses todo eso que sientes. Puedes escribir todo esto que sientes y verás que te sentirás mejor al final, más liviana, y no tendrás más rabia.

— ¿Con una carta me voy a sentir mejor? ¿Y cuando mi abuela me trate mal otra vez qué voy a hacer?

— Mi vida, ¿quieres que venga de nuevo tu abuelita a una consulta con nosotras? Podemos hablar con ella y que le puedas decir todo eso que sientes— Paulina se acercó a ella, la miró a los ojos y le puso la mano en la rodilla derecha. Era raro en María del Mar que estuviera tan enojada, por lo regular era difícil hacerla hablar.

— No, no. Seguro cuando salgamos de aquí me pega en la casa. ¿Qué hora es? ¿Ya se acabó la consulta, cierto? Tengo muchas tareas, doctora, el señor que me transporta me está esperando abajo, ¿me puedo ir? – Las dos voltearon a mirar el reloj negro de marco grueso que colgaba en la pared, eran las 3:20 en punto- Si usted quiere, cuando vuelva le traigo las cartas que me pidió.

— Pues faltan 20 minutos, pero si te quieres ir ya, está bien— ella puso el café en la repisa y se levantó— Solo que tienes que volver ¿vale?

Mar ya se había levantado de su silla e iba caminando a la puerta para cuando la doctora concluyó la oración. No terminó su café, ni le mostró la carta que sí había escrito pero que prefirió no entregar, no se despidió formalmente de la psicóloga, salió tan rápido que ni siquiera firmó el control de asistencia de sus citas. “Sí, señora, yo vuelvo” fue lo último que escuchó Paulina cuando Mar ya estaba cerrando la puerta, tres segundos más tarde afuera no había nadie.

Cuando llegó al andén de la clínica recordó que, por culpa de la mentira, tendría que esperar el tiempo restante de la consulta para que el transporte llegara por ella y la llevara a casa. Se sentó al lado derecho de la fachada, debajo del árbol que daba la sombra justa para su cuerpo. Esperaba que la doctora no saliera y descubriera que ella todavía estaba ahí y supiera desde ese momento tan prematuro que jamás se volverían a ver.

Tercera entrevista a María del Mar Saralegui, junio 13 de 2019, 4:30 p.m.

— ¿Cómo fue tu descubrimiento sexual?

— *Mientras crecía se me empezó a hacer confuso el hecho que me gustaran o me parecieran más lindas las niñas que los niños. Nunca vi en ningún medio de comunicación un referente gay, nunca vi en la tele o escuché en la radio hablar sobre los homosexuales, entonces me empecé a plantear que algo estaba mal conmigo, el problema era yo. Pensé que yo era un hombre, sin saber ni siquiera que existían los trans, en medio de una ingenuidad pura creí que debajo de mi piel habitaba un hombre, porque no era posible que a mí me gustaran las mujeres si no era un hombre.*

Siendo adolescente fingí una relación para que nadie supiera la verdad, igual, esa experiencia me confirmó mi lesbianismo latente (risas). Todas mis amigas tenían

novio y siempre estaban hablando de los hombres que les gustaban, y yo pues... nada, ya era muy raro para todos. Justo a los 16 años conocí a Luis, me pareció buena gente, era atento, entonces yo dije “¡ay ya fue con este huevón!”. Duramos nueve meses, yo sabía que Luis estaba esperando que nos comiéramos, pues llevábamos todos esos meses solo dándonos besitos y nada más. Entonces un 11 de noviembre fui a la casa del man y pasaron las cosas. Fue doloroso, incómodo, raro, pero nada placentero, dos meses después terminamos.

— ¿Cómo fue perder la virginidad con una mujer?

-Una compañera del colegio me pidió que fuera a su casa porque había terminado con el novio, se suponía que estaba desconsolada pero la vieja me dio un beso. Me dejó de hablar y sin entender qué le pasaba, le pregunté todo el visaje, y ella que tenía miedo, que no sé qué, yo le dije que sentía lo mismo, pero pues que ajá, rico. Ella luego dijo que siempre había tenido la duda y que conmigo se sentía cómoda. Ninguna de las dos había estado con chicas antes y estábamos muy nerviosas, pusimos una película, pero sabíamos a lo que íbamos. La cosa es que nada que pasaba y yo no iba a perder la oportunidad, tenía muchas ganas, entonces pues se hizo, jajajaja. Nada nos cuadró, pero me gustó, fue muy diferente, yo me dije: “De aquí soy”. Cuando terminamos ella siguió teniendo relaciones heterosexuales. Luego, cuando salí del colegio, ya tuve novias de relaciones largas y oficiales, por así decirle.

— ¿Cómo fue “salir del closet” en tu casa?

— *Hasta la fecha, solo mis primos con los que crecí y jugué de niños, mi mamá y mi abuela, son las únicas personas de mi familia con las que he hablado sobre el tema. Es un secreto a voces que mi abuela mismo se encargó que todos supieran, solo que nadie me habla al respecto. Mi papá lo supo por medio de una carta, como te conté, y su apoyo fue inmediato. Mi mamá, en cambio, supo porque una amiga suya me vio con una chica en la Sexta y la llamó hasta España para contarle el chisme. Mi mamá entonces me llamó, me pregunta si es verdad y pues yo se lo*

confirmé. Siempre me ha apoyado, ella siempre ha tenido amigos gays, no tiene problema con eso.

Con mi abuela sí fue una historia de película. Cuando mi mamá supo le contó a su hermana en Alemania, mi tía Teresa, yo no sabía eso. Luego, mi abuela viaja a Alemania y visita a mi tía Teresa, ella le reclama el trato que ha tenido conmigo, le dice que no me joda más la vida, que me deje en paz y le cuenta que soy gay. Mi abuela vuelve y me acorrala varias veces, diciéndome que tiene que hablar conmigo sobre algo, yo me hago la marica todas las veces hasta que un día llegué como a las 10 de la mañana de una rumba. Ese día un grupo de albañiles arreglaban un daño y estaban justo en la entrada de la casa. Ahí mismo me recibió mi abuela y me gritó que dónde estaba, que ella no sabía si yo andaba con hombres o con mujeres, que yo era una atrevida cochina; fue tanto lo que me dijo que mi primo se metió, le dijo que eso no se hablaba delante de la gente, que si quería hablar conmigo, me llevara al último cuarto. Entonces me llevó a hablar con ella, yo toda amanecida y loca todavía. Me dijo que lo intentara, que los hombres no eran tan malos, que seguro era un capricho mío para llevar la contraria, que seguro yo lo hacía para joderle la vida a ella. En fin, después de eso no hablamos jamás del tema, en la actualidad ella no me pregunta nada sobre eso, jamás lo ha hecho y espero que nunca se le ocurra hacerlo.

— Estudiaste todo el bachillerato en un colegio de monjas. ¿Cómo fue eso?

— *Yo era una niña demasiado callada, no tenía casi amigas porque me daba miedo ser cariñosa y que me pillaran; en ese colegio estaba mal visto que te cogieras de la mano con tus amigas, imagínate qué hubiese pasado si me pillaran besándome con una. Decir que una niña me gustaba era el diablo. Además, mis amigas eran muy homofóbicas, mi familia bien machista, el colegio re homofóbico, no era una opción ser abiertamente gay. Fue ya a lo último que le dije a mis amigas más cercanas, solo a unas.*

Cuando estaba en octavo grado había una chica que me encantaba, éramos muy amigas. No sé qué pasó y empezó a decir que a mí me gustaban las chicas, pero

yo no había estado con ninguna niña, ni le había dicho nunca nada a ninguna, no sé cómo lo supo, se me salió por los poros, quizá. Ella me dijo que no podía ser mi amiga porque estaban diciendo que yo era gay y nosotras manteníamos juntas. “Nosotras mantenemos juntas. Yo me he cambiado delante de ti, quizá me has estado espiando y sin darme cuenta. Además, qué van a decir, que yo también soy como tú y qué pena”, me dijo. Yo le pregunté si es que yo le había dicho algo, pero ella solo pensaba en qué iban a decir los demás de ella, porque claro, manteníamos juntas para arriba y para abajo. No lloré delante de ella por hacerme la más fuerte. “Todo bien”, le dije, y jamás, jamás volvimos a hablar en la vida.

Por primera vez y luego de muchas horas de preguntas y respuestas largas, Mar lloraba. “Perdón”, me dijo mientras se limpiaba la cara mojada con el brazo derecho. Lloró algunos segundos con su mirada fija al pasto, yo permanecía quieta, paralizada, sin saber cómo proceder, mirándola; quise decirle tantas cosas, pero no pude, ese momento era mi miedo más grande, no saber qué hacer cuando alguien se desmorona frente a ti. Esperé en completo silencio hasta que tomó un intenso respiro y continuó.

— *Me pareció una mierda que nuestra amistad se dañara por eso, por algo que ella ni siquiera sabía. No le importó todo el tiempo que fuimos amigas. Obvio nunca volvimos a hablarnos. Es que, ¿cómo así?, que una malparida venga y me diga “es que no podemos ser amigas porque usted es gay”, yo jamás le iba a volver a hablar. Yo me preguntaba si eso era tan relevante, se le olvidó que éramos amigas, se le olvidó los trabajos que hacíamos juntas, los momentos que pasamos, todo por un chisme que no sé de dónde salió porque yo a nadie le había dicho que me gustaban las niñas, era mi secreto mejor guardado; igual nadie tiene porque ser así de gonorra con una persona gay.*

— ¿Cómo te sientes ahora respecto a tu sexualidad?

— *Ser lesbiana en la calle es muy difícil, siempre está el miedo de ser acosado por alguien, que te puedan pegar, sacar de un sitio público si te das un beso con tu novia, siempre hay miedo, miedo de expresarme libremente, además por ser mujer*

y por ser negra, es jodido. Mientras estoy en mi casa o en la universidad estoy tranquila, porque es una burbuja de cristal, pero apenas salgo de ahí ya no estoy segura. Por eso no me gustan las demostraciones de afecto en la calle, me atemoriza, no quiero ser el centro del caos, no quiero que me ataquen por la situación en sí misma. Lo demás me es indiferente, lo que piense mi familia de mí es problema de ellos, a mí ninguno me paga el arriendo como para que yo me tenga que dejar violentar por alguno, ya no.

En el presente vivo tranquila, no me preocupo por nada, soy yo, me siento libre. Vivo lejos de mi familia, de mi abuela, no me entero del caos de sus vidas, o sea, sé lo necesario, como cuando se ven los toros desde la barrera. Respecto a mi sexualidad, soy abiertamente lesbiana, no me escondo de nadie, no tapo el sol con ningún dedo, tengo una novia que amo, estoy feliz por fin.

— *¿Qué ha cambiado durante el año que hemos tenidos estas charlas?*

— *He tenido que preguntarme sobre las relaciones de pareja, han pasado años desde la última y decidí no tener novia, ahora me he dado cuenta de que ya no me importa, soy más fuerte y ya no me da miedo que mi familia sepa que soy lesbiana, los comentarios, el qué dirán. Mi mamá me acepta que es lo más importante, yo me siento segura de lo que quiero, entonces no tengo más temor por ello. Ahora ya no.*

— *¿Eres feliz?*

— *Todo es un proceso y aún faltan muchas cosas por sanar, por afrontar, familia de la que me tenga que hacer respetar, comentarios que deba soportar, pero hace parte del camino que he decidido tomar, prefiero estar en paz y educar a quien lo permita, que seguir esparciendo más odio, más injusticia en una sociedad que ya no puede más. Las mujeres que estamos despertando buscamos una no perpetuación y para eso hay que seguir en pie de lucha, educando y denunciando, es una tarea doble pero importantísima, de eso depende nuestra paz.*

DIOS O MADRE

Abortar me causó demasiado daño. En ese momento, yo abrí un campo en mi mente, le abrí la puerta a muchas cosas malas. Es como matar, yo no he matado, pero me imagino que al matar por primera vez y saber qué se siente, es más fácil seguirlo haciendo. En esa época fue horrible, amanecer era volver a recordar la pesadilla, demasiados pensamientos negros, suicidas, muchas emociones fuertes, fue mucho para mí sola. Todavía no sé cómo pude, pero lo logré. Aún no estoy sana por completo, pero estoy en ello

Cuando la conocí aún no sabía si escribiría este libro. Fue mientras me hablaba entre lágrimas que tomé la decisión. No supe cómo reaccionar al verla romperse frente a mí cuando ni siquiera recordaba su nombre. No pude contenerme y lloré junto a ella. Éramos dos desconocidas, dos mujeres pertenecientes a contextos sociales muy diferentes, pero ahí estábamos, resquebrajándonos por el mismo motivo: ser víctimas de acoso sexual.

Oscurecía en la plazoleta de la Universidad del Valle. Era un viernes de mayo de 2018, la gente empezaba a llenar el lugar para relajarse después de una semana de clases, fumar marihuana y bailar con la salsa estruendosa que se escuchaba desde el edificio de Comunicación Social. De allí salí con mis amigos Mar, Sophie, Paola, Estefanía y Santiago hacia la plazoleta. Nos sentamos en uno de los muros y prendimos los primeros porros de la noche fría que caía. Durante los casi dos años que llevaba fumando en ese lugar había acumulado un puñado de nuevos amigos y conocidos, a los cuales, en su mayoría, los olvidaba rápidamente. Pero, entre todas esas caras siempre hubo una en particular, la de una morena delgada, de un afro finamente peinado y sonrisa muy grande. La había visto un par de veces fumando con sus amigos, bailando al ritmo de la música de la plazoleta y riendo a

carcajadas que se escuchaban desde el otro extremo del lugar. Siempre vestía de negro, con prendas muy ajustadas y llevaba su cara maquillada como para una fiesta, no importaba si eran las dos de la tarde de un lunes caluroso o las nueve de la noche de un viernes, ella siempre estaba arreglada.

Ese día, la chica se acercó a Sophie y después de presentarse con Paola, me saludó con un beso en mi mejilla derecha. “*Antonia, mucho gusto*”, me dijo y sonrió. Resultó que era una amiga lejana de Sophie y colega de nosotros en la Universidad Javeriana, pero frecuentaba la Univalle para fumar hierba. Antonia se quedó ese día allí con nosotros hasta que oscureció por completo y la traba ya nos había hecho olvidar cuántos porros teníamos en la cabeza.

- ¿Quieres? -Me preguntó.

Antonia y yo habíamos quedado solas un momento mientras las demás compraban dulces en el puesto de don Javier. Se sentó entonces frente a mí, sacó una bolsita negra de tela de su maletín, la puso entre el respaldo del muro y su pierna para que nadie la viera, introdujo la mano derecha y sacó un ziploc diminuto con alrededor de un gramo de cocaína.

— No, gracias-le respondí.

Ella puso lo que alcanzó en la ranura de la llave y lo aspiró todo. Primero la fosa derecha, luego la izquierda, luego las dos; se limpió el sobrante en su nariz, se sacudió las manos y listo, siguió como si nada.

— ¿Y te falta mucho para graduarte?

—La tesis, pues estoy en Proyecto de Grado II, tengo que decidir qué voy a hacer específicamente. Estoy segura de que será sobre violencias de género, pero no decido entre violencia y familia o violencia y acoso callejero.

— ¡Uy, me puedes entrevistar a mí! Yo he sufrido mucho en mi casa por mi mamá, es muy fuerte.

— ¿Sí? ¿Qué te ha pasado? ¿Me puedes contar? - le pregunté

—Sí, claro —me respondió y sacó el porro que también traía en su bolsita negra, lo prendió en el segundo intento y continuó— Yo vivo con mi mamá, Sandra, y mi papá, Ernesto. Mi mamá es hija de una mujer negra del puerto de Buenaventura que se enredó con un holandés que estuvo de paso allí. La mujer no pudo quedarse con la niña y la abandonó en un hogar del gobierno. Entonces ya de por sí, mi mamá es una mujer muy mística; fue bailarina, es sensible al arte y desde que tengo memoria ella escribe un diario todos los días, en la mañana y en la noche, pero nunca he podido leerlo, no sé sobre qué escribe allí.

Ella está como loca, en ocasiones literalmente me ha dicho que ella es la representación de Dios en la tierra y que debo obedecer cada cosa que ella me diga, lo que sea que se le ocurra. Me ha pegado muchas veces con lo que se va encontrando en el camino, cualquier aparato que pueda agarrar con la mano, me lo ha tirado por los aires directo a mi cabeza. Me grita que soy una puta, perra o una drogadicta. Así ha sido toda la vida, pero, aunque suene inverosímil, es la única que me ha apoyado en mi carrera de actriz, ¿ves el contraste?

Yo seguía cada palabra y movimiento que hacía Antonia mientras hablaba. Fue mágico escucharla, utilizaba finamente sus palabras. Le dolía, estaba claro, por ello empezó a contarme su historia a boca abierta, sin tapujos o pena con apenas conocerme. Me habló con tanta confianza que después de una pausa corta le pregunté si podía grabar. Ella solo dijo: “*Yo pensé que ya estaba grabando, marica*” Yo me reí y saqué el celular del bolsillo:

— 09 de mayo de 2018, primera entrevista a... ¿Cómo es que te llamas ve?

—Antonia — dijo.

— Primera entrevista a Antonia.

—*Yo me he ido dos veces de casa. La primera vez fue porque tuve un problema con mis papás; el problema fue el perico. Yo estaba muy cogida, no tenía la fuerza*

mental y decidí irme al no ser capaz con la situación con mis papás. En ese tiempo me fui a vivir a Altos de Santa Elena con un amigo gay por lo que consumí muchas drogas mientras permanecí allí. Las personas homosexuales rara vez son aceptados en sus hogares, por lo que huyen de sus padres y por lo regular consumen muchos alucinógenos, y yo, al convivir con personas de dicha comunidad, también consumía drogas a diario, así durante mucho tiempo.

Fue en esa temporada cuando fui víctima de acoso sexual por parte de policías, una mañana saliendo de mi casa. Yo hablé con alguien que también vivió por allá, se dice que es normal que las mujeres que viven por las laderas tengan alguna historia de acoso con policías. Durante todo eso mi mamá no estaba conmigo. Obviamente, ella me sacó de su casa, no me quería ver, aunque sé que siempre estuvo preocupada.

Ser víctima te convierte en una persona vulnerable a que te pasen cosas peores como violaciones y abusos, porque estás sola y cuando eres tan joven, tan herido y a la deriva, siempre tomas las peores decisiones. —Inhaló del cigarrillo y, mientras mantenía el humo dentro de su pecho, empezó a llorar—, cuando sufrí de acoso sexual y mi mamá no estuvo ahí, no fue fácil tener que afrontar sola una situación de esa magnitud.

Era la primera vez que me enfrentaba al dolor de otra persona de una manera tan directa. A esa fecha ya había realizado varias entrevistas para los proyectos de las clases, pero nunca me había sentido tan identificada. Antonia hablaba sobre algo que yo también había sufrido y que, para esa fecha, no había sanado del todo. No estaba preparada para auxiliarla en medio de su llanto, ningún profesor me había dicho que hacer cuando el entrevistado se rompe en lágrimas y, mucho menos, qué hacer si yo también deseaba llorar.

—Te entiendo —le respondí—, yo guardé en secreto durante dos años el acoso sexual que sufrí con solo cinco años. Durante el tiempo que lo oculté tengo recuerdos míos llorando por la culpa que sentía, diciéndome a mí misma que el

acoso había sido provocado por mí, ¡pero yo tenía cinco años! Era solo una niña solitaria con miedo y ese miedo nunca se fue.

Cuando terminé la oración estaba llorando también y ahora era ella quien me observaba, quieta y expectante. Nos miramos por unos segundos con la mirada de compasión que nunca nos dieron en nuestras casas, pues entendíamos más que nadie lo que sentíamos, nadie podría hacerlo mejor que nosotras dos, excepto los otros millones de víctimas que están en el mundo, pero ahí, en ese lugar y en ese momento, solo nos teníamos una a la otra.

— *Uno crece y puede llevar una vida medianamente normal, pero sin un proceso de catarsis, esas cosas no se superan; por eso te digo que yo te sirvo, porque lo importante siempre es hablar, contar las experiencias. Cuando hablo de mi historia, me encuentro con mujeres que han pasado por lo mismo, por algo similar o han acompañado a alguien a que pase por lo mismo, gracias a eso me doy cuenta la gran cantidad de mujeres que han pasado por eso, te das cuenta de que no sos la única. Vos te podés encontrar con tus amigas y no saber quién es la otra, esa otra puede ser una a la que los papás la van a violar cuando llegue a la casa, otra que le pegan o la prostituyen. O es otra que se odia a sí misma y se hace daño en su cuerpo, la que se pega con la plancha porque no le queda bien el pelo. Uno no sabe los rayes de la otra o los que uno tenga. Pero uno eso no lo comparte, uno está contando otras cosas como mujer, lamentablemente, hablando de hombres, de labiales, conversaciones banales. Deberíamos hablar de lo que nos hace mujeres, unirnos, debería existir una cultura de deconstruirnos a todas, porque todas estamos heridas. Todas somos víctimas de ser mujer. Así lo vean como feminismo, pero que siendo hombre no te pasan, así de simple. Te pasa diferente o desde otro lugar, pero no te pasa como a una mujer. Son diferentes los procesos que vivimos las mujeres a los hombres.*

De no haber sido una mujer, no me hubiesen acosado policías en una calle, eso no le pasa a los hombres; de no haber sido una mujer, no hubiese tenido que abortar; de no ser una mujer, no tendría que aguantar acoso callejero ni laboral, no tendría

miedo de salir a la calle; de no ser mujer, quizá mi mamá hubiese sido amorosa o al menos, me hubiese ayudado a salir del hoyo, pero yo salí de ahí por mí misma.

—Lo siento mucho.

—*Como mujer, esto me obligó a vivir las peores experiencias por la puede pasar una, cosas horribles, ninguna fue justificable. Yo siento y sé que hay cosas peores de las que me pasaron a mí, pero todo lo que uno cree que no le va a pasar, en algún punto, te pasa. Ojalá las personas que no hacen conscientes esas experiencias horribles tengan el tiempo de reflexionar lentamente, exteriorizarlo para sanarse. Por lo menos yo intenté durante mucho tiempo ocultar mi realidad y no sé si ha sido la carrera, pero he tenido muchas oportunidades para hablar, volver a contar mi historia, así, creo, es la única manera de hacer consciente este tipo de experiencias y superarlas, ayudando a otra persona. Las víctimas deberíamos volver a narrar nuestra historia, eso sirve, porque es volver a pararse en la historia, pero desde otro ángulo y lado, volver a contar todo, pero ya viéndote desde arriba, incluso entendiendo a la persona que te dañó; hacer catarsis. Para mí, hacer comunicación y hacer arte, es hacer catarsis, tú, por ejemplo, debes escribir sobre todo lo que te pasó.*

— ¿Escribir sobre mí?

—*Claro, si no, ¿cómo vas a motivar a otras a contar su propia historia si tú no escribes la tuya? Además, que se nota que tienes cosas que contar, cosas que todavía nos has sanado. Para que ayudes a otras ese cambio también tiene que nacer de ti. Tú misma motivarías a las demás a soltar el miedo a hablar, si lo haces tú, con tu propio nombre, ¿cómo no lo van a hacer ellas sí pueden tener un nombre falso? Además, piensa en las mujeres que te leerán, es en ellas en quienes debes pensar, en las que tienen que callar, así como tú lo hiciste cuando tenías cinco años y eras una niña, en las que viven con sus victimarios y no los pueden denunciar.*

— Pero ¿cómo voy a contar que me acosaron si nadie puede saber?

— *¿Y por qué no pueden saber? ¿Por qué aún hay que tenerlo en secreto?, ¿Por qué puede pasar algo malo si alguien se entera? ¿Pero malo para ti o para la persona que te acosó cuando eras una niña inocente? Así no puede ser, ¿es que ese hombre pensó en ti y todo el daño que te provocaría al crecer? Yo no creo. ¿Te pidió perdón?*

— No, nunca.

— *Entonces tú no tienes por qué pensar en él, que se entere el mundo entero y se sorprenda de la calidad de abusadores que existen y que no hay que moverse de casa para ser víctima porque el victimario vive contigo, te dio tetero, te cuidó cuando tu mamá no podía, fue tu ejemplo, pero no le importó tocarte donde no es correcto. Es que nosotras seguimos pensando en el abusador como si él pensara en una, todavía pensamos que somos las culpables, que, por vestir así, por salir tarde, por supuestamente no comportarnos como deberíamos según esta sociedad machista. Pero ¿qué estabas haciendo tú de malo a los cinco años para ser acosada? ¿Qué estaba yo haciendo de malo caminando por la calle para que me acosaran? ¡NADA!*

—Ya me tengo que ir —dijo mientras se colocaba de pie y se colgaba su bolso en el hombro derecho— la próxima vez que nos veamos, espero hayas decidido escribir tu historia, si no escribes la tuya, yo no te puedo contar la mía - se despidió de un beso en la misma mejilla en la que ya me había besado, me hizo una mueca rara, como diciéndome que hiciera lo que me había dicho y desapareció entre la gente y el humo de la marihuana.

Agosto 28 de 2018. Segunda entrevista a Antonia, Boulevard del Río, Cali, Colombia.

Cuéntame la experiencia con los policías...

— *Bueno te voy a contar, pero primero cuéntame cómo va la tuya ¿Empezaste a escribir?*

— ¿Mi crónica? — le pregunté y ella asintió con la cabeza— sí, he escrito algo. ¿Quieres que te lea algo? - Ella volvió a asentir con la cabeza mientras sostenía en la boca el porro y en las manos la candela para prenderlo. Busqué en mi celular el borrador y leí.

[...]Han pasado 16 años desde que le conté a mi madre que su preferido había tocado mi vagina cuando tenía cinco años, pero aún no le he perdonado a ella que ese día no me haya creído y menos, que nunca me haya apoyado o defendido. Me dejó sola. Entendí que debía huir de mi casa, me fui hace cinco años, no he vuelto y espero no tener que hacerlo.

— ¿Cómo fue escribirlo? —Me preguntó

—Le he contado a pocas personas por lo que todavía lo tengo guardado en lo profundo de mi mente. Escribirlo fue sacarlo, aceptar que sí me dolió y me afectó, aceptarme como víctima. Es difícil, pero libera.

— *Así es como me siento yo cuando hablo con alguien, me libero. Como mujer aplaudo que decidieras escribirlo, ahora sí puedo contarte todo lo que debes saber. A mí nunca me había pasado nada en la vida, me fui de mi casa la primera vez sin la bendición de mis papás y casi inmediatamente fui víctima de acoso por parte de dos policías. Fue una noche que bajaba de mi casa, camino a Los Chorros, súper arriba, en la ladera de Cali; allá no existe autoridad de nada, la policía hace lo que quiera sin restricciones. En esos lugares van a tirar todo lo robado de Cali, llegan las peores ratas, pasan cosas rarísimas.*

Yo venía bajando, fumando marihuana, vos sabes, ¿no? Una mujer sola fumando marihuana, más fácil de hacerle cualquier cosa para la mente de algún man criminal y machista. Ellos esperaron a lado de sus motos parqueadas y me preguntaron por qué yo estaba fumando, “¿usted sabía que por aquí no se puede fumar?”, me dijeron. En ese momento estábamos solos, yo noté que ellos se dieron cuenta de eso. Al yo atender a sus voces, miraron bien si había compañía cerca, pero al no ver nada me pidieron una requisa de mis cosas. En esa época yo vendía celulares,

tablets y tecnología en general, además seguía estudiando en la Universidad Javeriana; yo era una niña de estrato medio que estaba mal ubicada y me sostenía con la venta de esos artilugios. Cuando ellos me vieron lo que llevaba, empezaron a decirme: “Vos tenés este celular, vos tenés una tableta, mira que estás bien montada”. Yo pensé que ellos me iban a decir: “Dame esto y no te colocamos el comparendo”, pero para mi sorpresa llamaron a otra patrulla.

Mientras esperábamos se me hizo eterno el tiempo, conversaban entre ellos, me hacían preguntas al azar o me decían que yo era una negra muy linda. Luego, llegó otro policía, ahora eran tres, me quitaron entonces todas mis cosas y empezaron a manosearme, me decían: “Tan lindas tus piernas, tan linda tu carita”. Fue a las 10:00 de la noche, no había nadie, yo empecé a llorar durísimo, les pedí que no me hicieran nada, pero era como más estratégico. Mi idea era hacer bulla y que alguien saliera a ayudarme. Ellos siguieron tocándome un rato más, pero yo me alteré mucho, llamaba mucho la atención y quizá sabían que en algún momento saldría alguien a chismosear qué pasaba. Me dijeron entonces que me iban a poner el comparendo, como diciéndome que si no colaboraba entonces me multaban, es decir que ellos pretendían que yo ayudara en mi propio acoso. Justo cuando buscaban amedrentarme con lo del comparendo, salió el portero de una de esas unidades que están construyendo y se quedó parado en la portería un rato. Entonces los policías notaron todo y me preguntaron por mi vivienda, argumentando que nunca me habían visto. Yo debía decirles dónde y con quien vivía para ellos estar pendiente de que yo no estuviera haciendo nada ilegal y que, si se daba la oportunidad, tomar café un día los cuatro en mi apartamento. Finalmente me dejaron ir sin alcanzar a introducir en mi cuerpo alguna parte de ellos y sin comparendo, evidenciando que solo buscaban violarme. El parte era la excusa para asustarme y que fuese más fácil. Esa fue la primera vez que intentaron abusar de mí.

— ¿Hubo otra vez? Cuéntame de las otras experiencias.

—Ocurrió la segunda vez que me fui a vivir sola, esta vez en la denuncia quedó clasificado como acoso sexual. Así lo hizo la policía, no fue abuso porque no hubo penetración. Yo volví a vivir en la ladera, pero ahora sola; un día llegué muy tarde a

la zona y un mototaxista de una se me ofreció para llevarme hasta mi casa. Fue muy raro porque uno tiene que ir al otro lado por los mototaxistas, es decir, ellos siempre se situaban en un lugar específico, pero este me esperaba justo en la entrada, me llegó ahí al lado como diciéndome “venga de una vez, no tiene que cruzar la calle”. Ellos te cobran 4000 y te llevan a la puerta de tu casa o te cobran 2000 y te llevan al inicio como de un morro gigante que vos caminas para llegar a tu casa. Yo sólo tenía los dos mil, por eso le dije que me llevara hasta el morro y de ahí yo caminaría. Él era un morocho con la boca torcida, joven y alto, no supe si era grande o delgado porque vestía ropa grande, así como oversize. Entonces no vi su contextura, además que no pude agarrar las placas de su moto, prácticamente no tenía nada.

Dos cuadras después de empezar el camino, él me metió su mano en mi vagina, sin saber al principio qué había pasado, grité. Él había estirado sus dedos y sin ser para nada una caricia empujó sus cinco dedos contra mi sexo, fue tan profundo que a mí me dolió horrible, me lastimó. Me dijo: “Quédese quieta” y yo obedecí. Él aumentó la velocidad y empezó a subir derecho por la destapada, inmediatamente pensé: “Este marica me va a llevar para el hueco de Meléndez”, que es donde yo sabía que habían empalado y matado a una vecina mía hacía pocos días.. Cuando él estaba subiendo yo sabía que me iba a matar, estaba segura de que iba a ser una cifra más, de esas que se convierten en un número que aparecen en las noticias y nadie recuerda.

Mi mecanismo de defensa fue tirarme de la moto a esa velocidad y sin casco, me volví una mierda al instante, pero fue lo único que se me ocurrió. Yo pensé que él se iba a devolver mientras yo permanecía tirada en el piso con la sangre brotando de mis brazos y piernas, pero él continuó unos 50 metros y cuando pensaba que se iría, se devolvió; empecé a llorar durísimo y le pedía que se fuera, que me dejara, que yo no le iba a decir a nadie. Pero él había bajado solo para amedrentarme, con esa moto dio como unas cinco vueltas a mí alrededor, rápido para elevar el polvo de la carretera. Ese man pudo haberme hecho lo que hubiese querido, ya estaba en el piso, ya estaba frágil, herida, sola, rogándole y luego de dar las cinco vueltas,

apareció un carro a lo lejos y él de inmediato se fue. Ingenuamente pensé que las personas de la camioneta me ayudarían, pero al pasar no hicieron nada, me vieron en el piso tirada con sangre, pero hicieron borde por un lado y siguieron derecho.

Me quedé en el piso y ahí mismo me tomé fotos, vos sabes, comunicadora social, me hice fotos y un video, buscando poder recordar ese día para verlo cuando ya todo pasara. Me paré, recogí mis cosas y me fui llorando, temblando, pensando, llena de sangre, hasta mi apartamento. Yo me había tirado muy lejos de mi casa, me demoré una eternidad, caminaba muy lento porque estaba herida, con miedo de que ese man se devolviera. Pasados unos días averigüé por él y me dijeron que le hacía mandados a un chulo que tenía poder en Meléndez, entonces yo le cogí más miedo a eso. Al principio no quería decir nada, porque era muy fácil que él me volviera a ver, tenía que pasar por ahí siempre, no hay otra subida. Luego me quité el miedo e hice el reporte por esa situación y por el acoso de los policías. Todo quedó allí escrito, pero claro que no hicieron ni mierda.

Yo le permitía a Antonia hablar sin parar, pocas veces intervenía en su discurso y cuando revisé la información que había recolectado a lo largo de todas nuestras sesiones de entrevistas, me sorprendí al notar la escasa cantidad de preguntas que le había hecho para toda la transcripción que tenía. Ella no necesitaba que yo la cuestionara, me entretenía con su voz mientras me contaba todo lo que yo necesitaba saber. Sin ponernos de acuerdo, era como si Antonia leyera las notas de mi agenda y supiera qué preguntas debía responder.

Justo después de la segunda entrevista, Antonia y yo nos encontramos en una fiesta a las afueras de la ciudad. Ella me agarró del brazo derecho cuando yo volvía del baño, no pude ver bien su rostro por lo rápido de su movimiento. Me saludó efusivamente y yo le devolví el gesto cuando separé mi cara y pude ver la suya. Antonia vestía una falda negra, medias de malla con botines oscuros, una camisa de encaje, llevaba su cabello crespo peinado y su cara cuidadosamente maquillada, como era usual. Lucía muy sonriente y ansiosa por las sorpresas que se suponía se daría durante la noche.

— ¿Nena, por qué viniste sola? -le pregunté después de que me confirmara que nadie la acompañaba.

— Porque sí, marica, pues aquí seguro me encuentro gente y, además, esto está buenísimo —me respondió mientras elogiaba mis senos y los tocaba como si fuesen los suyos propios, yo le quité la mano de manera discreta y ella continuó— ya me encontré a un amigo en la otra esquina, no te preocupes, ve.

— ¿Estás segura? - Le insistí.

— Sí, marica, re normal. Vos sabes que me puedo cuidar sola —me respondió y me guiñó el ojo.

Antes que pudiera pensar en qué decirle, Antonia ya había volteado su cuerpo y empezaba a marcharse entre la multitud. Intenté registrar a qué lugar se dirigía, pero había mucha gente, luces y el sonido eran tan estruendoso que me desconcentraba; además, no llevaba las gafas y para ese entonces mi miopía ya empeoraba velozmente.

— ¿Has abortado?

— *Sí, ocurrió la segunda vez que viví fuera de mi casa, en ese periodo en el que vivía por allá arriba sola. En ese tiempo no sé, yo tenía una personalidad muy química y vivía mucho del impulso.. Conocí entonces a un chico, él era punkero, tenía esquizofrenia tipos dos, metía heroína, bazuco y las drogas que quieras de ahí para abajo. Nosotros empezamos a tener relaciones sexuales sin protección y quedé embarazada. Era un amigo, me caía bien y todo, pero estaba muy loco, era lo peor quedar embarazada de él; literal quedar embarazada de la peor persona del mundo. Cuando lo supe caí en desesperación, estaba sola y jodida por la vida que había escogido llevar, entonces tomé la decisión de abortar, aunque para él y su familia que yo tuviera ese niño era lo mejor que podía pasar, porque era la oportunidad perfecta para que él se rehabilitará y tuviera una mejor vida. La familia*

de él pretendía obligarme a ser mamá como último recurso para sacar a su hijo de la olla en la que estaba, nunca se preguntaron siquiera si yo quería ser madre, si yo estaba dispuesta a lo que eso representa y conlleva, así que sin pensarlo dos veces decidí abortar. Eso sí, él me tenía que ayudar y si no quería, pues yo lo iba a obligar.

Toda su familia se enteró, pero yo solo le conté a un amigo y a mi papá, pues no sentí que le pudiera contar a alguien más, aunque si quería. Para hacerlo, escogí las pastillas para que no fuese tan invasivo, debía meterlas, unas por la vagina y otras por la boca. Como ya tenía tres semanas de embarazo, necesité como seis u ocho pastas, algo así. Yo me conseguí el número y pasados unas horas llegó un enfermero con las pastas; yo en ese momento estaba en Univalle, entonces nos vimos en Unicentro, recibí mi última comida del día y me fui a la labor. Yo no quería tener ese niño porque, número uno, yo sabía que iba a ser la única que se iba a responsabilizar de él, número dos, simplemente no quería, número tres, no estaba en mis planes. Yo sabía que había cometido un error y que abortar iba a cambiar mi proceso hormonal y todo mi sistema porque esa medicación no es abortiva, son pastas para lavados intestinales, es decir, te lava y te saca todo. Sin embargo, puede que te queden pedazos de bebé y eso sí requiere que te hagan intervención para sacarte lo que te haga falta. Igual, me las tomé, esperanzada en que todo me saliera bien y que no fuese a tener mucho desorden hormonal.

El hombre no me apoyó, tampoco lo hizo la familia. Además, siendo él una persona de tanto consumo y que le tocaba medicarse no era capaz con la situación. Nadie me acompañó en el proceso, fue una de las noches más dolorosas de mi vida, la verdad eso fue horrible, me dolió muchísimo física y emocionalmente, lloré horas enteras mientras no resistía el dolor, produce un sangrado horrible, demasiada sangre, me salían coágulos muy grandes y me dolía más. Esa noche fue eterna y el dolor fue inimaginable, tuve sangrado, así como un periodo menstrual como de semana y media. Todos los días me salían coágulos, tenía calambres, escalofríos y temblores todo el tiempo. A la mañana siguiente, adolorida, sin comer o dormir, cogí mis cosas y me fui a la casa del padre de ese bebé no nacido y, ahí empieza la historia de mi desaparición.

— ¿Por qué estuviste desaparecida?

— *Antes de abortar, yo llamé a mi papá y le comenté la situación y mi decisión, por lo que él, aunque no estaría conmigo, sabía qué era lo que pasaría. A la mañana siguiente, luego de la ingesta de la medicación decidí irme a Puerto Rellena, dónde vivía el man con su familia, pero no le avisé a nadie. Nada de lo que me pasó era relevante para el man, no le importé ni a él ni a su familia. Me dijo que me podía quedar ahí pero que igual me tocaba vivir el proceso sola y pues ya la familia de él me había manipulado para que tuviera al bebé y su hijo tuviera una razón de ser como individuo en la tierra. Sin embargo, no me fui y viví el aborto allá, porque el aborto no es una sola noche, eso dura como una semana. Yo estuve allá con el periodo, pues no era un periodo, era una cosa exagerada, me acuerdo que usaba unos pañales de viejito para poder soportar la hemorragia.*

Luego de unos días desaparecida para todo el mundo y después del caso de abuso que ya había tenido con el mototaxista y haberme perdido tanto tiempo, mi papá pensó lo peor. Nosotros estábamos viviendo en un segundo piso, en la casa de él en Villa del Sur, cerca de Puerto Rellena. Yo me di cuenta que había algo raro porque el man tenía unos amigos que son santeros y a ellos les llegaban los manes de la Sijin, uno ya los reconoce. Los vi varias veces por un callejón detrás de un colegio hablando con uno de los amigos del que iba a ser el papá de mi hijo. Yo sabía que los de la Sijin me estaban buscando a mí para venderme a los de la fiscalía, ellos querían encontrarme primero. Entonces uno de esos santeros nos contó que andaban buscando una niña con tales y tales características y ahí confirmé que me buscaban a mí: flaca, crespa, morena, de boca grande, o sea, era yo. No pudieron dar conmigo porque mi mamá dio una foto mía peli lisa, gran error. La vi en las noticias porque aparecí en las noticias regionales como: «Estudiante de la Autónoma desaparecida», con mi nombre y cara, todo. ¡Es que mi Dios es muy grande! Entonces, esa misma noche, el man este por vicio me robó. Al otro día cuando yo me di cuenta de que me había robado, me fui.

El bus me dejó sobre la quinta, caminé directo a colarme al MIO, ¡uy, es que yo he vivido cosas re calle! Bueno, me iba a colar al MIO, pero por cosas de la vida mi

papá me encontró justo ahí, literal, no sé cómo es que nos encontramos precisamente en ese momento, pero de la nada vi que bajó del carro y me dijo que regresara. Yo accedí y al otro día fuimos a quitar el denuncia. Mi papá trabaja en la Gobernación del Valle y por sus amistades y contactos dentro de esa entidad es que a mí me empiezan a buscar por todo lado. Literal, me buscó la Fiscalía, Interpol, Policía, de todo, eso fue un escándalo.

Yo en ese momento no estaba estudiando, había quedado en sexto semestre en la Autónoma y pues había cancelado por no tener el apoyo de mis papás y mucho menos la disponibilidad emocional o mental para estudiar. Cuando volví a casa tuve que esperar para recuperar mi beca porque ya la había perdido, la recuperé y listo.

— ¿Volviste a tener contacto con el padre?

-Nunca volví a saber de él y creo que él tampoco supo jamás sobre mí. No tengo idea qué habrá sido de su vida podrida. Hay gente que no sabe diferenciar la realidad y el placer, todos caemos en esa telaraña y esa trampa del placer, pero no nos podemos quedar ahí, porque el placer es efímero y de corto alcance. ¿Me entiendes? Nadie alcanza los sueños, ni supera sus límites mientras vive en el placer y ¿qué es el placer? Es fumar, follar, beber, dormir, todo eso; entonces si te dedicas a vivir ahí pues te estancas y te mueres, eso le pasó a él, me ha pasado a mí y a mucha gente porque igual el placer es rico. ¿A quién no le gusta enloquecerse? A todos, marica. Pero cuando no sales de eso, te mueres. Yo viví en el placer durante mucho tiempo y por la irresponsabilidad de ese tipo de vida me preñé sin quererlo y de la peor persona del mundo, gravísimo error. Y, aunque lo aborté, una nunca vuelve a ser la misma, tuve vida dentro de mí, eso te crea un raye psicológico, yo creo que soy madre solo que nunca tendré a mi hijo, como si fuese la llorona, siempre lo recuerdo.

— ¿Cómo es eso de que te sientes madre psicológicamente?

— *Pues sí, una se pregunta cómo habría sido la vida de mi hijo o hija, qué hubiera tenido, a quien se hubiese parecido, es raro. Además, el no querer haber dañado la*

oportunidad de tener hijos, es decir, yo nunca he pensado en tenerlos, pero cagada que uno después se dé cuenta que es estéril por culpa de un proceso que se derivó de la irresponsabilidad y debilidad mental que tenía. Yo no sé ese aborto qué impactos tenga a largo plazo, además, también tuve un periodo que usaba mucho la pasta del día después, lo que me produjo demasiado desorden hormonal, por lo que sí he hecho méritos para nunca poder tener hijos.

Luego de un rato de perderla de vista la volví a ver eso de las cuatro de la mañana del domingo. La música aun sonaba estruendosa en el lugar, unos bailaban de manera eufórica a causa de las drogas, y otros, ya cansados, miraban desde las hamacas que habían colgado para decorar la fiesta. En medio de la gente estaba Antonia revoloteando su cabello como si su vida dependiera de ello, su faldita se había subido tanto a causa del baile desenfrenado que se podía ver su cola solo cubierta por una mínima tanga negra que en realidad no cubría nada. Ella bailaba con los ojos cerrados por lo que no podía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, “está drogadísima”, pensé, y era obvio que así era. Yo también lo estaba, y diría que todos los que allí estábamos habíamos usado drogas, pero de nuestras actitudes se podría saber qué tipo de drogas habíamos consumido, y por la manera en la que se movía, y por lo que ya sabía, deduje que tenía cocaína en el sistema, lo que se suponía que ya no consumía. Por un momento dudé en acercarme pues, aunque ya habíamos empezado nuestras entrevistas y ya supiera parte de su vida, no era una amiga cercana y no tenía por qué usar la información que ella me había confiado para ayudarla si ella no quería; sentí que al cuestionarle si estaba bien significaba cruzar esa línea que se supone debe existir entre la entrevistada y la entrevistadora. Después de escasos minutos mirándola, decidí acercarme sin importar si le iba a dañar el viaje en el que se encontraba.

— Antonia, ¿estás bien? - le pregunté mientras le bajaba arbitrariamente la falda de la cintura. Ella se asustó un poco y me miró con cara de sorpresa mientras intentaba reconocer mi rostro.

— ¡Amooooor! —me respondió cuando supo quién era yo, me abrazó y sin entender por qué, acercó su boca tanto a la mía que del susto la empujé. Ella me miró desconcertada y yo por miedo a que me hiciera o se hiciera algo, seguí la conversación como si nada.

— ¿Estás bien? — le pregunté de nuevo.

— Sí, amor, obvio. Estoy bien— me respondió entre los dientes.

— ¿Con quién te vas a ir?

— Con un amigo, — me dijo mientras señalaba a un supuesto amigo que estaba entre la gente bailando— con él, mira, el de azul claro. Es un amigo gay que tengo, él es super bien, tranquila, me voy a quedar en su casa, no te preocupes.

Él parecía, incluso, más drogado que Antonia, por lo que su respuesta no hizo que yo estuviera más tranquila y mucho menos después de saber parte de la realidad que vivió con sus amigos gais. Pero no podía hacer nada más, solo me quedaba confiar en que ella sabría cuidarse por sí misma como hacía unas horas atrás me había dicho, aunque yo supiera que cualquier ser humano drogado es más frágil frente a otro que no lo está. No importa su identidad sexual o su capacidad física, las drogas te convierten en otro, mental y físicamente; ella ya lo sabía, pero no lo aceptaba. La abracé y me despedí en mitad de la pista, al instante siguió de nuevo el ritmo de la música y para cuando yo había vuelto a mi asiento ella ya tenía de nuevo la falda en la cintura. Revisé si alguien la miraba con algún tipo de interés, pero todos los demás estaban en sus propios asuntos, igual que ella. Permanecí allí durante unos 30 minutos, pero al terminarse la fiesta la perdí de nuevo y no supe de ella hasta nuestra tercera entrevista.

— ¿Cómo te fue finalmente esa madrugada?

— Re bien, bebé, me quedé con mi amigo y ya, después me fui a mi casa. Uff, yo ese día estaba re loca, pero pues ya, ahora estoy juiciosa, re juiciosa. Mi mamá el

otro día me dijo que al graduarme de la universidad me internaría dizque “*para sacar toda esa droga que tengo dentro*”, según ella. Su argumento es que después de que me gradúe ella no va a seguir manteniendo en la casa a una viciosa, pero pues igual yo tengo mi trabajo, no me he varado antes, no me voy a varar ahora. Yo estoy enfocada en terminar la carrera, debo entregar el trabajo de grado el próximo 30 de septiembre. Este tiempo que he estado trabajando, me he dado cuenta de que el trabajo te organiza la vida, te toca exigirte a ti mismo; entonces estoy juiciosa, en lo mío, sigo asistiendo al gimnasio, intentando tener hábitos saludables.

— Voy a grabar de una vez, ¿vale? — Ella asintió con la cabeza, yo saqué el celular del bolso y busqué la aplicación de grabadora de voz.

05 de septiembre de 2018, tercera entrevista a Antonia.

Me quité el teléfono de la boca y lo ubiqué en el piso justo en medio de nosotras; en esos segundos que tardé haciendo esto me cuestioné la veracidad de sus palabras, pues cómo podría ser esto verdad si la fiesta había tenido lugar una semana antes y yo misma la había visto tan drogada que no podía ni reconocermela. No deseaba ocultarlo porque las dos sabíamos lo que había sucedido, pero, sobria, ya no lo quería aceptar. Nunca sentí inconformidad por ello, la gran mayoría de su discurso era sincero, pero su consumo de drogas no disminuía al ritmo que ella contaba. Sí tenía trabajo, e incluso, acabaría la carrera antes que yo, pero aún no sanaba, no aceptaba su adicción y fingía, no sé con qué objeto, que ella podía sola con la situación.

— ¿Y qué piensas del deseo de tu madre?

— *Nena, yo estoy en lo mío, a mí no me detiene nada, yo no me voy a ir internar en ningún lado, así ella quiera. Ella siempre me ha apoyado en mi carrera, en mi deseo de ser actriz, siempre está pendiente de mi vestuario, que yo llegue temprano, que yo consiga el papel que quiera; porque mi mamá fue bailarina, entonces ella entiende la competitividad del arte. Pero pues yo sé que la he cagado mucho y no puedo exigirle que crea en mí así de la nada. Yo dejé que todas las circunstancias*

me vencieran y, aunque sé que uno no debe hacer las cosas para probarle algo a alguien ni por cumplirle las expectativas a nadie, ni a los papás, sé que ya no puedo dejar que mis palabras hablen más fuerte que mis acciones, ahora lo que yo le digo es “mami, es que yo ya estoy haciendo esto, mami es que yo ya conseguí las prácticas, mami yo ya logré eso hace rato, yo hace rato ya aprobé anteproyecto». Porque mis acciones hablaron cuando estuve re flaca, cuando me vieron recaer, ellas hablaron más fuerte de todo lo que yo decía, entonces basta de palabras. No ha sido fácil, pero llegué a este punto un poquito antes de empezar a trabajar, yo me dije a mí misma que ya tenía que ser responsable, yo tengo que volverme sorda a mi mamá, papá, sorda, sorda para poder seguir.

— ¿Seguir? ¿De qué huyes entonces?

— *Antes, cuando era adolescente veía todo lo que mi mamá hacía conmigo desde el dolor. Ella es una mujer muy fría, entonces a mí me tocó ser mí misma voz de aliento, ser mi único apoyo y respaldo, también me di palo durísimo. La vida es para sufrir un poquito y yo he sufrido mucho con la crianza de Sandra, mi mamá. No solo por lo que ella hacía conmigo, también por las consecuencias que dejó eso en mi cabeza. No fue una mamá que me haya prostituido, que me haya regalado, ni una mamá abusadora; si me ha dicho cosas re fuertes, me ha puteado, me ha pegado y ha sido feo. Ella es psicótica a veces, le dan arranques de pegarme, cosas así, es loca, me deja durmiendo en la calle así de la nada o no me da de comer. Pero yo no la puedo culpar a ella por sus fallas o decir que yo voy a heredarlas, yo antes tengo que heredar lo bueno de ella, que es la mayoría; mi madre es una mujer con porte, re trabajadora, artística, luchadora, que ha sido cabeza de hogar, muy respetuosa con su esposo, una buena hija y buena hermana. Y, que quede claro, a pesar de todo, la amo.*

La verdad yo no he sido demasiado apegada a ella y, aunque era horrible estar tan sola, era mejor que mi mamá no estuviera ahí presenciando todo el mierdero por el que yo he pasado, no hubiese querido que me viera llena de sangre por un aborto. Así que después de cada cosa que te he contado me ha tocado pararme sola, organizarme sola, reanudar mis estudios sola, dejar el perico sola, y, aun así, hoy

que estoy organizada mis papás dicen: “Es que Antonia no es capaz”. Entonces cuando yo ya no tenía opción, porque ni siquiera mi familia me lo decía, menos la gente de la calle, no tocó otra más que decirme a mí misma “yo puedo”, dejar de ser víctima y dejar de quejarme.

— ¿Los has perdonado?

— *No he sanado del todo, sería una mentirosa si lo dijera, pero es que no hay de otra que obligarme a hacerlo, buscar maneras uno mismo de perdonarlos y perdonarse a una. Lo primero que hice fue bloquear los recuerdos negros, todos los momentos en los que mi mamá me ha maltratado física y psicológicamente y en los que mi papá nunca me ha defendido. Luego, me di cuenta de que uno sana esas cosas ayudando a otras mujeres que hayan pasado por lo mismo. En esta sociedad donde es normal que todas las mujeres tengan casos de acoso, donde es normal que uno tenga una amiga violada y esas situaciones se naturalizan desde la casa cuando te dicen: “Pasaste por eso, pero vas a seguir tu vida, tranquila”. Como queriéndole decir a uno que lo tiene que superar, que es normal, como si fuera parte la vida que alguien viniera y le cagara a uno la sexualidad y con ello la vida entera.*

Mi mamá supo a la final todo lo que pasó conmigo, ¿cómo le iba a ocultar que me desaparecí? Ella misma dio la foto para que me buscaran, hizo parte del proceso de encontrarme. Cuando eso pasó, yo no recibí la mejor retroalimentación, es decir, si, me aceptaron de nuevo en la casa, con todo y lo que pasé, pero queda el prejuicio. Mi mamá lo único que hizo fue juzgarme: “¿Usted si sabe que se va a ir al infierno por eso?”, “Seguro nunca va a poder ser madre, Dios la va a castigar con la esterilidad”, eran sus comentarios. Me hizo sentir que yo tenía una deuda pendiente, y yo, en cambio, esperaba que me dijera: “Qué horrible que hayas pasado por un aborto hija”. Igual yo era grande y asumí las consecuencias de mis actos, tampoco necesito que mis papás me lleven de la mano, menos mal yo ya soy adulta para saber cómo afrontar los dolores de mi niña interna.

— ¿Quién es tu madre?

— *Mi mamá es una mujer negra que no conoce sus raíces, que no tuvo familia y que fue adoptada en un hogar extremadamente conservador, aunque ella nunca se haya sentido parte de ellos, de mi familia materna, la que la acogió. No conoció el amor de una madre, el cuidado de una figura de poder, creció como pudo y se hizo una mujer según el rol que le fue impuesto. Eso no justifica su violencia contra mí, pero hace un poco entendible su manera de ser madre y ser mujer. Nunca ha ido al psicólogo o psiquiatra, aunque le hemos sugerido hacerlo muchas veces porque su nivel de odio cuando me pega, por ejemplo, no parece normal, no es ella, se sale de sí. Luego es una mujer amable, eso responde más a una enfermedad mental; pero nunca lo sabremos porque ella se rehúsa a revisarse por un odio histórico en contra de la medicina mental, no cree en ello, argumenta que la gente es débil y se hacen los locos, que ya nadie es tan fuerte como antes, así como es ella: “Dura”. Entonces si no depende de mí, ¿cómo puedo desgastarme en ella? depende de mí es sanarme y es lo único que busco.*

— Si fueses madre, ¿te daría miedo ser una como la tuya?

— *No, yo siento que yo soy muy como mi mamá, de hecho. O sea, siento que me parezco mucho a ella, además, yo no quiero categorizar a mi mamá como que es una mala madre, porque es una mujer que no tuvo mamá. Aun así, es una mujer súper maternal, ella se preocupaba por lo más mínimo, de cómo yo me alimentaba, que no tomara gaseosas; yo no puedo culparla por mis carencias, eso sería egoísta. Sí, mi mamá ha hecho cosas tenaces, recién nacida me dejó con una tía para irse a una competencia de baile, entonces tengo dos opciones: si pienso como hija, pues obvio me abandonó, me dejó sin leche materna; pero si pienso como mujer, no por tener una hija yo truncaría mis sueños, mis metas de ser artista, mi desarrollo como individuo, sé que tendría una responsabilidad pero no dejaría de luchar por mis cosas, de amarme a mí misma. Puede sonar descarado y egoísta, pero yo lo siento como amor propio, yo lo leo así, por eso es que, aunque me duelen las cosas, decido no ser una frustrada por eso, ni voy a ser una rayada con la vida en potencia, o sea no, yo ahora entiendo eso, yo ya ahora lo hago un motor positivo en mi vida. Eso depende desde qué punto lo ves, y yo no voy a ser víctima de lo que me tocó vivir.*

Yo nunca fui bruta, a lo mejor muy débil, pero soy una mujer que me invito al pensamiento, tengo mis momentos de delirio y de drogas, de hecho, eso no me ha mermado el ser una persona que piensa, que analiza las experiencias y que hace de esas experiencias vivencias de conocimiento para retroalimentarte y ser más fuerte. Si yo no tuviese la fuerza psicológica y mental que tengo a pesar de todas las caídas, si yo hubiese sido otra niña sin mi nivel de escolaridad, o una niña que no hubiese tenido una madre, si yo hubiese sido otra, no sé dónde estaría en este momento. Tengo ahora la madurez para entender a mi mamá y aun así amarla, ella hace parte de muchos procesos míos, sé que este proceso que vivimos la hizo una mujer más fuerte, la cambió, porque las drogas siempre cambian a las familias, representan un punto de quiebre.

— Antonia, ahora estás trabajando, terminando tu carrera, pero hablas de tu adicción a la cocaína como parte del pasado, aunque todavía consumes, ¿No es eso contradictorio?

— *No, no lo es, es la representación de la complejidad humana. Tú sabes que no he dejado de consumir, así como tú no has dejado de fumar.*

— ¿Perdón? - le respondí sin quererlo hacer, fue la primera palabra que salió por mi boca, aunque al escucharla yo misma en voz alta fue más un reclamo que una pregunta.

— *Aleja, esto no se trata de juzgarnos entre nosotras las mujeres, porque si nos evaluamos, todas en algún momento hemos caído bajo como víctimas y victimarias, pero todo finalmente es el resultado de lo mismo: la violencia impuesta en contra de nosotras. Ahora vivimos un proceso, pero tardará lo mismo o inclusive más años de los que fuimos expuestas a la violencia tan de frente. La realidad es que es difícil para mí dejar de consumir cocaína y no solo por la adicción física, sino la mental, porque era allí donde me refugiaba cuando no soportaba el dolor que me producían las puteadas de mi mamá, esa sustancia se convirtió, por costumbre ya, en lo único que necesito en esos momentos. Ahora, no voy a negar que soy adicta de cierta manera, pero hasta ahora lo puedo controlar y lo voy a seguir haciendo.*

— ¿Haciendo qué?

— *Las dos cosas.*

Yo salía del sanitario del último baño del restaurante de la universidad cuando Antonia apareció sorpresivamente frente a mí con una sonrisa gigante que adornaba su ya hermosa cara. Durante dos meses no supe mucho de ella, con la excusa de terminar su tesis y las responsabilidades en el trabajo que tenía desde hacía ocho meses atrás, nuestras conversaciones se habían limitado a chats por WhatsApp y solo para hacerle preguntas muy puntuales. Durante ese breve tiempo no la vi nunca fumando en la plazoleta o en ninguna fiesta a la que haya asistido, casi siempre estaba ocupada, incluso, para responder los mensajes que le enviaba. Ya había entendido que a Antonia había que dejarla ser, permitirle ser libre sin ningún tipo de presión porque, así como ella desaparecía, un día de la nada, volvía a aparecer.

— ¡Bebé! ¿Cómo estás? – me dijo mientras me abrazaba fuerte contra su cuerpo. Yo le devolví el abrazo con la misma alegría.

— Estoy muy bien – le respondí y la retiré de mi pecho para poder hablarle a su cara - ¿Y tú como estas? Me imagino que ya terminaste la tesis, ¿no?

— Marica, no la pude terminar. Es que he tenido mucho trabajo, tengo que contarte, pero no sé cuándo vuelva o pueda verme contigo, pero si quieres, hablamos ya.

— ¿Ya? pero hoy es viernes, ¿no estás parchando con tus amigos?

— Obvio, ¿no me ve?, estoy re loca. Pero, bebé es eso o nada. Dígame ya que me orino – me respondió mientras se iba bajando la falda y entraba al sanitario del cual yo había acabado de salir. No tenía nada preparado y también estaba fumada, no deseaba sentarme a hablar con ella, pero quizá era la única oportunidad de hacerlo,

por lo que apenas Antonia salió, le agarré el brazo y le pregunté a dónde íbamos, ella me devolvió el agarrón y empezó a caminar hacia la puerta del baño.

La música se alcanzaba a escuchar desde el coliseo que quedaba a unos cien metros de la plazoleta. Nos sentamos en el piso con la espalda sobre la pared de cemento y prendimos un nuevo cigarrillo de marihuana. A esa hora de la tarde ya ninguna de las dos sabía cuántos porros se había fumado durante el día, pero nunca estaba mal uno más.

—Cuarta entrevista a Antonia, 23 de noviembre de 2018. ¿Por qué no terminaste la tesis?

— *Ahhh, Aleja – hizo una pausa – es muy duro. Mucho trabajo en la oficina, lo que ha sido todo muy nuevo para mí y la presión continua de mis papás no ha facilitado poder agarrarle el ritmo a la vida otra vez como mucho antes. He avanzado poco pero no he parado, creo que esa es la clave: no parar. Por lo demás, va bien, estoy tranquila, más calmada y serena. Eso sí, te lo digo de una vez, no he dejado de consumir, pero como te lo dije la última vez, tampoco he permitido que me absorba.*

— Y ¿cómo está la relación con tus padres actualmente?

— *Es cordial. La presión nunca se ha ido, ni los comentarios, pero, aunque te lo cuento aquí y ahora, la verdad no es algo que me genere más estrés o dolor, como que ya ni me importa. El reto ha sido el trabajo, rendir con todas las responsabilidades, adaptarme a un nuevo estilo de vida. Eso sí, me ha encantado, estoy muy feliz y dispuesta a que mis papás crean en mí por mis resultados y no por mis palabras. Ya no hablo tanto, ¿sabes? Las palabras tienen mucho poder y es mejor no repetir lo malo que ya te han dicho, ni usarlas para atentar contra alguien.*

Mira, uno toda la vida crece aprendiendo de ciertos educadores, como el cine, la televisión la familia, entre otros; todos ellos envían mensajes a nuestros subconscientes y son años enteros que nos forman y nos programan; entonces a veces a uno se le salen cosas, que uno cree que son chistes, que son bromas,

comentarios irónicos o sarcásticos, porque al estar tan naturalizados, estamos convencidos que lo que decimos, está totalmente bien. Yo he empezado con eso, con dejar de reproducir esas palabras, porque las palabras están programadas en nuestro cerebro para hacernos pensar que somos malos, como: “perdedor”, “usted no puede”, “usted no es capaz” y, especialmente, en las mujeres, esas palabras nos han programado para cumplir con un rol que nos minimiza frente al hombre. “Eres una perra”, “si te pones falda es tu culpa la violación”. O cosas tan básicas como: “así no se sientan las niñas”. A nosotras no nos han dejado ser mujer, no nos dejan explorar toda nuestra belleza y sexualidad, es como si tuviéramos que pagar un precio por ser mujeres, precio que empezamos a pagar desde el tipo de relaciones que tenemos con nuestra familia. Una como mujer ya está programada para que en cualquier momento de acoso, la mente construya pensamientos en los que somos nosotras las culpables, y son precisamente esas palabras las que hay que eliminar de nuestro vocabulario, cortar esos pensamientos desde la raíz.

— ¿Quién crees que nos programa para esos pensamientos oscuros?

— Desde la casa, nuestros padres, porque te dicen: “es que así no es”, “así no vas a lograr nada”, te obligan a cumplir con unos patrones para lograr algo, y si tú no cumples esos requisitos entonces, para ellos, no sos buena. “¿Es que no ha visto a sus amigas?”, “tienes que ser así de delicada como ella”. Sin pensar en la construcción del ser humano. Luego, cuando ya tenemos contacto real con la sociedad, todo eso que nos enseñaron en la casa se convierte en algo rutinario y natural, por que salir de ahí es muy duro; además, si uno tiene eventos traumáticos es casi imposible, se necesita mucha fuerza mental y voluntad para lograrlo.

Para lograr sanar y convertir todo lo oscuro en pensamientos positivos hay que vivir un proceso, cosa que ya te he mencionado varias veces, pero uno no puede obligar a nadie a vivir su proceso y hacer conscientes sus experiencias de vida. La verdad, las experiencias uno solo las hace experiencias cuando los haces conscientes, la gente tiene esas vivencias y hay gente que vive así toda su vida, caen una y otra vez en lo mismo. Hay gente que como nunca hace consciente sus experiencias, entonces siempre quieren echarle la culpa a alguien más y, es verdad que, en algún

punto, todos fuimos víctima de todo y de todos los demás, pero usan esa excusa para nunca hacerse cargo y responsables de sus acciones.

— ¿Y cómo crees que terminará tu proceso?

— Pues el proceso nunca terminará porque somos seres humanos, nunca seremos perfectos, entonces esto no solo está dirigido a sanar las heridas que tengo por la violencia que me ha dejado ser una mujer, también hay que sanar continuamente las heridas que te causa el solo hecho de vivir en sociedad. Todo lo que nos ocurre debe estar incluido siempre en el proceso de deconstrucción que cada ser humano debe realizarse. el proceso de descubrimiento y deconstrucción que deberíamos hacer todos. Por eso me pareció importante hablar contigo, porque me serviría a mí el contarte todo en voz alta, para sacarlo de mi sistema, pero así también, podemos ser una voz de aliento para las personas que se preguntan en este momento si lo que les está pasando es normal o no lo es. Estamos ayudando a otras mujeres y eso es el proceso: ir sanando tú mientras ayudas a otras a sanar; de eso se trata todo, de sororidad, una palabra muy replicada pero que se aplica poco a la práctica. Tú y yo ya empezamos a hacerlo realidad, cada una consigo misma y con las demás víctimas. La idea, Aleja, es nunca parar.

VIVIENDO A DESTIEMPO

“Siempre hice lo correcto pensando en enorgullecer a mis papás, tratando toda la vida de que me aceptaran, pero cuando tú llevas una vida así te pierdes a ti mismo. Yo construí mi personalidad a las malas, tarde y a destiempo, no fue una construcción que tardará años y que fuese el producto de mis propios errores. No soy una adulta de 27 años, actúo como una adolescente, estoy apenas viviendo las etapas que no pude hasta que decidí salir de la bola de cristal en la que permanecí durante años, pero esta ya es mi decisión y trabajo todos los días en eso. De lo único que tengo certeza es que mi vida cambió en este viaje a Estados Unidos”.

— ¡Mamá yo no hice eso! Se lo juro.

— ¿Pero entonces, doña Genoveva para qué se inventaría algo así?

— Quizá para justificar la prohibición que le tiene a Manuela de estar conmigo.

— Entonces no hable más con Manuela, evítese problemas y contratiempos a su papá con ellos. Aléjese que usted no necesita una amiga para ser feliz.

— Bueno señora, eso haré entonces.

Desde ese día, hasta la fecha, Manuela y yo jamás volvimos a ser las mismas.

Doña Genoveva, una señora de 35 años para ese entonces, madre de Manuela, me odió desde la primera vez que crucé el jardín de la entrada de su casa, hace más de 14 años. Ella, una mujer trigueña, de cabello muy negro y abundante, de baja de estatura y algo robusta, prefería esconderse en la cocina que saludarme como hacía con todos los demás. Lo noté desde la primera visita, lo recuerdo perfectamente; yo

vestía una blusa azul de tiras, jean oscuro, llevaba una trenza y mis permanentes audífonos en las orejas. Escuchaba música de Don Omar, el reguetonero puertorriqueño. Prefería escuchar mi música mientras fingía que prestaba atención a la conversación que sostenían mis papás, don Fabio, el papá de Manuela y Genoveva. Recorrimos la casa como una presentación entre las dos familias y por esa casualidad, me presentaron a Manuela en su cuarto, ella era una niña de 15 años, alta, delgadísima, de cabello negro y muy tímida. Eso fue lo primero y único que llamó mi atención, lo demás no me importaba.

Dos semanas después de ese encuentro, mi madre recibió una llamada de una amiga en común con la señora Genoveva. Hablaron un rato mientras yo hacía cualquier cosa menos estudiar. Al colgar la llamada mi madre gritó mi nombre y yo subí las escaleras al segundo piso desde donde ella solía hablar por teléfono. “¿Te acuerdas de Genoveva?”, me preguntó, “sí, señora, ¿por?”. “Pues me acaba de decir doña Patricia que le había dicho que usted tenía cara de brincona, ¿qué tal esa vieja hijueputa?, que no sea pendeja. Muy raro que esa señora [...]”. Mi mamá habló ese día hasta que se le secó la boca, refunfuñando de la señora que años después se convertiría en su mejor amiga, su confidente y la excusa perfecta para nunca más volver a defenderme o, al menos, intentarlo.

Durante varios años, doña Genoveva se mordió la lengua cada vez que yo actuaba de manera autónoma, cada vez que desde mi libertad tomaba decisiones que, para ella, yo no podía ni debía tomar sola. Así fue cuando me pinté el cabello de negro oscuro, o cuando utilizaba escotes profundos en mi pecho; esa precisamente había sido la razón de su odio desde mi primera visita a su casa: llevar una blusa con tiras a los 13 años. Pero el principio del final tuvo lugar cuando yo empecé a salir con mi primer novio, esa fue la gota que derramó el vaso de su paciencia y por lo que obligó a Manuela a alejarse de mí, quien era una de mis mejores amigas, de las únicas que tenía y que quería de verdad. Ella logró separarnos muy a pesar de que las dos familias fuesen más cercanas cada vez. Todo comenzó una Semana Santa de un año que no recuerdo, en medio de la procesión católica del viernes, Manuela se me acercó y me dijo al oído que ya no podía ser más mi amiga: “El odio es de ambos

lados, pero ella es la que me manda, Aleja, no puedo salir tanto contigo", comentó y durante todo ese fin de semana no me dirigió más la palabra. Sin embargo, no creí que sus intenciones fueran tan reales hasta el mes de junio de ese mismo año, cuando Genoveva le inventó a mi mamá haberme visto besándome con un primo a las afueras de una finca en la que se celebraban los 15 años de una hija de los amigos de mis papás.

— ¿Usted está segura de que no me está mintiendo?

— Papá, ¡no! Yo no me besé con él, solo estábamos jugando a tirar el gato al agua, eso es todo. Le dije lo mismo a mi mamá, yo lo aceptaría si fuese verdad, usted sabe que yo soy frentera, pero no lo es.

— Yo le creo, pero entonces, usted dirá, ¿hablo con ella o se aleja de esa niña?

— Papá, a mí esa señora me importa un culo, y a usted sí le importa la amistad con don Fabio. Deje así que no será la primera vez.

Y, como si fuese un profeta, esa no fue la única vez que doña Genoveva levantó falsos testimonios en mi contra para presionar a mi madre a que me castigara o no me permitiera salir. Unos meses después del supuesto beso con mi primo, asistíamos a las fiestas anuales de Trujillo-Valle del Cauca, el pueblo más cercano a las fincas de mis papás y las de todos sus amigos. Fue un noviembre, yo había cumplido 17 años una semana antes y deseaba festejar lo que más pudiera y, a pesar que mi relación con Manuela ya era distante, nuestras familias eran muy cercanas y frecuentábamos fiestas y eventos juntos, por lo que aquel día, Manuela había preparado una estrategia para volarnos e irnos con unos amigos a una discoteca del pueblo a bailar y tomar algo de licor, por lo que después de un par de horas escuchando música popular con nuestros padres pedimos permiso para ir a comer a una caseta al lado del parque; pero nunca fue cierto. En cambio, nos encontramos con amigos y a los cinco minutos ya estábamos bailando reguetón y tomando wiski en el único bar con terraza del pueblo. A las tres de la mañana, doña Genoveva, después de llamar a Manuela, salió a buscarnos en cada uno de los

bares hasta que nos encontró saliendo del lugar donde ya llevábamos dos horas bailando; la señora agarró a Manuela del brazo con un solo tirón y le dijo un par de cosas al odio, las que, por el sonido de la música, no pude entender.

— Alejandra, su mamá la está esperando— me gritó doña Genoveva y se llevó a Manuela a empujones hacia el parqueadero. Yo caminé con desconfianza hasta la discoteca donde había visto a mi mamá por última vez, ella esperaba por mí tranquila, sentada en la misma silla.

— Alejandra, ¿cómo así que usted estaba borracha obligando a Manuela a tomar? Sepa desde ya que su papá se va a dar cuenta, ¿de cuándo acá usted toma? Ya quedó advertida ¿no?

— Mami, pero yo no he obligado a nadie a tomar, ni estoy borracha y Manuela tampoco. ¿Quién te dijo eso? Yo no fui, además. Usted sí sabía que íbamos a la otra discoteca, usted me dio permiso. Sí, recibimos unos tragos, pero yo no tengo ni plata para comprar licor, ¿de a donde le iba a ofrecer a Manuela?

Mi mamá sacó de su bolsillo derecho su celular y me mostró el registro de su última llamada, “Doña Genoveva”. Era el contacto con el que había hablado por última vez durante un minuto y 13 segundos.

— ¿Qué te dijo esa señora?

— Que las había encontrado con unos hombres y que usted le estaba dando trago a Manuela. Y que, por supuesto, ya me la mandaba a usted borracha.

— Mamá, pero estás viendo con tus propios ojos que no estoy borracha.

— Yo no sé, Alejandra, mañana hablamos con su papá, y ya le dije, no salga más con esa niña, usted va a terminar dañando la amistad de las dos familias.

— ¿Pero yo por qué voy a ser la culpable de eso? ¿Usted no ve que es esa señora?

— Yo lo único que veo es que usted no quiere hacer caso, Alejandra, no le vuelva a hablar y punto.

El cuatro de marzo de 2019 Manuela y yo nos encontramos en Trujillo, seis años después de que se hubiese sellado el fin de nuestra amistad a causa de una borrachera que nunca tuvo lugar. Durante esos años Manuela y yo tuvimos poco contacto, más bien nulo; nos limitamos a vernos por redes sociales o escasamente a encontrarnos en las pocas fiestas a las que yo asistía, porque nunca la dejaron de obligar a acompañar a sus papás a las reuniones; en cambio yo, al mudarme a Cali tenía la excusa perfecta para no volver.

La esperé durante 20 minutos sentada en una banca del parque hasta que su carro gris volteó en la esquina derecha y parqueó justo frente a mí. Ella descendió del auto con afán, cerró todo y se dirigió a mí, vestía jeans oscuros con un par de converse blancos y chaqueta de cuero negra, llevaba su cabello negro suelto y su rostro sin una gota de maquillaje, como era usual en ella.

—Hola, Aleja, ¿cómo estás? – me saludó y nos dimos un abrazo.

— Súper bien, nena, recordando viejos tiempos aquí, hace años no venía. Ni siquiera conozco el café al que iremos.

— ¿Hace cuánto tiempo? — Me preguntó mientras cruzaba la calle hacia el café en el que comeríamos algo mientras yo la entrevistaba.

— Hace unos tres años – le respondí – desde que me fui a Cali, vengo poco la verdad.

— Sí, eso es evidente. Nunca estás en ninguna de las fiestas, a la única que veo es a tu hermana y algunas veces a tu hermano, pero tú jamás acompañas a tus papás a ningún lado.

-Pues Manu, yo siempre odié acompañar a mis papás a todas las ferias de los pueblos para verlos tomar y convertirse en otros, odié ir a celebraciones de personas que ni conocía solo por la presión de ellos. Cuando me liberé, no volví.

El café era una construcción de madera ubicada a dos casas de la única iglesia católica que existía en el pueblo; casi todo estaba decorado con colores tierra y arreglos alusivos a las fincas cafeteras de la zona y la importancia de la economía del café en Colombia. La música sonaba suave, pero se alcanzaba a escuchar el rock que salía de los parlantes de la barra del fondo. Nosotras nos sentamos en la mesa más alejada, pedimos un café y un sándwich de pollo cada una.

Mi reloj marcaba las 3:23 de la tarde de un lunes caluroso, la batería de mi celular estaba casi llena, tenía la memoria vacía solo para grabar todo lo que pudiera de Manuela, pues llevaba más de tres meses intentando verme con ella en cualquier lugar, pero siempre tenía compromisos, estaba lejos o no podía por Genoveva, quien después de tantos años todavía no permitía vernos juntas. Viajé durante cuatro horas y media desde Cali para verla y no estaba dispuesta a perder el tiempo, además, era consciente de que muy posiblemente era la única vez que nos veríamos.

— Igual, aunque no estoy mucho en casa de mis papás, sí los veo— hice una pausa mientras abría la aplicación para grabar voz y darle inicio. — Bueno, Manu, te explico todo: el resultado de las siguientes preguntas compondrá la fuente de información más relevante para la realización de mi tesis de grado con la cual obtendré mi título como comunicadora social y periodista de la Universidad del Valle. Con esta serie de entrevistas a varias chicas como tú, busco reunir la mayor cantidad de información acerca de su historia de vida en relación con los diversos tipos de violencias de género que se naturalizan y construyen en las familias, de las cuales has sido víctima, de una, varias o todas las violencias.

De antemano te hago énfasis en que la información recopilada la trataré con respeto y que, además, a ella solo tendrá acceso la directora de tesis, quien guía el proceso de realización de este trabajo, y yo. Sin embargo, si hay algo en específico que no quieres que sea utilizado, ni revelado a alguien más, estás en total libertad de pedirlo. Así mismo, puedes elegir no revelar tu identidad, o no ser grabada en algún momento de la entrevista, o no querer responder a alguna pregunta, entre otras situaciones que se puedan presentar. Lo único o más importante es que por medio de esta entrevista, porque asumo que solos no veremos esta vez —ella asintió con la cabeza— es que desahogues todo lo que tienes adentro guardado, saques de tu sistema el dolor y que emprendas un proceso de desconstrucción para que sanes y pueda llevar una vida normal, tranquila y reconociendo tu valor como mujer.

— Entiendo, Aleja, estoy lista entonces.

— Perfecto. Lunes, cuatro de marzo de 2019, primera entrevista a Manuela. Cuéntame un poco de ti primero.

— *Mi nombre es Manuela Rodríguez, tengo 27 años, nací en 1991 en una clínica de Armenia, capital del departamento del Quindío, la zona cafetera del país. Hace dos años me gradué en Tuluá como ingeniera industrial. La verdad no pensé que estudiaría eso, lo decidí ya casi a punto de graduarme del colegio; en el último año las universidades visitan lo colegios para ayudarle al estudiante a decidir y, como fui criada siempre en la finca, entonces me gustaba la idea de estudiar algo que tuviera que ver con el campo. Al principio era la ingeniería agroindustrial, pero mis papás me negaron rotundamente la posibilidad de estudiar por fuera de Tuluá, que era donde vivíamos en ese momento y pues allí, solo había ingeniera industrial, entonces me decidí por esa.*

— ¿En qué momento te mudas de Armenia a Tuluá?

— *Nací en Armenia y viví allí hasta los tres años que nos mudamos a Tuluá por los compromisos de trabajo de mi papá. En Tuluá estuvimos otros tres años, es decir, hasta que yo tuve seis que nos devolvimos de nuevo a Armenia, allá hice el bachiller*

hasta octavo grado y, otra vez, nos mudamos a Tuluá. He estado entre las dos ciudades toda mi vida. En Tuluá me gradué del colegio y me radiqué para estudiar mi carrera profesional.

— *¿Qué recuerdas de tu niñez?*

— *Sin importar en qué ciudad viviera mi niñez la disfruté en medio del campo, muy involucrada en la naturaleza y el café, claramente porque mi familia es descendiente de cafeteros y mi papá mismo lo es. Sin embargo, mi niñez fue estricta y conservadora, de pronto a estas alturas uno diría que exageraron muchísimo. Por ejemplo, por ser mujer me tenía que cuidar más, según ellos; al ser el sexo débil había muchas cosas que yo no podía hacer pero que los hombres sí podían porque ellos tenían fuerza y la sociedad nunca los juzgaba. Hubo reglas del hogar como nunca salir sola, cuando vivíamos en la finca yo no tenía una vida normal como la de cualquier niña, yo no podía ir a la casa de ninguna amiga o ir al cine, y pues, yo misma me decía que eso era debido a que vivíamos en la finca y quedaba muy lejos de todo. Pero eso después me trajo problemas, porque viví como en una bolita de cristal, como en una burbuja, entonces para mí todo era demasiado bueno, no concebía en mi mente ingenua el daño o el peligro, tanto fue el cuidado extremo de mis papás que no me dejaron ver lo malo de las cosas, nunca saboreé el peligro por mis propias manos y cuando crecí fue lo más duro de aprender: que los extremos son muy malos.*

En el colegio siempre me sentí excluida porque, muy a pesar de estudiar en un colegio de monjas, se hacían algunas fiestas y yo nunca podía ir; no importaba si eran salidas casuales a comer, a cine o escuchar música en la casa de una amiga, a mí nunca me dejaron, entonces mis amigas ya ni siquiera me invitaban, me sacaban de taco de una. Eso me frustraba, quería tener una vida normal, en la que pudiese ir siquiera por un helado. Y no creas que las cosas cambiaron cuando estuve en Tuluá, todo seguía siendo muy difícil a pesar de ya vivir en la ciudad, no solo por mis padres, sino también porque para mí todo era muy diferente; es cuando te digo la bolita de cristal era porque yo no conocía el mundo, ni lo más mínimo, ni siquiera ir a un restaurante.

Los verdaderos problemas empezaron cuando llegamos aquí, porque yo ya podía hacer todas las cosas que había querido, pero aun así no me dejaban, entonces yo preguntaba por qué si ya no había problema de transporte, no había problema de que todo quedaba lejos, ya no había problema de que mis amigas vivieran en otra vereda, no entendía. Y para ellos el hecho de que cuestionara sus estrictas medidas significaba que yo quería hacer todo lo que se me diera la gana. No sé si es que ellos pensaban que por haberme criado alejada de todo yo iba a meter las patas de una y, aunque ahora me cause gracia, en aquella época ni siquiera podía entablar conversaciones con hombres porque me insinuaban que por eso podría quedar en embarazo, lo peor es que yo lo creía, ¿imagínate con qué traumas llegué a adulta? Eso fue un error grave porque ahora es cuando yo siento las consecuencias de eso, me han traído problemas obviamente, hay cosas que para mí como mujer se me hacen muy difíciles, no tengo confianza en mí misma, no he podido establecer relaciones sentimentales sanas, no experimenté las etapas que una necesita vivir y por eso terminé con mi ex y él ahora tiene una familia y yo estoy sola.

— ¿Cómo te afectó la falta de libertad?

— *Yo nunca decidí, nunca tuve que pensar, no me dejaron. Y por costumbre, diría yo, ni siquiera fue importante aprender a tomar mis decisiones y cometer mis errores, por eso cuando me convierto en una adulta no supe qué hacer con mi vida y es algo que todavía estoy descubriendo, a una edad tan vieja, porque decir lo contrario sería mentira. Y aunque no exista como una línea de tiempo establecida para vivir la vida, es decir, como una línea específica que te indique a qué edad tengas que cumplir tus objetivos, uno siempre tiene interrogantes conforme las etapas que va quemando, en lo que uno quiere hacer, el plan de vida, o acerca de los proyectos que uno quiera emprender. Pero en mi caso, esos interrogantes que yo debí haberme hecho en la adolescencia, por ahí a los 18 años, me llegaron muy tarde, apenas ahora. Yo no hice el típico ciclo de graduarme del colegio, ir a la universidad y luego conseguir un trabajo, te casas y tienes hijos. No, y aunque me gradué como profesional tarde y tenga la idea de crear ideas para emprender, en mi vida personal apenas aprendo a conocer lugares y ponerme nerviosa porque*

alguien me diga “hola” en el chat. Se siente fuera de lo común, como si me estuviera dejando el tren.

Pensé que al graduarme como profesional, encontraría un trabajo y mi vida tendría un hilo muy lineal, pero al nunca encontrar un trabajo me pregunté para qué putas había nacido, me frustré mucho, no entendía cómo podía pasarme eso si todo lo había hecho correctamente, si había obedecido todo lo que me habían dicho, hacía todo perfecto, pensaba yo en ese entonces que debía ser premiada. Me dio una depresión existencial y en esas cosas de la vida apareció el intercambio a Brasil y yo dije ¿por qué no? Me fui, pero con muchos problemas; yo debí quizá haberme ido libre, hubiese podido gozar mucho más al intercambio, pero allá peleé con demonios y con todo lo que era yo. Allá me di cuenta todo lo que había hecho la crianza de mis padres en mí, yo le tenía miedo a lo desconocido y como los papás saben más que uno, se supone, uno cree que la última palabra es la de ellos, si ellos dicen que es azul, es azul y ya. Yo ya me di cuenta de que mi objetivo no podía ser otra persona que no era yo, yo tenía que ser yo misma. Qué ganancia había que mis papás estuvieran orgullosos de mí si no yo no estaba feliz con eso.

— ¿Qué significa «dejando el tren»?

— *Siento que la vida se me pasó en frente y no me di cuenta. Sé que soy una mujer joven, pero yo quisiera estar con alguien, por ejemplo, tener una familia y estar tranquila, quiero sentir qué es el amor verdadero, pero no lo logro, no entiendo qué pasa conmigo, he salido a buscar, he viajado a otros países y parece que nadie va a quererme, aunque suene estúpido.*

— ¿Desea algo más? — dijo la mesera.

— ¡No! — respondimos al unísono a la chica que sostenía la comida y el café en la bandeja plata con su mano derecho. La señorita rubia dejó los sándwiches, el café, la factura con la cuenta y se marchó. Manuela y yo perdimos un poco el foco de la conversación, pero ella luego de pensar unos segundos, continuó.

— Mira, yo siempre deseé salir del país, tenía demasiada curiosidad de conocer otras cosas que ni yo misma pudiera imaginar, pero cuando pude hacerlo fue un proceso demasiado difícil, yo tuve la oportunidad de irme en el 2015 y ahora que lo pienso, fue muy tarde, debí haberlo hecho antes. Eso hizo que yo saliera totalmente de mi zona de confort, allá pensé que yo no tenía por qué sentirme mal por vivir las cosas tarde, por haberme graduado del colegio y la universidad después que los demás, pues nadie tiene nada escrito. Un tiempo después de ir a Brasil me fui a Estados Unidos a trabajar como niñera, me sentí mal porque ahí yo ya era ingeniera industrial y estaba en un país desconocido cuidando niños, se supone que eso no lo tiene que hacer una persona estudiada. Pero no, yo decidí dejar de pensar así, era una oportunidad para conocerme, pensar qué era lo que yo podía hacer, hasta dónde podía llegar y preguntarme quién era yo, porque ni siquiera sabía quién era yo misma. Cuando regresé del viaje ya podía responder a esta pregunta, igual todavía me falta mucho por trabajar y descubrir. Ese sí es la gran consecuencia de que mis padres hayan sido tan estrictos conmigo o, más bien, mi madre, ella fue la más jodida y con ello me transmitió todos sus miedos, sus temores de mujer, como persona del campo, como sumisa, como todo lo que ella es, lo bueno y lo malo.

— Me comentabas que sentías que nadie va a quererte ¿por qué tu mamá tiene que ver con que te sientas así?

-Cuando creces en una casa en la que tenías miedo a todo, a preguntar si podías o no podías, a pedir un poco de dinero de más, miedo a ponerte una blusa sin mangas, a ponerte un poco de labial, cuando uno se convierte en adulta sintiendo miedo, a veces no puedes sentir otra cosa. Muchas veces mis amigos me invitaban a salir y yo les decía que sí, pero la verdad nunca les decía a mis papás, tenía miedo de saber si me iban a dejar ir o no, entonces prefería no decir nada. Evitaba la tristeza y la frustración, siento que fui muy resiliente en ese sentido, yo me consolaba sola para no seguir llorando por lo mismo. ¿Recuerdas hace años que fui a tu casa y tenía un parte de mi cabello azul?

—Sí, ¿por qué? — le respondí.

-No te alcanzas a imaginar todo lo que mi mamá me dijo cuando lo hice, porque nunca le pedí permiso, no me hubiese dejado, aunque yo en ese entonces tenía unos 25 años. De “perra”, “mujer que no da su lugar”, “brincona”, entre otros, no me bajó. Quizá lo más suave que me dijo fue que yo sería una burla para todos los amigos de mi papá, que quién sabe qué cosa podrían pensar los demás de mí. Me dijo todo eso solo por pintarme una parte del cabello de azul, imagínate el miedo que tenía yo para abrir mi corazón a alguien. Pensaba siempre que mi mamá iba a ser un obstáculo, nunca salía con nadie, ni a escondidas, porque si mi mamá me descubría el castigo era monumental. Ya en la universidad, además de dolerme me daba pena, entonces amar a alguien nunca fue una opción. Y si hablamos del sexo no nos vamos de aquí nunca, Aleja.

Ella tomó un sorbo de café y sostuvo la taza en su rostro con su mano derecha para que los demás no la vieran llorar, pero yo sí podía verle las lágrimas saliendo de sus redondos ojos negros. Ella seguía tomando el café o fingiendo que lo hacía, no bajaba la taza, yo permanecía en silencio absoluto, mirándola fijamente, intentando que mi rostro fuese lo más suave posible. Manuela y yo habíamos sido amigas durante muchos años, pero desde ese noviembre bailando en ese mismo pueblo, nuestra amistad había dejado de serlo; nunca supe si todo había sido una mentira, pero con sus palabras y su llanto, pude darme cuenta de que se alejó de mí porque no tuvo más opción.

— ¿Estás bien, Manu? — le pregunté y posé sobre su espalda mi mano derecha. Ella no dijo nada, solo bajó su mirada y la lágrima cayó directa sobre la mesa de madera. “No”, le alcancé a escuchar entre la saliva que dejaba el llanto en su boca.

— ¿Quieres algo? — Insistí.

—No, solo dame un momento.

“Feliz cumpleaños, Manu, espero tengas una vida bonita y hayas llegado super bien de tu viaje, Dios te bendiga y vivas muchos años más”, tecleé desde el computador vía WhatsApp y se lo envié a Manuela. A las dos horas me había invitado a una discoteca de Tuluá para festejar su llegada de Estados Unidos y su cumpleaños a la vez, yo acepté e invité a mi novio de la época. Mi hermana y su novio ya estaban invitados.

— ¡Feliz cumpleaños, Manu! — le dije y la abracé al apenas verla en la discoteca.

— Gracias, Aleja, gracias por venir. Hace años no nos veíamos, ¿no? Y si no es por mi cumpleaños no nos vemos.

— Diría que unos dos años, pero eso no fue mi culpa— le respondí. Ella entrecerró los ojos y se quedó callada, yo fingí que no había dicho eso y continué. — Estás muy linda, nena, espero te haya ido súper bien en tu viaje y hayas aprendido mucho inglés.

— ¡Jumm! Más o menos. Nena, mira siéntate allí, seguiré saludando a los invitados— me dijo mientras me señalaba un mueble en el fondo, yo asentí y caminé hasta sentarme.

Manuela llevaba un ajustado vestido blanco, su hermoso cabello negro le adornaba su cara naturalmente maquillada. *“Qué linda está”,* pensé mientras permanecía sentada al lado derecho. Poco a poco el VIP se había llenado con amigos de Manuela, a algunos los conocía, otros eran desconocidos y su novio, conocía de su existencia, pero nunca nos habían presentado.

— Miguel Rivera, mucho gusto.

— Alejandra Rojas- le respondí y nos dimos brevemente la mano como saludo.

Miguel era un hombre alto, atlético, de cabello y ojos claros, piel blanca y tatuajes muy grandes solo en el brazo derecho. Había ido hasta Estados Unidos a visitar a

Manuela de sorpresa, luego que ella pasara siete de los 12 meses que duraba su intercambio como niñera. Su relación iba como viento en popa, es decir, se veían felices y parecían disfrutar del amor en el que ya llevaban poco más de dos años para ese momento. Por lo que sabía, la señora Genoveva no estuvo de acuerdo al principio por la única razón de que Miguel llevara en su cuerpo el arte del tatuaje impregnado como un sello postal, pero después de darse cuenta que trabajaba en un banco con un rol bastante importante, tenía buena posición económica y su familia era lo suficientemente conservadora para sostener una relación cordial, Miguel había sido aceptado para ser el novio de la princesa de papá, el primero y el único que ha tenido o, que al menos, ha podido presentar en su casa.

La fiesta transcurrió apacible y divertida, bailamos y bebimos algo de alcohol hasta que encendieron la luz de la discoteca a las tres de la mañana para que todos los asistentes abandonaran el lugar. Poco a poco nos levantamos de nuestros asientos y nos alineamos para descender por la escalera de la disco, mi novio y yo, al estar al fondo del VIP, ocupamos los últimos lugares de la fila; mientras salíamos la multitud nos absorbió, los perdimos de vista entre la gente que empujaba o se tropezaba intentado contener sus cuerpos por el licor. Permanecemos varios minutos en el tráfico que se había formado en la puerta de casi un metro incapaz de contener la máxima cantidad de gente que buscaba salir por allí, luego de también empujar un poco salimos a la carretera principal y pudimos verlos a todos formados en un círculo a varios metros del carro de Miguel.

— ¿Qué está pasando, marica? - le pregunté a mi hermana en el oído apenas la alcancé, algunos se habían marchado pero los que permanecían allí no hablaban, mi hermana estaba secreteando con su novio mientras adentro del carro se escuchan golpes y gritos.

-No sabemos, nena, todos nos dispersamos al salir de la discoteca. Sebastián y Andrés salieron con ellos y dijeron que desde la puerta él la agarró fuerte por la espalda, se empezaron a gritar y se encerraron en el carro.

—Pero, ¿qué decían específicamente?

—Es que Miguel está borracho, usted vio, entonces empezó a reclamarle— mi hermana bajó la voz y se acercó sus manos a la boca para evitar que otras personas escucharan— a reclamarle por no tener sexo.

— ¿Qué? ¿Cómo que por no tener sexo?

— Sí, nena, es que ellos no han tenido sexo nunca— mi hermana continuaba hablando en voz baja mientras agachaba un poco su cabeza – Manuela nunca ha podido estar con él, lo han intentado, pero nada. No sé por qué empezaron a discutir por eso, quizá él le dijo que fueran a un motel y se negó.

— Pero ¿cómo así que no han podido?

— No, nena, eso te lo debe contar ella.

— ¿Cómo ha sido tu vida amorosa?

— *Mi primer novio legal lo tuve a los 19 años, es decir, un novio que mis papás supieran de su existencia. Claramente, he tenido más novios y personas que me pretenden, pero yo siempre tenía miedo, más que todo de la autoridad de mi papá, por lo que yo misma espantaba a todas las personas que se me acercaban, así me gustaran mucho. Durante esa relación que solo duró seis meses, yo estudiaba en la universidad, me sentí preparada para la relación, pero fue muy tóxica, a pesar de durar tan poco. Terminamos varias veces, volvíamos, terminábamos, y así nos la pasamos, fue muy inestable y ahí no pude tener una relación normal, como por lo mismo, no podía compartir ciertos espacios, ni estar con él a ciertas horas, ni ir con él a ciertos lugares. Esto me da para decirte que la verdad mi primer novio, un noviazgo de verdad fue con mi ex más reciente, Miguel. Nuestra relación de dos años y medio fue una lucha constante, el hombre que me ayudó a que mis papás entendieran qué significaba que yo tuviera una pareja y se lo agradezco demasiado, pero en ese proceso tuvimos que pasar por muchas cosas que dañaron nuestra relación.*

Yo nunca expresé mi cariño, no fui muy amorosa, casi nunca le decía que lo amaba y cuando estaba enojada lloraba en silencio, lo amé en silencio y ahora lo extraño en silencio. Esa ha sido mi cruz, quizá si yo le hubiese dicho todo lo que sentía y él quería escuchar, estaríamos juntos. Cuando llegué de Estados Unidos busqué inmediatamente a un psicólogo, mi viaje me dejó muy rayada, además porque cuando él me visitó me habló de tener una familia, casarnos, y eso estaba muy bien, pero no me sentía lista, no en ese momento.

Manuela se tomó de nuevo un respiro mientras sostenía el café en frente de su rostro, esta vez no agachó su cabeza, solo la mirada, la mantuvo por un par de minutos hacia abajo, quizá hacia la nada misma. Yo esperé sin preguntarle nada, sin mirarla siquiera para no hacerla sentir incómoda; le daría un espacio para que ella pudiera retomar su palabra y continuar.

— *Yo amaba lo que era yo cuando estaba con él, es que Miguel no es un hombre como mi papá, no es machista, era lo que yo siempre había buscado y es lo que busco en la actualidad porque no creo que yo pudiera vivir con un hombre como mi papá. A mí me gusta que me escuchen, no tenerle miedo a mi pareja, que si yo estoy mal me lo digan de buena forma, no como si fuera ley. Eso ha sido difícil porque yo solo conocí al tipo de hombre como mi papá: autoritario, soez, petulante, machista, muy machista, y cuando estuve con Miguel, me demostró que existen otro tipo de personas, que no todos están cortados con la misma tijera, como dice la gente.*

Mientras estuvimos juntos tenía miedo de ser muy vulnerable ante él, que de pronto se pudiera aprovechar de esas cosas. Además, yo siempre he visto y he conocido a hombres de carácter, pues se supone, y a mí me enseñaron, que todos los hombres eran así. No estoy diciendo que así es o que esté bien, pero quizá en algún momento mi expareja, al ser tan sumiso conmigo, me aburrió. ¿Puedes notar la contradicción? Yo quería estar con alguien diferente, pero al estarlo no me podía acostumbrar a que me trataran bien, a que él fuese noble y romántico, a que no me impusiera las cosas, a la final no pude con eso, aunque era lo que quería.

Él quería dar el siguiente paso y yo no me sentía preparada. Aunque lo amaba profundamente, yo tenía que vivir lo que estoy viviendo ahora, y si llegase alguien en este momento yo ya podría afrontar la situación diferente. Mientras estaba de viaje, las peleas conmigo misma eran constantes, mis papás no sabían nada, y si se hubiesen dado cuenta quizá hubiesen mandado por mí, y yo la verdad no quería devolverme, yo quería estar ahí hasta que más aguantara. No lo veo como un error, lo veo como consecuencia de la vida, de mis decisiones, por eso la decisión de ir al psicólogo, para pensar porqué soy así, deconstruirme, como decís vos. Yo creo que si yo no hubiese hecho el viaje me hubiese casado con él. Quizá sí, pero no me podría imaginar cómo hubiese terminado eso, totalmente peor porque yo sí o sí tenía que vivir esto y lo mejor es que lo viva sola, no en una relación.

— *¿Vivir qué proceso?*

— *El proceso que inicié cuando viajé a Estados Unidos, ahí hay un antes y un después. Antes, yo hacía mis locuras, pero eran unas muy bobas, como mentir para ir a una fiesta, a cine, a comer helado, pero es que hacer esas actividades no comprende acciones ilícitas, malas o que me afectaran mi integridad, entonces eso no era nada. Luego, me voy para Estados Unidos, allá nadie me conocía, nadie me juzgaba, si yo me portaba mal, no pasaba nada, pero aun así no lo hice, no me nacía, no es que yo haya sido una amargada, sí salí y fui a rumbas, pero la verdad todo fue muy sano, yo ahí entendí que yo no salía aquí en Colombia no porque no me dejaran, sino porque yo era así pero aquí me tocaba fingir de más para que no dijeran nada porque para mis papás cualquier cosa era salirme del rol que debía cumplir, cualquier cosa, tú sabes de eso.*

Hacer ese viaje me hizo preguntarme todo sobre mí y me hizo darme cuenta de que no sabía quién era yo, ni en una mínima parte, pues la vida que estaba viviendo era la que mi mamá quería que yo viviera pero no la que yo deseaba; allá hice lo que en realidad quise y supe que yo no busco nada extraordinario, es decir, no soy una mujer que quiere drogarse tres días seguidos en una rumba de tecno, no, esa no soy yo, yo soy la que quiere salir un sábado casual a tomar algo y bailar con sus amigos, pero para mi mamá eso es convertirse en una cualquiera, aunque ella

misma haga eso y lo disfrute. Genoveva siempre me ha comparado con una de mis medias hermanas mayores, Helena. Ella vive en Miami desde hace muchos años, yo diría que huyó. Mi papá permitió la manipulación de mi mamá y empezó a actuar de manera muy estricta con ella, y cuando huyó mi mamá pensó que lo que quería era una vida en la locura y siempre ha tratado de alejarme de mi hermana, de hacerme creer que es una cualquiera, quizá para que no siga sus pasos.

Yo siento que mi mamá lo que buscaba era amarrarme a ella, y llegó un punto donde eso no se podía dar más, yo también necesité huir y lo hice de manera sutil, con la excusa de un intercambio. Cuando yo volví no sabía cómo decirle a mi mamá que las cosas iban a cambiar, la psicóloga me dijo que tenía que hacerlo, siento que lo debí de haber hecho hace mucho tiempo, pero me daba mucho miedo que me echaron de la casa, que me dijera cosas que yo no quería escuchar. Tuve que irme por allá y agarrar valentía, y soy consciente de que quizá lo tuve que haber hecho antes, pero bueno, las cosas de Dios son perfectas, ¿no?

—Sí, claro — le respondí

— *Entonces cuando volví mi cabeza estaba llena de preguntas, de dudas, de ansiedad y no fui capaz de llevar una relación en medio de ese proceso. Yo creo que fue mucha adrenalina en mi mente y decidí terminar con Miguel dos semanas después de volver. El problema que yo tengo con mi personalidad es que yo soy muy drástica y yo me doy látigo a mí misma, como hasta que salga sangre de mi alma, soy muy racional, no suelo pensar con el corazón y, en algunas cosas, es bueno, pero en esa no lo era. En ese momento fui muy egoísta, venía cansada, tenía miedo y nunca supe cómo decírselo, cómo expresarle mis problemas existenciales y aunque yo sé que él quería apoyarme, tampoco lo hizo de la manera correcta, él me ahogó, yo no me conecté con él, quería mandar todo a la mierda, salir corriendo, o sea, eran muchas cosas y lo primero que hice fue castigarme con eso, con terminarle a Miguel. Yo simplemente le dije “¿sabe qué? Yo no lo quiero. Chao.” Así, literal. Él me dijo que yo me iba a arrepentir, que él sabía que yo sí lo quería pero que respetaría mi decisión y que jamás me iba a buscar. Yo no lo volví a buscar, él tampoco y él ahora ya tiene su vida y su familia, su esposa está*

esperando un hijo y pues estaba en todo su derecho de reconstruir su vida, el problema es que yo no he podido rehacer la mía.

Al principio pensé que yo no necesitaba de nadie para vivir feliz; estaba soltera entonces, todo estaba de maravilla, ya podía salir más y empezar a disfrutar de todas las cosas que nunca había conocido, pero qué equivocada estaba. No estoy diciendo que me he muerto, que no he podido vivir sin él, lo puedo hacer, pero sí fue una decisión apresurada, las cosas no debieron ser así, no debí haber huido. Esa es una de las consecuencias de mi crianza, me cuesta mucho decir lo que siento, no soy capaz de expresar amor y la relación estaba pidiendo otro tipo de cosas, cosas que se podían arreglar, pero yo no esperé, él hizo lo que pudo para salvarla, pero yo corté de taco, salí corriendo, como la típica Manuela que huye, y sí, él tenía razón, me arrepentí y me arrepiento.

— Manu, siento mucho lo que tuviste que pasar y a lo que tuviste que renunciar, pero dentro de todo, me alegra que seas consciente de que viviste un tipo de violencia y que deseas deconstruirte; ese el primer paso, aceptar que tú eres la víctima y que es el resultado de la crianza que te dieron tus papás y, que además, eso te raya y te afecta cualquier aspecto de la vida y de tu desarrollo como persona y, especialmente, como mujer.

Yo quisiera preguntarte algo de lo que como amigas nunca hablamos, además que hace mucho ni nos veíamos. ¿Recuerdas la fiesta a la que me invitaste para celebrar que habías vuelto de Estados Unidos? ¿Qué pasó esa noche?

— ¿Tú también viste la pelea? —Yo asentí con la cabeza— *todo empezó esa noche Aleja.*

— ¿La relación acabó esa noche?

—*Prácticamente sí. Mira, esto es algo muy íntimo y quiero que entiendas la situación que yo atravesaba, Aleja, yo sé que es difícil de entender para ti que has sido tan libre siempre, pero yo no fui así.*

—Manu, no tengas miedo, no te voy a juzgar a ti ni a tus papás, cada uno de ustedes tienen contextos diferentes y, a pesar de que toda esta realidad debe ser expuesta, hace parte de lo mismo: Una cultura milenaria que se nos ha impuesto a ti y a mí, pero también a tus papás. Tranquila, ¿está bien?

—Sí, Aleja, gracias. Bueno, yo nunca pude tener sexo con Miguel y, en realidad, a mis 27 años no he podido tener sexo con nadie y digo, no he podido, porque es así, no soy capaz. Lo he intentado y con Miguel traté. Él siempre fue muy paciente y respetuoso, demasiado, y yo le expliqué que era difícil para mí porque era mi primer novio, que nunca había estado con alguien; en un principio él pensó que era lo normal, la típica primera vez para cualquier mujer, se imaginó que en algún momento pasaría y que no sería un problema hacer el amor. Pero eso no ocurrió nunca, ni siquiera cuando estuvimos solos en otro país.

La razón es que yo estaba o estoy, ahora mucho menos, rayada, muy rayada con tener sexo; tenía pánico que mi mamá supiera que no iba a llegar virgen al matrimonio, me recordaba a mí misma que era un pecado, y que me estaba privando del reino de los cielos. Además, mi mamá nunca me ha dejado sola, así no esté con ella, es decir, ella me llama regularmente todo el tiempo; bueno, me llamaba, cada dos horas por mínimo, entonces yo me imaginaba que iba a estar desnuda y que mi mamá me llamaría, ¿qué le iba a decir? Solo ese hecho me asustaba.

Yo viví un tiempo en Armenia haciendo un curso y pasábamos fines de semanas solos, obvio, mi mamá nunca supo nada, yo me ayudaba de amigas para saber si mi madre iba a llegar de sorpresa a mi casa y, a pesar de que le pedía ayuda a todo el mundo, varias veces ella llegó de la nada y a Miguel le tocaba volarse del edificio, se escondía en cuarto del aseo, hasta el celador sabía. Y a pesar de que alcanzamos a estar solos muchas veces, de intentarlo, no podía, en serio que no, me excitaba poco de pensar en mi mamá, cerraba los ojos y la veía a ella, gritándome que era una perra, que no me amaba a mí misma y no era capaz.

Miguel tuvo paciencia mucho tiempo, pero después de estar separados un año ya era demasiado para él, y esa noche explotó en medio de los tragos y la adrenalina.

Toda la fiesta me invitó a pasar la madrugada con él en un hotel, incluso había organizado la mentira a mi mamá; tenía todo listo excepto yo, cuando me negué él explotó. Ocurrió cuando bajábamos las escaleras, él me tomó del brazo y me exigió que fuésemos al hotel, yo le repetía que no iríamos a ningún lado y poco a poco se fue alterando, “llevamos casi tres años, Manuela, ¿no me quieres o qué?”, “¿a quién es que te estás comiendo pues?”, “comete una mierda entonces, quizá una mierda si te la comas”, me alcanzó a decir antes de llegar a la puerta de la discoteca. Luego, me agarró más fuerte y empezó a gritarme delante de las personas que salían, que yo era una frígida, que no lo amaba y que solo estaba con él para tener un florero, yo al ver eso, lo meto a su carro y estuvimos allí una hora, tú viste. Andrés finalmente entra al auto, me saca de allí y se lo lleva a él a su casa. Yo me voy con una amiga a mi casa y terminamos a los dos días, no pude más.

— ¿Llevas un proceso en que puedas sentirte cómoda con tu sexualidad?

— *No he vuelto a tener novio. Pero en general, me he vuelto una persona mucho más comunicativa, si algo me gusta lo voy diciendo, así como es, ahora entiendo que uno no tiene porqué guardarse las cosas, eso trae enfermedades, mil cosas después. Por ejemplo, en mi casa siento que las cosas han evolucionado muchísimo mejor con el solo el hecho de ya no quedarme callada. Hablando de buena forma, pero comunicándome. En cuanto a relaciones, no lo sé, ya llevo un año y medio sola y la verdad es que por ratos me preocupo, porque la razón de que yo esté sola ha sido yo misma. Miguel está normal, haciendo su vida, muy feliz y contento, pero ¿y yo qué? En parte yo no me he perdonado eso; digo en parte, porque la otra parte, la racional, siempre es como diciéndome que así tenían que ser las cosas, pero la parte más humana no, esta parte está rota. En el momento en el que yo le dije que dejáramos así, yo pensaba que hombres había miles, y así es, pero es muy difícil encontrar una persona como él: un hombre diferente a lo que yo ya conocía. A veces siento que es raro porque yo nunca lo pienso, no todos los días pienso en él, pero a veces estoy así normal y como que lo siento sin haber soñado con él ni nada. Yo se lo atribuí al hecho de que yo estoy sola y que es como normal que lo sienta conmigo, lo extraña, lo quiera ver, pero soy consciente de que ya hizo su vida y que*

jamás estaremos juntos de nuevo. Yo a veces pienso que, por este fantasma con él, es la razón por la que yo todavía no consigo una nueva pareja, siento que todo quedó inconcluso, a medias, que no hayamos tenido sexo me hace sentir que quedamos en deuda.

En estos momentos no estoy con nadie, no me gusta ningún hombre y hasta siento que yo tampoco a nadie. En este momento pienso que algo no está bien conmigo, como si yo estuviera defectuosa, quizá sea solo miedo, pero siempre pienso que algo pasa. Quiero darme la oportunidad de vivir otras experiencias, pero no pasa nada, no sé si es porque no me relaciono con mucha gente, pero bueno yo sí salgo cuando voy a Tuluá los fines de semana. Durante este año y medio, sí, han llegado personas, pero con ninguna he tenido química, así una persona que me motive o que me guste en serio. No sé, yo siento que la conexión con mi ex aún sigue muy viva, obviamente para mí, bueno la verdad, pues puede sonar ridículo, pero yo siento que también para él, no sé. Nunca volvimos a hablar, yo lo único que no quiero es meterme en su relación, no voy a ser la tercera en discordia. Además, después de tanto tiempo, él sí creyó que yo no lo quería, siempre pensó eso hasta la última vez que lo vi y yo, de pendeja, nunca lo contradije, nunca le expliqué la realidad de mis sentimientos, mis miedos y frustraciones, y si no le se lo dije a él, no sé cómo explicarle a alguien más, a esa persona con la que vaya a estar por primera vez; porque, Aleja, si la pregunta es si ya tuve sexo con alguien, la respuesta es un rotundo no.

— Hola, Miguel, ¿cómo estás? Mucho sin verte, ¿cómo ha estado tu vida? – le dije mientras no saludábamos con un amable abrazo.

— Bien, Aleja, súper bien todo. ¿Cómo estás tú?

—Trabajando y viviendo en Cali, tú sabes. Hace rato no veo a Manu, ¿qué tal ella?

— Aleja, qué pena —Miguel se encogió de hombros y se acercó a mi oído—
Manuela y yo terminamos —dijo y se alejó nuevamente. — Mira, te presento a mi
esposa, Ester —no sé si había sido el tumulto de las personas pasando a nuestro
alrededor, mi miopía o la torpeza, pero no había visto a la mujer alta, corpulenta, de
cabello rizado y sonrisa muy amplia que permanecía atrás de él.

—Mucho gusto, Alejandra —le dije. Ella me devolvió el saludo y nos agarramos de
la mano por unos segundos, los mismos que tardé en darme cuenta de que gestaba
en su vientre a un bebé. No me hizo falta preguntar quién era el padre, Miguel lo
había dicho todo. —

— Espero todo marche bien, Migue, que tengas una hermosa familia, ¿será niña
entonces?

—Sí, Aleja, es niña. Estamos muy contentos.

— Me alegra mucho, en serio que sí. Bueno, los dejo, debo seguir.

Nos despedimos con cordialidad, pero entre ella y yo hubo una tensión desde que
mencioné a Manuela. Yo no tenía idea de que habían terminado, mucho menos que
él ya tenía una nueva pareja y que, además, tendría una hija.

— ¿Has perdonado a tu mamá?

—*No lo sé, jamás me lo había preguntado. Ella nunca supo nada de lo que te estoy
contando y, aunque hemos mejorado nuestra relación, yo no soy tan transparente
con ella. Obviamente ha sido por todo lo de la niñez y su manera de tratarme, por
lo que prefiero no decirle nada para no escuchar lo que tiene que decir. Mi energía*

puede cambiar, yo respeto su espacio y sólo espero que ella respete el mío, tiene que ser algo muy grave. Ella lo único que sabe es que sí, que me dolió un poco pero no supo o no sabe hasta qué punto.

Mira Aleja, mis papás no me conocen, ni mi mamá, ni mi papá y muchos menos mis hermanos. Yo siento que si les cuento ellos podrían hacerme daño, eso significaría exponerme a que me juzguen por haber sido tan estúpida de terminarle así a Miguel, y lo que yo menos quiero en este momento es que me digan ese tipo de cosas. Yo lo sé y ya bastante me castigué por ello, permitirles ese espacio de discusión, me haría daño, porque sé que lo harían, entonces no, no quiero tener más cosas por sanar. Yo tuve mis motivos y también me equivoqué, pero yo solita tengo que encontrar la solución a esos problemas, llegará el momento en que me sienta libre, pero justo ahora no es el momento para hacerlo. Es que alejarme hace parte del proceso, distanciarme emocionalmente de lo que ellos piensan sobre mí. Le di tanta importancia que ya no necesito saber qué piensan, quizá en algún momento pueda hacerlo, pero eso será cuando los perdone del todo, por ahora no puedo, solo finjo, finjo muy bien que no pasa nada, cuando lo resuelva, veremos.

Con toda esta situación he sido más transparente con mis amigos, siempre ha sido así desde el principio, y puede que me esté equivocando, puede que si le cuento a mis papás no me digan eso que yo pienso que me dirán, pero no me voy a arriesgar a darme cuenta, todavía no me siento fuerte para averiguar qué es lo que me van a decir.

— ¿Todavía les tienes miedo?

—A ellos no, le tengo miedo a lo que se me quedó en la cabeza y que no he podido sanar. Visito una psicóloga y he avanzado muchísimo, pero sí, todavía tengo miedo y, sobre todo, no he podido quitarme manías, vicios e inseguridades. Por ejemplo, aun no soy capaz de ser amorosa con la gente que amo, con mis papás tampoco soy una persona expresiva, es que ni ellos ni yo, es chistoso pues sólo nos decimos que nos queremos en ocasiones especiales o año nuevo. Suelo ser más cariñosa con mis amigos, y yo sé que las cosas no deberían ser así, pero es que no ha sido

mi culpa. Me toca tomar y emborracharme para poder ser cariñosa con la gente, entonces yo me di cuenta de que yo sí lo quiero hacer, pero no soy capaz. Yo lo quiero hacer, pero simplemente no sé cómo, cosas así son las que debo aprender a hacer, aprender a soltar el pasado, aprender a entender más, pero yo sé que voy a poder, creo que ese es el primer paso, justo el que estoy dando ahora, en el que me siento segura de poder lograr; de un día ser una mujer sana que no tenga miedo de amar y dejarse amar.

— *¿Cómo es la relación con tu madre, después de volver de Estados Unidos?*

— *Bueno, yo me fui prácticamente huyendo de muchas situaciones, entre ellas mis papás. Y, aunque le he tenido muchísimo respeto a mi padre, es mi mamá la mente maquiavélica detrás de cada castigo, de cada regaño y de cada insulto por parte de mi papá. Pero, aunque sea lo más inverosímil del mundo, ahora trabajo con mis papás tiempo completo, por eso vivo aquí en Trujillo. Desde que llegué tengo otro tipo de relación con ellos, una que jamás me imaginé, puesto que siempre me decía que apenas obtuviera mi grado como ingeniera, me iría lo más lejos posible. “Yo no sé cómo putas, pero de esta casa me largo bien lejos”, decía yo a boca llena, y ahora trabajo con ellos, esa ha sido una bonita enseñanza, aunque no ha sido del todo fácil tampoco.*

— *¿Trabajas con tus padres?*

— *Sí, Aleja, yo nunca encontré trabajo y, a pesar de que tengo traumas con el proceso lento en el que he vivido mi vida, sí he sido una mujer enérgica para trabajar, por lo que al nunca encontrar donde ejercer mi carrera, creé una sociedad con mi papá y uno de mis hermanos mayores, para vender banano a gran cantidad directamente a los supermercados de Tuluá; es decir, nos dedicamos a surtir el banano que quizá compras tú cuando vas a hacer mercado. Trabajamos en equipo, cada uno tiene una actividad para hacer, yo estoy a cargo de supervisar la cantidad de kilos que se venden diarios, de toda la papelería, de todas las ventas; además, soy como la secretaria general, me hago cargo totalmente de la nómina de los*

trabajadores, seguridad social, de todas las fincas que tiene mi papá, las del Valle y las del Quindío también, es una locura.

El problema mayor lo tenía era con mi madre, ella es una mujer más joven, fue criada para ser una madre de familia y a pesar de que ella quería que yo fuera a la universidad, de una manera u otra, deseaba que yo fuese una mujer como ella: sumisa, callada, permisiva y que me aguantara la opresión de todos los demás. Y sí, también fue una madre que me decía que yo tenía que ser una mujer independiente, jamás debía de pedirle dinero a un hombre, lo que ella no entendía era lo que la palabra independiente abarca, no entendía que no es simplemente tener un título y un trabajo, implica muchas cosas como mujer, que respeten mi palabra, mi opinión, mi lugar, mi libertad para decidir sobre mi futuro, mi cuerpo, mi todo, que un hombre jamás tiene que decirme a mí cómo tengo que vestir, qué hacer y cómo tengo que ser. Ahora trabajamos juntos y es indispensable un ambiente sano. Hasta el momento me ha gustado, la verdad es que yo tampoco nunca me imaginé estar donde estoy ahora, pero la vida da muchos giros. La cosa es que sí, me he sentido a gusto, pero anexo a eso, no me he quedado quieta, hay otros temas que me apasionan, como el turismo. He estado buscando la forma de hacer amigos que tengan los mismos intereses, trabajando en desarrollar proyectos que tengan que ver con el turismo y que se desarrollen acá en Trujillo. Pero es difícil, yo trato de dibujar una línea entre lo personal y lo profesional, o sea, yo a ellos no los veo como mis papás, sino como mis jefes; pero para ellos ver esta diferencia es un poco más compleja. Yo los entiendo, pero hemos ido mejorando, aprendiendo. Todo a base de diálogo.

— ¿Eres feliz?

— *Sí, puedo decir que sí, más tranquila podría decirse y la tranquilidad en una mente que ha estado toda su vida preguntándose las cosas que pasan sin poderlas entender, es paz. Por cómo me siento ahora es que sigo luchando por mejorar, es un motivo más para seguir visitando a mi psicóloga, seguir trabajando por mi libertad. Vivo aquí en Trujillo la mitad de la semana, mi casa es la finca de mi papá, pero en Tuluá, vivo sola, arrendé una aparta estudio en la zona norte desde hace*

tres meses y estoy muy contenta. Soy una mujer totalmente independiente ahora, tengo proyectos y quiero salir adelante. Siento que lo único que me falta es un novio, pero también entiendo que debo esperar, sanar, olvidar para poder entregarle todo a alguien, seguiré mi proceso y seguro en el momento indicado encontraré al hombre de mi vida.

— Y ahora, ¿cuáles son tus planes para el futuro?

— *Es algo raro, ¿oís? Yo siempre he sido una mujer de planear todo, pero en este momento a esa pregunta no le tengo respuesta, no me preocupa ni siquiera. Ya no puedo mortificarme por cosas que no puedo cambiar, cosas que no dependen de mí, y ni siquiera puedo saber, el futuro es demasiado incierto y si uno le pone mucho cuidado se enloquece. En ese momento sólo estoy pensando un poco en este cuento del turismo, pero eso ya hace parte de mi presente porque lo estoy desarrollando, ya tengo una página y la verdad es que mis padres me han apoyado mucho con el cuento, cosa que yo no esperaba. Inclusive siento que, si yo no hubiese cambiado, si no hubiese hablado más claro con mis papás en este momento no me apoyarían, lo que ellos ven en este momento que soy una mujer con carácter y por eso lo hacen. Ellos perciben el cambio, me felicitan. Pero la gran diferencia aquí es que ya no lo hago para enorgullecerlos a ellos, yo lo hago porque yo lo quiero hacer. Me gusta trabajar con ellos, la vida da muchas vueltas, estoy bien con ellos más cerca que nunca y, además, con cuerpo poder sobre mí, porque son mis jefes, pero estamos bien, mejor que nunca. Ya no me da miedo arriesgarme, pienso en hasta vivir en otro país ¿puedes creerlo? En este momento siento que mi mamá está feliz por mi desarrollo y evolución, a veces sí me dice como que ella quisiera que yo aprendiera a cocinar y esas vainas que ella piensa que es ser una mujer, pero a la vez me dice que le gusta que yo esté siendo independiente, ella está aprendiendo a entender qué significa y abarca esa palabra.*

NO LE DIGAS A NADIE

Faltaban alrededor de 15 minutos para la seis de la tarde cuando mi hermano mayor, de 14 años, rozó su pene erecto por mi espalda. Era una tarde fría de un día de agosto cuya fecha no recuerdo, la neblina blanca y espesa que entraba por las ventanas congelaba mi cuerpo de cinco años. Miraba la televisión, quizá viendo alguna telenovela mexicana que solían transmitir por las tardes los dos canales nacionales, cuya señal era la única que llegaba hasta esa zona rural del departamento del Valle. Era la habitación de mis padres, en el tercer piso del apartamento que mi papá había mandado a construir para separar las casas del administrador y el dueño de la finca. La cama era grande, de una madera muy pesada, recuerdo el aire fresco entrando por mi nariz, yo acurrucada a la orilla de la cama, mi hermano acostado en la misma posición detrás de mí, todo parecía tan tranquilo, como es la calma justo antes de la tempestad.

"Nunca me debes tener secretos a mí, ¿me entiendes? Nunca", me repetía mi mamá desde que era una niña muy pequeña y en realidad nunca estuvo en mis planes guardarle un secreto. Además, ¿qué cosa podría pasarme a los cinco años que no le pudiera contar a ella? Creería cualquiera que la respuesta es *"nada"*, porque además de las pocas posibilidades físicas y cognitivas que tiene una niña tan pequeña para pensarse en actividades que una madre no pueda saber nunca, yo vivía en una finca a hora y media de Tuluá, en chiva, el municipio más cercano, entonces el cuestionamiento no se reduciría a *"¿qué cosa podría ocurrirme?"*, sino también a *"¿quién más estaría involucrado?"*.

Cuando nací mis hermanos ya iban al colegio y vivían con mi abuela materna en Tuluá, a dos horas de distancia de la finca de mi papá, solos los veía en vacaciones y algunos fines de semana que iban de visita. Esa era la única manera de interactuar con otras personas diferentes a mis padres, los trabajadores de la finca

o, las vacas, caballos, gallinas y demás animales que allí también vivían. Esa finca era lo único que conocía, confiaba totalmente en quienes allí llegaban, en sus paredes, su tranquilidad, conocía la rutina, estaba acostumbrada al frío, a comer frijoles todas las tardes, a irme a la cama más temprano que estando de visita en casa de mi abuela, a todo, menos a sentir miedo o a tener que incumplir las órdenes de mi madre.

Vivir allí era habitar una jaula abierta, llena de aire puro, animales y kilómetros a la redonda para jugar. Sin embargo, no había nadie, no interactuaba con otros niños, no conocía otra rutina, la ciudad me daba miedo, lo que no veía, no existía ni en mi imaginación. Esa finca era todo lo que conocía del mundo, no dudaba ni por un instante de las historias y los argumentos que mis padres sostenían para explicarme las singularidades que me pudiesen preocupar, incluso fue mi madre quien me enseñó a leer, escribir, dividir, entre otras cosas escolares; ella fue mi profesora hasta que tuvimos que huir a Tuluá a causa de robos sistemáticos a mi papá, amenazas de muerte y persecuciones, fue allí cuando conocí un mundo nuevo.

La imagen se tornó negra por unos segundos, luego el primer comercial apareció en la pantalla, poco a poco la silueta de un hombre sentado en una silla, con chaqueta oscura y de cabello negro llenó toda la cajita del televisor, frente a él, una mujer blanca de cabello negro y largo, con un vestido verde corto y labios rojos se le acercaba a su oreja. El ambiente era hostil, colores oscuros y fríos, parecía más bien la bodega de un restaurante viejo, sucia y llena de cachivaches.

- ¿De quién es esto? - le dijo al oído la mujer mientras le ubicaba su mano en el pecho del hombre.

-Tuyo-le respondió titubeando.

- ¿Y de quien es esto otro? -Le preguntó de nuevo la mujer mientras le tocaba otra parte del cuerpo.

-Tuyo- Le volvió a responder.

- ¿Y esto? -Le preguntó mientras posaba su mano en el bolsillo del pantalón del hombre, muy cerca de su pene. El actor saca una barra de chocolate, una muy famosa, la abre, come un gran pedazo y le responde “*esto sí es mío*”.

Era un comercial de Snickers que ejemplarizaba un juego sexual entre dos personas adultas cuyo único objetivo, como el de cualquier pieza publicitaria, era promocionar el producto que allí se mostraba. Sin embargo, su discurso narrativo provocó en mi hermano algo más allá de desear comerse una barra de chocolate. Sin recordarlo muy bien, mientras los comerciales siguientes continuaron, repentinamente me vi respondiéndole a él las mismas preguntas que la mujer le hacía al hombre en el comercial, “*si, es tuyo*”, “*si, eso también es tuyo*” le dije cada vez que Augusto posaba su mano en alguna parte de mi cuerpo, la espalda, un brazo, el estómago, entre otras. Yo nunca lo toqué ni jamás le pregunté de quién era alguna parte de su cuerpo, en cambio, sentí incomodidad todo el tiempo, no me parecía bien esa manera tan extraña de jugar, sabía en el fondo que no estaba bien permitirlo, mi mamá me lo había dicho, “*nadie, nadie tiene porque tocarla si usted no quiere, ni siquiera su papá*”. De pronto, después de varios minutos *jugando*, la novela volvió a tener presencia en la pantalla del televisor, yo me volteé de nuevo para continuar mirándola mientras mi hermano hacía lo mismo detrás de mí. A causa de la ingenuidad, a esa edad absolutamente normal, pensé que solo era un juego que ya había terminado, no tenía por qué seguir, nunca debió continuar, pero él pensó todo lo contrario. No lo entendí los primeros segundos, pero me quedé inmóvil cuando descubrí que lo que se movía en mi espalda era el pene de mi hermano, todavía puedo sentir el mojado que iba dejando a su paso, las náuseas de imaginarlo detrás de mí, con cara de sexo mientras yo me acurrucaba en silencio, sin dejar de mirar el televisor, manteniendo la mirada fija en lo que ocurría en esa cajita negra, deseando estar allí, preguntándome si eso en realidad estaba pasando, si estaba

bien, asustada por el peligro que corríamos si alguien subía a la habitación, lo que respondía mi pregunta, “*no, no, esto no está bien*”, pensaba en mi mente. Lo que quizá duró un par de minutos, parecieron horas para mí, yo permanecía estática con los ojos fijos en la pantalla, casi sin respirar. Luego, él se guardó de nuevo el pene en la sudadera que traía puesta. Se acercó y me susurró al oído que no le podía decir a nadie a lo que habíamos estado jugando, que ese era nuestro SECRETO.

vio mi pequeño tatuaje en la nuca. Ese fue el primero, ahora tengo seis.

Tendría unos nueve años cuando pensé por primera vez “*no encajo en esta casa*”. Y aunque ya no me hago la misma pregunta “*¿qué hago aquí?*”, soy consciente de que asumimos la vida de maneras muy diferentes. Hace seis años que no vivimos bajo el mismo techo, seis años en los que me he dedicado a quitarme los traumas que me dejó una crianza basada en el miedo, el machismo, la cultura y la violencia. He tardado seis años en estar lo suficientemente tranquila para educar a los demás, para hablar de temas que no quería recordar.

Quizá esas diferencias entre mis padres y yo serían más notorias a la vista de los demás si fuesen líderes de una iglesia cristiana ultra conservadora y yo una hippie que ha decidido vivir fuera del sistema, o que hubiese sido adoptada, o que jamás hubiese compartido espacios de mi vida con ellos. Esa es precisamente la complejidad humana que me ha inquietado durante años: la capacidad que tenemos para sobrellevar relaciones tan profundas y tóxicas con personas tan cercanas, a las que les debemos la vida y a los que, según la sociedad, debemos perdonarles todo.

De niña siempre quise entender por qué cada domingo me obligaban a asistir a una reunión religiosa en la que un hombre me aseguraba una vida feliz y sobre todo plena, sí, y solo sí era una esposa abnegada y sumisa, una madre amorosa y una mujer entregada a las labores del hogar. Entender el porqué del comportamiento

tan sumiso de mi madre, las tantas veces que ella misma organizaba las visitas médicas de Cristian, primer hijo extramarital de mi papá, los reclamos constantes de ella por las continuas infidelidades, el desinterés total de mi papá por los asuntos acerca de nuestra crianza, la necesidad de él por controlar la vida de todos a través de ella; pero más que nada, lo que más quise entender fue por qué, después de escuchar a mi mamá múltiples veces decir: *“Uno siempre le debe creer a los hijos cuando te avisan que alguien los abusó, muchas hijueputas esas madres que prefieren al marido antes que a las hijas, yo si no, se muere pues”*, lo único que me respondió cuando por fin tuve el valor de contarle que mi hermano mayor, su hijo favorito, había paseado su pene por mi espalda fue: *“échele seguro a la puerta”*.

Desde ese momento mi vida ha girado en torno a entenderlos, justificando sus actitudes o minimizando sus propios traumas mentales, los que cargan cada uno de ellos; mis hermanos por la crianza de mis papás, mi mamá por la crianza de mi abuela, y mi papá, porque nadie lo crio. Quedó huérfano y abandonado a los ocho años en un pueblo diminuto de Bolívar, Valle del Cauca. Ellos dos nunca debieron engendrar hijos, es lo que siempre he pensado, pues, aunque evidentemente pudieron hacerlo, cuando ocurrió no estaban listos y nunca estuvieron de acuerdo en ninguna decisión; es más, yo podría decir que a mí solo me crio mi mamá, mi papá solo enviaba las órdenes desde arriba, como un presidente de Estado, pero nunca hizo presencia física en los momentos decisivos. Mis recuerdos con él son vagos, algunos son cabalgando en los potreros de la finca, comiendo la caña con la que alimentaban a los caballos o, las duras peleas que tuvieron lugar en mi casa cuando mi papá explotaba de ira contra todos. A mí nunca me pegó. Me da terror un golpe de Alberto. Nunca me metería con él, es un roble, fuerte físicamente y de corazón impenetrable. Engañó muchísimas veces a mi mamá con sus amigas, con desconocidas, prostitutas, novias del pasado, hijas de otros ganaderos, con dos de ellas tuvo dos hijos, e incluso, por un tiempo, abandonó a mi mamá por otra mujer. Yolanda siempre lo perdonó, engendrando en ella un odio histórico por las mujeres, nunca por mi papá.

La primera vez que mi mamá sufrió por las aventuras de mi padre, fue cuando aún eran novios, hace más de 35 años, en una tierra fría y olvidada, cubierta de pasto muy verde y heces de vacas; donde los hombres, mientras llevaban ganado de una finca a otra, se paseaban a caballo por la carretera principal que conducía a las fincas de la zona. Así lo conocí, mirándolo cabalgar desde la ventana de su casa, con su cabello negro, su abundante barba y sus pobladísimas cejas negras, esas mismas que solo he heredado yo y que mi madre ha intentado cuidar desde que las depilé por primera vez a los 11 años. Me la puedo imaginar hace más de tres décadas mirándolo así a él, pero enamorada, ingenua, dispuesta a todo. Al sufrimiento continuo que empezó muy temprano, cuando llevaban juntos solo un par de años, esa sería la primera vez que ella tendría que perderlo todo: su tranquilidad, su apetito, su sueño y su dignidad.

En aquella época en la que no existían tantos aparatos tecnológicos que acercaran a las personas físicamente distantes, la comunicación dependía de otras dinámicas. Las parejas de novios compartían solo los fines de semana, uno o dos días como mucho, en la sala de la casa de ella y con los papás a un simple vistazo. Mi papá la visitaba cada sábado cuando la neblina empezaba a caer y el frío a hacerse más fuerte, él entraba en su caballo, lo amarraba al cerco que protegía la casa y hablaba con mi mamá un par de horas hasta que mi abuelo hacía alguna señal para que él se fuera. Uno de esos fines de semana, sin saber por qué, sin recibir una declaración, además de la no existencia de medios que lo hicieran posible, el caballo no entró al cerco, ni ese día, ni los ocho meses siguientes en los que vio pasar a Alberto en frente de su casa, cabalgando como siempre, sin mirarla, sin darle explicaciones, como si el amor no hubiese existido, como si ella fuese un fantasma, simplemente mi papá nunca volvió.

Mientras mi madre perdía peso en tiempo récord llegando a enfermarse por anemia, mi padre gozaba de las mieles del deseo, el placer y el sexo con la mujer a quien

muchos años después, mientras ya era esposo de mi madre, le dio una hija. Quizá esa sea la razón por la que mi madre no olvida ese suceso. A pesar de la reconciliación, que debió haber tenido lugar en algún momento y de la cual tengo muy poca información, ella intentó asegurar a su hombre. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, mi padre hizo uso de su poder y engendró a una hija con la que tiene poco contacto. Dudo que la quiera, como tampoco quiso a su primer hijo extramatrimonial; por el que no derramó una sola lágrima ante su tumba. A pesar del dolor que soportó, mi madre todavía busca excusarlo en su propio sufrimiento, ese mismo que asegura es el ejemplo de la tenacidad y la entrega total que una mujer debería soportar para mantener un matrimonio en pie por años. Ese ha sido el consejo que le he escuchado decir a todas sus conocidas, a sus amigas, a mi hermana mayor y hasta a mí; el mismo consejo que le enseñó mi abuela.

Uno de los grandes logros de la cultura heteropatriarcal es poder utilizar a sus propias víctimas como conductor, regulador, perpetuador y reconstructor de las violencias que soportan. Muchos hombres no han necesitado naturalizar sus acciones, nacieron en un mundo en que las violencias ya estaban naturalizadas. Eso sí, tampoco ha sido nuestra culpa, es la respuesta natural al sometimiento milenario al que hemos sido expuestas, y por el cual hemos asumido que el hombre es quien debe tener el poder. Se nos ha hecho creer que nosotras somos simplemente el personaje de relleno, necesario para poblar la tierra y ayudar al hombre en sus grandes aventuras; las mismas descritas en los libros de historia, en todos los libros sagrados de las religiones del mundo, los cuentos infantiles, entre otros.

Ahora bien, no pueden omitirse las demás violencias que no incluyen a mi padre sino también a otros hombres; a todos los que se han cruzado con ella, incluso aquel que quizá la abusó. No puedo asegurar que haya pasado, sin embargo, mi madre misma lo ha insinuado muchas veces, excusándose en ello para justificar lo que hizo conmigo cuando tenía siete años; no creer en mis palabras, dejarme sola con el miedo de que mi hermano quisiera llegar más lejos.

No obstante, por más difícil que sea admitirlo, ese temor me enseñó a defenderme sola, y no sería la única vez que tuviera que hacerlo dentro de mi casa. Esa experiencia en cierto sentido forjó la mujer que soy actualmente, una que no está dispuesta a callar ni por mí, ni por las que estuvieron antes que yo, ni por las que vendrán en el futuro. Esa necesidad de callar la aprendió de doña Irma, su madre, una señora bajita, blanca, de cabello claro y un temperamento muy fuerte.

Mi abuela nació en algún lugar de Armenia, departamento del Quindío, en una familia de pocos recursos, sencilla y religiosa. Los lujos no fueron pan de cada día, pero si los suficientes como para que se creyera más que todos los que no tenían una casa propia; a su vez, eran lo suficientemente escasos como para buscar un esposo que le diera mejor estabilidad económica. A pesar de sus deseos, Olmedo, mi abuelo, era un campesino trabajador y honrado que nunca fue rico, pero fue el que más se acercó a la vida que Irma ya tenía con su familia. A los 15 años ya era madre de su primera hija, ama de casa y esposa abnegada; aguantaba que mi abuelo se fuera a beber, a cantar en las tabernas y a tener sexo con mujeres hasta por tres días seguidos. Ella todavía cree que tirarle los utensilios de cocina en la cara era una manera legítima de hacerle contra a sus abusos, cree que por eso es una mujer empoderada y fuerte.

Así fue criada mi mamá, en medio de la violencia, el abuso, el silencio y la naturalización de todas las formas de discriminación. Mi madre, una mujer conservadora y religiosa, de ahora 59 años, nunca supo cómo criar a sus hijos y menos tuvo un compañero que siquiera estuviera interesado en ello. Yo le digo que ella tiene todos los males de la sociedad porque es racista, xenofóbica, clasista, critica y lo peor, extremadamente homofóbica. Ella se ofusca y se defiende argumentando que la gente puede hacer y ser lo que quiera, solo que muy lejos de ella. A diferencia de mis hermanos, yo viví toda mi niñez y adolescencia con mi madre, construí mi personalidad bajo su ejemplo de trabajo y disciplina, me hizo una mujer que cree en su capacidad, diciéndome todo el tiempo: *“Es que usted siempre*

puede ser la mejor porque es la más inteligente", lo recuerdo. Siempre me insistió en decir la verdad y jamás guardar secretos, *"uno siempre dice la verdad así se le caiga el mundo encima"*, era una de sus frases célebres. Confiaba fielmente en ella. Cuando se es un niño, tu madre representa todo tu mundo y, además, al tener tan escaso contacto con el exterior, mis padres representaron todo lo que conocí durante los primeros seis años de mi vida. Aunque no lo entendía a esa edad, me causaba un sentimiento extraño el que mi mamá me pidiera mentirle a todo el que llamara a casa reclamando su presencia al teléfono: "Diles que me acabo de ir", yo siempre le obedecí sin chistar, aunque me molestaba. Solo hasta la adolescencia comprobé el conflicto interno que sus acciones habían desencadenado en mí y en contra de ella.

Mi relación con ella siempre ha sido tormentosa, de amores y odios; ella lo sabe. *"Dahiana –como me llama – desde pequeña quería vestirse sola, no permitía que yo eligiera su ropa, aunque lo hice porque ella no se iba a mandar sola"*. Odié los vestidos de colores, los calzones de boleros, las enormes faldas y los zapatos negros brillantes que debía usar para aprender a caminar bien a causa de mi enfermedad en la cadera, otro sacrificio de mi madre.

Pero, según mi madre, su mayor sacrificio fue haberse quedado viviendo con mi padre a pesar de sus abusos, que no fueron pocos, aunque nunca me hayan contado la información completa. La realidad era que mi papá cargaba toda la responsabilidad económica de la familia, y fue por el dinero que mi abuela lo aprobó como yerno. Él tenía la costumbre de llegar con carne, leche, huevos y hasta dinero a la puerta de la casa de mi mamá cuando aún eran novios, así no solo la enamoró a ella, también a Irma, quien nunca lo ha querido, se llevan bien porque la vida los obligó; por conveniencia. Yolanda estudió solo hasta noveno de bachiller. Le hubiese encantado estudiar psicología y tener un puesto en una empresa, pero ya no había marcha atrás, lo único que podía corregir era su tóxico matrimonio, terminarlo era la salida, pero, según ella, mantener a dos hijos, es decir mis

hermanos mayores era imposible, no quería que sufrieran ellos, entonces prefirió hacerlo ella.

Todos podemos entender su historia, identificarnos con ella, con una mujer como cientos de miles que, por falta de oportunidades de todo tipo (machismo, ignorancia, presión social) prefieren quedarse con sus esposos abusadores ante la cruda realidad que tendrían que afrontar al huir con sus hijos. Quedarse con Alberto no tiene nada que ver con su empoderamiento, su rol como madre o si es más o menos mujer. Dentro de su contexto las posibilidades eran pocas y las bocas que debía alimentar no dejarían de pedir comida, ni exigir el mismo estilo de vida que mi papá les podía dar. Mi madre era consciente de que al dejarlo tendría que volver donde Irma, quien para esa época ya vivía en Tuluá con otra hija más a la que el matrimonio no le había funcionado. Sabía que debía compartir con alrededor de 10 personas una casa de tres cuartos, trabajar todos los días y cambiar de colegio a mis hermanos, de uno privado a uno público. Entonces Yolanda tomó la decisión de permanecer con él y nunca ha mirado atrás.

Si bien es cierto que mi papá era infiel, tosco, parco, imponente y autoritario, entre muchas más, según las fechas, justo cuando pasaban por su peor época y mi madre se planteaba abandonarlo, casualmente decidió quitarse su dispositivo de planificación y casi que obligarse a tener un bebé: *“para no quedarme sola, lo niños mayores estaban en Tuluá con la abuela, yo necesitaba estar con alguien”*. Ese alguien era yo. Fui concebida después de un año durante un año, mi madre luchó sola sin que Alberto sospechara algo, tenían poco sexo, casi nunca tenían, por lo que cada oportunidad para mi mamá era aprovechada al ciento por ciento.

Nunca decía no, aunque mi papá cada día le hablara menos a ella y más a Juana, la mamá de Cristian, mi otro medio hermano que falleció hace años a causa de una macrocefalia severa. Mi mamá dice que ese fue el castigo que le mandó Dios por meterse con el marido de una amiga: *“eso se lo buscó ella con ese bastardo, por perra, ahí le mandó un hijo enfermo”*, decía a boca llena en cualquier escenario, sin

pena ni dolor por un niño con pocas expectativas de vida que nunca tuvo la culpa de nada. Así pues, Yolanda logró quedar en cinta, ocho años después de nacer Augusto, mi hermano del medio; según se cuenta, mi papá lo supo por el resultado de sangre positivo que Yolanda le dejó encima de la cama. Él alzó la cabeza, la miró y de su boca solo salió un “*la felicito*”, luego se acostó a dormir. No entiendo, ¿entonces realmente se planteó dejarlo? ¿O era más bien la excusa perfecta para salirle al paso a los que le aconsejaban huir de la tristeza de vida que mi papá le hacía vivir? Nadie en sus cinco sentidos decidiría quedar embarazada de un hombre que ya tenía un hijo extramarital con la misma mujer por la que él ya la había dejado cuando todavía eran novios. Sí, era la misma, Juana era la otra.

A plena luz de la luna, a caballo y con una panza de embarazada, mi mamá salía a buscar a mi papá a casa de la amante, no sé cuál de los dos fue el primero en asumir los roles de perseguidora y perseguido, pero desde que recuerdo, era visto como un chiste el hecho de que mi mamá tuviera que revolcar a las amantes de mi papá en la calle para hacerse ver como una mujer fuerte; era algo jocoso. Tan natural fue la situación que estuve involucrada una vez, más bien varias, en las persecuciones que mi madre le montaba a mi papá para saber si tenía una nueva amante. Alguna vez fui la carnada para que él volviera a casa, otra vez fui la que hackeó la cuenta de su teléfono móvil para saber con quién se llamaba. Ahí estuve yo con mi mamá detrás de él.

Las actitudes de mi madre siempre estuvieron y aún están aceptadas por su grupo social, su religión, el estado y hasta su propia mente. No ha sido su culpa, nunca tuvo un medio de información que la hiciera cuestionarse sobre su existencia, su rol como mujer, la sociedad en la que se desarrollaba. Nunca vio un referente homosexual en televisión, en cambio sí veía en cada comercial de productos del hogar que su protagonista era una mujer que era una súper madre que cuidaba de su familia. No conoció otros modelos de familia, otras maneras de amar y de decidir con quién hacerlo. La entiendo, pero, aun así, sin importar qué tanto la entienda o la justifique, ninguna de las dos situaciones cambia la realidad, ninguna de las dos

devuelve el tiempo y modifica lo dicho o lo hecho, o peor aún, nada desenreda los nudos que sus tres hijos tenemos en la garganta por la crianza que nos dieron.

Su sacrificio valió la pena, nosotros tres somos los únicos graduados de toda la familia materna, gozamos de privilegios que el resto de familia no y, además, tiene a su esposo al lado cada día de vida. Ahora no parecen tan horribles los años que lloro día y noche a un hombre que le decía en su propia cara que amaba a otra mujer, ni fue tan doloroso tener que insultarse con otras por cuidar de su hombre, como ella misma lo comparte. Ahora que todo es tranquilo porque los años no llegan solos y a esas edades ya tienes que sentar cabeza o te quedas solo, justo ahora todo se mira desde arriba y ha valido la pena, inclusive las consecuencias mismas que Yolanda intenta ocultar a toda costa, como si su propia vida dependiera de ello. Aunque de ello si ha dependido su matrimonio que ha colgado de un hilo varias veces por los secretos que ella ha tenido con mi papá, él no sabe media vida de sus hijos, la media que desconoce se la ha ocultado mi mamá en ese afán de hacerle creer que todo marcha de maravilla para evitar que la acuse de ser la culpable de nuestros errores, argumentando siempre que nuestra crianza fue su responsabilidad, que era su único trabajo, nunca el de él.

Así como mi mamá ocultó a mi papá mi consumo de drogas, ocultó también que mi hermano, la esperanza de mi padre y el futuro hombre de la casa, hubiera tocado la espalda de su hija más pequeña con su pene erecto. Mi madre sabía que, de enterarse mi papá, Augusto podría terminar desterrado de casa, después de haber pasado por la sala de urgencias de cualquier hospital. Ahora la entiendo. Es claro que no podía hacerle eso a su hijo, sería destinarlo a un futuro fatal, mi papá hubiese podido matarlo a golpes. Para ella no hubo otra salida, acostumbrada a fingir, callar fue la única opción. Trece años después que ella decidiera ocultarle tan importante información a mi papá, también calló cuando encontró en mi cuarto restos de droga y marihuana debajo del colchón de mi cama. De haberlo sabido él, me hubiese obligado a devolverme a Tuluá sin terminar la carrera; mi futuro se truncaría en el momento más decisivo, ella no podía permitirlo y prefirió confiar en mí, fingiendo

que no pasaba nada. Nunca hablamos de ello, ella se limitó a preguntarme de vez en cuando: ¿cómo va con aquello? Yo siempre le decía que bien, que todo estaba bien. Al cabo de unos meses el tema estaba olvidado por completo, quizá así fue con mi hermano cuando lo supo, todos lo olvidaron, menos yo.

Durante ocho años, después de esa tarde fría de agosto, la relación de hermandad con Augusto fue normal, paseamos juntos con la familia de su exnovia, lo visitaba en casa de una tía en Palmira cuando a los 17 años se fue a estudiar. Todo marchó bien hasta finales del 2009, cuando un novio a escondidas desencadenó en él una ira desmesurada de la que nunca ha podido salir. Fue en esos meses cuando nuestra relación se resquebrajó por completo. Augusto me persiguió durante semanas por las calles de Tuluá, él buscaba encontrarme con mi novio de la época, buscando me castigaran e impedir que Camilo y yo nos continuáramos viendo. Por un tiempo mi mamá le siguió el juego, me castigó todas las veces que quiso argumentando que a mis 14 años no estaba en edad de tener un novio, pero luego, de la nada paró. Una noche entró ella a mi habitación y me dijo: “Yo no sé si es que su hermano la quiere para él, pero no es normal que no quiera que usted tenga novio, así tan empeinado. Ya sabe ¿no? Póngale seguro a la puerta”. Esa ya era su frase favorita.

Desde hace 11 años, Augusto y yo no sostenemos una conversación que dure más de dos minutos. La gente siempre pregunta cómo pudieron mis padres permitir que dos de sus hijos se dejaran de hablar por completo o, más bien, ¿cómo permitieron que nos insultáramos y agrediéramos tantas veces hasta que me fui de casa? Lloraba frecuentemente, aprovechaba cada oportunidad para entablar algún tipo de diálogo, me alegraba cuando él mostraba alguna pizca de amabilidad, me comportaba más tranquila y callada cuando él estaba, pero fue inútil. Pedí ayuda a mis papás, hablaron con mi hermano una vez, llegando de una fiesta, a la madrugada y con licor en el sistema, le dijeron que me respetara, que yo era su hermanita, solo eso. El tiempo fue pasando y las peleas subieron su nivel de violencia, pasábamos de gritarnos vulgaridades a todo pulmón a dejarnos de dirigir

la palabra durante meses, todo ocurría frente a las narices de mis padres, pero nunca hicieron un alto. Poco a poco fui perdiendo la nobleza y la esperanza en que a alguien le importara y al final, a la que única que no le importa es a mí.

Ni una sola vez Augusto y yo hemos hablado sobre lo ocurrido esa tarde de agosto, desconozco si alguna vez mi madre le reclamó. Me atrevería a decir que no lo hizo porque nunca dejó de advertirme estar alerta, cerrar la puerta y evitar quedarme sola con mi hermano. Era como si a pesar de que lo defendiera contra viento y marea, supiera en el fondo que la víctima era yo. Durante mis visitas, Augusto y su familia están ahí, paso la mayoría del tiempo con sus hijos, los cuido cuando ellos tienen diligencias, soy muy cercana a su esposa, pero entre él y yo no existe nada. No creo que le importe y a mí tampoco; la única que sufre es mi madre, a quien le duele que sus dos hijos no se hablen. Aunque debo aclarar que eso es lo que ella dice, pero aún sigue defendiéndolo, después de tantos años, de tanto dolor para mí, de tantas pruebas; ella continúa colocándolo a él por encima de ella, por encima de sus hijas, por encima de la realidad, inclusive por encima de mi papá, que es lo único para ella.

Si bien hay cosas que no logro entender de ella, de él o de ninguno, ya no me angustio por eso, no me hago más daño del que ellos ya me hacen, no vale la pena para nadie, menos para mí. Además, ellos ni siquiera saben lo que están haciendo, al menos mis padres, ninguno es realmente consciente de lo que sus palabras implican, he visto en sus ojos la seguridad con la que dicen sus pensamientos ignorando la violencia que descargan. Sería desgastante seguir intentando que decodifiquen información que no comprenden. Mi preocupación directa son mis sobrinos, y por ellos, aun después de todo lo que he escrito, solo a causa de los niños estaría dispuesta a tener una relación cercana con mi hermano, los bebés no tienen la culpa de nada. En cambio, mi hermana, para mí, la más afectada por la violencia simbólica que ejercieron mis papás, es la representación de la esperanza que guardo para todas las mujeres que han sido víctimas por parte y parte, por asumir el rol que le impusieron y por permitir a otros ejercer el de ellos. Pauline es

el ejemplo de la realidad de jóvenes mujeres víctimas, con la diferencia de la mayoría porque ella ha podido renacer y es la luz de aliento para muchas más, nos alienta a creer que sí podemos.

Pauline, una mujer de baja estatura, delgada, cabello corto, voz chillona y ojos diminutos, fue la hija que mis papás no esperaban tener; al menos no tan rápido. Después de seis años de noviazgo mi mamá por fin accedió a tener relaciones sexuales con mi padre, y, en esa primera oportunidad, Yolanda quedó en cinta. Pasó la mayor parte de su embarazo viviendo aún en casa de mis abuelos; ella no lo cuenta, se avergüenza de no haberse casado primero, de embarazarse o de no haberse casado nunca.

Pauline vivió con mis papás hasta que ella y Augusto empezaron la vida escolar en Tuluá. Pau tenía siete años y Augusto cuatro. Mi abuela, una señora de unos sesenta años para la época, quien nunca se caracterizó por ser muy amorosa, ya no contaba con la escasa paciencia con la que crio a sus cinco hijos. Además, mis hermanos no eran los únicos nietos que le habían recomendado cuidar. Mi hermana entonces se hizo adolescente en compañía de dos primas, un primo y mi hermano, bajo el cuidado de mis abuelos y algunas tías. Desde muy niña se dedicó a estudiar; es extremadamente rápida, perspicaz, una máquina de trabajo permanente, siempre fue la mejor de su clase, confiaba solo en ella para cuidar a sus dos primas menores, disciplinada y ordenada, la hija perfecta. A la fecha continúa siendo una mujer imparable, inteligente y estudiosa, pero la vida hubiese sido diferente si la violencia por género que sufrió no la hubiese traumatizado con tanta profundidad.

Once largos años separaron nuestros nacimientos y cuando nos encontramos, ella con 17 años y yo de seis, a vivir por primera como una familia, los cinco juntos, ya se había perdido mucho tiempo y ella no era muy cercana a mí, pues yo solo era una niña juguetona y ella ya una mujer adulta. Fue un ejemplo constante y un punto de comparación mientras crecía. Pau siempre tan correcta y yo tan rebelde, según ellos. A lo largo de mi niñez y adolescencia, presencié sus triunfos y admiré sus

determinaciones, no tenía al parecer punto de quiebre, era un roble, una estrella que seguro brillaría alto, pero se enamoró y ese resultó ser el punto que la orilló a experimentar a diario la violencia simbólica, psicológica y económica; violencias de las que nunca había sido víctima.

Pau tenía 22 años, cuando conoció al primer hombre que la violentaría y lo peor aún, el primero al que ella le permitiría hacerlo. Él, proveniente de una familia adinerada y reconocida, le mencionaba que ella debería agradecerle que él decidiera estar con una mujer de su procedencia y, de hecho, ella lo hizo, así como le perdonó dejarla por otra mujer después de seis meses de relación para que, un mes después de la reconciliación, desapareciera como si ella nunca hubiese existido. Años después, un ingeniero de clase media la conquistó como a ella le gusta, al ritmo de serenatas y ramos de rosas. Alto y moreno, aún sigue siendo el amor de su vida.

Durante cinco años sostuvieron una relación tóxica, ella pasaba de la sumisión absoluta a la macro explosión de ira en minutos, siempre por inseguridades, miedos y traumas que mi mamá le avivaba con cada consejo: *“déjese embarazar para que ya empiecen a vivir juntos”*, *“los hombres siempre le ponen el cuerno a uno, así uno nunca vea algo raro”*, *“hágale caso que la mujer edifica a la pareja”*. El hombre luego de años discutiendo con mi hermana por la circunstancia más simple, no pudo más, habló con ella un sábado al atardecer y desde ese día jamás lo volvimos a ver. Yo ni siquiera lo recuerdo.

El tercero llegó después del momento más duro para Pau. Le tomó dos años poder hablar de Jonathan sin derramar alguna lagrima, su vida se desequilibró drásticamente, enfermó bastante, visitó a psicólogos, tomaba cada noche pastillas y aromáticas para dormir, perdió mucho peso y cabello, no tenía trabajo, su amor propio que, si bien nunca tuvo mucho, desapareció por completo. Lloramos todos juntos por esa ruptura evitando que ella cometiera alguna locura de las que tanto mencionaba. La encontré en múltiples ocasiones gritando en su habitación mientras

se arrancaba el cabello, alegando que jamás encontraría un hombre que la amara porque como mujer estaba defectuosa. El tiempo pasó y su corazón volvió a enamorarse, esta vez de Rodolfo, un hombre barbado, de 33 años con un matrimonio fallido y una niña de diez años. Esta vez sí fue fatal. Rodolfo le prohibía cortarse el cabello, la obligó a asistir a un gimnasio siendo consciente que Pau tiene también luxación de caderas, pero degenerativa por lo que no debía hacer ejercicio, quemaba su ropa para comprarle nueva a su gusto, la manipulaba a cambio de ayudarle con sus gastos, la comparaba con las esposas de sus amigos e inclusive, la obligaba a decirle que él era su dueño. Las peleas entre mi madre, Pau y yo eran constantes por esa época. Finalmente mi hermana y yo coincidíamos en la vida, charlábamos y convivíamos como si fuésemos contemporáneas, pasábamos horas y horas hablando, más bien, aconsejándola de mil maneras posibles para que ella misma reconociera que debía recuperar su dignidad. Pero Yolanda siempre era una sombra, pedía que hiciera caso a su novio, que evitara problemas obedeciéndolo y haciéndose la *marica*, como ella misma le decía.

Pauline siguió el consejo de Yolanda, el mío nunca lo escuchó en realidad, no la culpo, mi madre había sido su ejemplo desde que era una niña y ella deseaba finalmente tener una relación estable y así fue, hasta un septiembre Rodolfo le dijo que ya no la amaba y Pau sin pensarlo pidió ir a terapia de pareja, por cinco meses ella le dejó flores en su casa, mensajes románticos todas las mañanas a su celular, pero al diciembre, por medio de una conversación insulsa por teléfono, Rodolfo le terminó y jamás se volvieron a ver. Pau vivió lo mismo por tercera vez con la única diferencia, importantísima: esa fue la primera ocasión en la que Pau pensó que quizá ella no era el problema, que nunca hubo uno en realidad, todo iría más allá de un defecto.

Después de la década en que sufrió por el maltrato de hombres y sus explosiones de ira a causa de celos e inseguridades, Pauline se desahogó conmigo durante varias sesiones en las que logramos hablar de todos sus traumas y miedos. Por mucho tiempo ella se culpó a sí misma de las violencias de las que fue víctima,

argumentaba que no tenía valor como mujer por no ser virgen, como si aun viviéramos en la época de la inquisición. Mi único objetivo era y ha sido que ella misma pudiera reconocerse como una mujer con valor propio, aunque insistiera en su búsqueda de una pareja, esto no debía significar que el estar soltera era sinónimo de una posible falta de valor.

Poder ayudar a mi hermana me costó primero muchas lágrimas, lágrimas que derramé sola, en el cuarto de una vecindad, al sur de Cali, en la que viví casi un año y que compartí con 12 personas desconocidas. Así me recibió Cali, una ciudad que había visitado poquísimas veces pero que desde que era niña había vislumbrado en mi futuro. Curiosamente la persona que me enseñó la capital fue mi hermana, cuando todavía era mi súper heroína y no el ser humano que reconozco en la actualidad. Jugábamos en los centros comerciales a encontrar la salida, como pérdidas en la gran manzana, yo me imaginaba cómo sería vivir entre tantos centros comerciales y edificios, con el bullicio de la gente y la contaminación de los carros. Ingenua y montañera imaginando una vida de lujos y éxito cuando me mudara a la ciudad. Lo maravilloso fue que, sí me mudé, pero cuando lo hice, viví mi primera depresión.

Empezó cuando ni siquiera era un adolescente, tendría unos 12 años cuando presenté mis primeros síntomas de depresión y ansiedad: sentimentalismo, deseo de estar sola y tristeza absoluta. A los 14 ya me había cortado la piel de mis piernas, brazos y antebrazos en diferentes oportunidades. Nunca le conté a nadie y no buscaba el auxilio de un adulto, solo me aliviaba el dolor emocional, porque vivir en casa de mis papás me costó más de lo que a veces quiero admitir.

Jugaba a hacerme heridas cada vez más profundas con tijeras o cuchillas y buscaba en internet maneras de provocarme más daño físico: tomé límpido, comí alimentos muy vencidos, me obligaba a dormir sin ropa las noches que hacía frío o me privaba de comer ciertos dulces que me encantaban. Lo hacía solo por hacerlo, por sentirme fuerte creo, no lo sé, nunca lo he sabido realmente, pero llevaba mi cuerpo a lo más

extremo que me atrevía, aunque, nunca mi intención fue causarme la muerte. A los 15 ya había sufrido de anorexia y bulimia después de escuchar a Yolanda gritarme cada noche *“te vas a volver como una vaca si seguís comiendo así”*. Yo, que he sido delgada toda mi vida, de pronto me vi tan gorda que pensaba que el agua me podía engordar más de lo que ya creía que estaba. Pesé 38 kilos y una llamada del colegio alertó a mi mamá, esa fue la primera decepción de mi madre, como si no hubiese sido la causante.

A los 18 años, mientras cursaba segundo semestre de Comunicación Social en Cali, tuve mi primera gran depresión. Ni la carrera, la universidad, la gente o la ciudad fueron en un inicio lo que yo pensaba. El choque cultural que viví cuando llegué a la gran ciudad, me detuvo en seco y acumulé toda la tristeza dentro de mí para no pedir ayuda y preocupar a mis papás. Grababa videos a diario, en los que lloraba explicándole a la cámara cómo me sentía en una ciudad tan desconocida, tan dura y parca. Nada fue como lo imaginé cuando era una niña y venía a Cali de visita, la realidad me pegó en la cara cuando llegaba a casa y mis compañeros se habían comido mis alimentos o no encontraba la ropa que dejaba colgada en el tendero.

Mi paso por la universidad modificó la manera de asumir las crisis: la academia terminó de moldear mi pensamiento crítico y confirmó mi sentir respecto a las experiencias que viví en Tuluá, aceptando que fueron graves episodios de violencia por género y que, además, por la perpetración innegable de dicha violencia chocaba tanto con mis compañeros de universidad, como con quienes no compartía las mismas ideologías, pues cuando llegué a la Escuela creía todavía que un hombre debía mantener económicamente a su esposa y ella dedicarse a los hijos, tal cual como lo había presenciado en mi casa.

A la academia a que asistí le debo el permitirme interactuar con jóvenes de costumbres e interseccionalidades diferentes, lo que expuso en mi cara la bola de cristal en la que permanecía desde que salí del útero de Yolanda pensando que mi realidad era la única posible. Me facilitó escuchar a figuras célebres de los estudios

de género, me invitó empezar en mí una deconstrucción personal que aportara a una reconstrucción social en pro de una mejor calidad de vida para hombres y mujeres. Sin embargo, toqué fondo antes de atreverme a aprender, me encasillé en el miedo y, junto con él, llegaron mis depresiones, de las que nadie sabía, pero ya padecía por temporadas muy largas.

Esta enfermedad me fue diagnosticada en mi segunda crisis, a finales de 2015. Con 20 años recién cumplidos comencé un consumo constante de sustancias psicoactivas a las que aún les tengo miedo: perico y tusi, drogas sintéticas que alimentaba mi ansiedad ya desbordada y que solo podía calmar si me fumaba unos cuantos porros. Mi madre nunca contó ni mi diagnóstico, ni todas las cosas que desencadenó. Ella se guardó la información, así como su dolor, el de verme así, sin saber cómo ayudarme, porque, aunque me llevaba a trotar todas las mañanas y me compraba rompecabezas para que distrajera mi mente, sabía que la solución estaba dentro de mí, en lo profundo de mis pensamientos y sentimientos, un lugar al que ella tenía miedo de entrar.

Luego de seis meses de terapia más personal que colectiva, pude alcanzar una tranquilidad y continué estudiando con normalidad hasta marzo de 2018, cuando viví la crisis más larga que he tenido. Un año para ser exactos. Fue después de mi operación del busto, cuando uno creería que se siente más bello y satisfecho que nunca, empezó la temporada más gris de mi vida. Luego de mudarme de la vecindad en la que permanecí durante casi un año, busqué ayuda en Sebastián, un primo menor que yo, con quien compartí un apartaestudio hasta que él, al terminar su carrera dejó de frecuentar. Yo permanecía sola todos los días mientras continuaba asistiendo a clases y trabajaba como practicante en la misma Universidad Del Valle. Durante los dos años que conviví con mi primo, me sentí tranquila, tanto que confíe a ciegas en mí misma y no medí las consecuencias de combinar una depresión con drogas duras, rumba y soledad, la que me orillaba a permanecer en la plazoleta de la universidad, fumando hasta quedarme dormida en

los muros del lugar, acompañada de amigos y desconocidos que estaban igual o más drogados que yo.

María del Mar fue mi ancla y soporté durante mi tercera recaída. Pasaba las noches en mi casa bajo la excusa de seguir fumando mota al salir de la universidad. Quedábamos tan drogadas que dormíamos con la ropa de calle hasta el otro día que despertábamos asustadas con el afán de volver a estudiar, sin haber comido o descansado realmente. Fue mi cómplice y única compañía, lo fue muy al principio y luego pasó de ser mi compañera de traba a mi mejor amiga, confirmándose el día que aceptó participar en mi tesis, confiándome su vida, la que había ocultado con recelo. En aquellos días, yo continuaba tratando de recuperar la relación sentimental que sostenía desde hacía más de ocho años con Camilo, un hombre de 1.70 de estatura, atlético, barbado y de ojos muy tiernos, quien fuera la razón principal que me llevó a viajar con desmesura de Cali a Tuluá durante los primeros cuatro años de mi carrera, solo para poder verlo. La distancia, mi ansiedad e inseguridades alimentaban los problemas entre nosotros dos; Camilo ya estaba exhausto de luchar con mi tristeza y lo entiendo, fueron muchos episodios explosivos de ira, ya habíamos experimentado todo por primera vez y no quedaba nada nuevo que sentir, ni siquiera en el sexo.

Según mis padres, yo debía casarme por la iglesia, vestida de blanco, virginal y casta; aunque fuese todo lo contrario a lo que ellos mismo hicieron en su juventud. Y a pesar de ser una víctima de acoso sexual por parte de mi hermano y de la invisibilización por mi madre, situaciones que forjaron en mí una mujer fuerte y decidida a defenderse, en ese miedo construido alrededor del sexo antes del matrimonio nunca dejé de creer. Me masturbé por primera vez cuando tenía nueve años, sin siquiera saber realmente qué estaba haciendo y por qué me gustaba; comencé a ver películas para adultos a los 11 y a los 14, cuando conocí a Camilo, ya sabía qué era y estaba lista para disfrutarlo. Desarrollé un interés extraño por el sexo, busqué en internet todo acerca del tema, hablaba a boca llena de cómo tener un buen coito y aún era virgen. Se escribía en las primeras redes sociales que

llegaron a los colegios que vendía mi cuerpo a cambio de dinero y mis papás nunca me dejaban salir, se rumoraba que les quitaba los novios a mis compañeras de clase y yo siempre estuve enamorada del mismo hombre. Nada fue verdad, pero mi discurso, siempre cargado de contenido sexual, alentaba a pensar eso de mí.

Me preguntaba en la soledad de mi cuarto si la necesidad continua de hablar sobre sexo se debía a mi prematuro contacto con el acoso sexual. Durante muchos años, quizá hasta que tuve unos 20, me encontré en una gran dicotomía y ni siquiera era por la incapacidad de decidir entre tener sexo o no tenerlo, sino porque tenía una vida sexual activa pero no la disfrutaba, me daba asco de mí misma, preocupada por no morirme sin antes haberme casado por la iglesia con Camilo, violentando a mi pareja al culparlo de estar enamorada y acceder a tener sexo arriesgando mi entrada al cielo de Dios. Sin embargo, otra parte de mí se imaginaba sosteniendo relaciones con muchas personas a la vez, mujeres, hombres, trans, con mis amigas del colegio, familiares cercanos, extraños, con cualquier persona.

Era tan contradictorio que culpaba a Camilo por tener sexo, pero lo esperaba desnuda en el cuarto de su casa al llegar él del trabajo. Así, mientras seguía confesando en la misa de los domingos que era una pecadora por disfrutar del sexo, por privarme a mí misma de la vida en el paraíso después de la muerte y por contemplar relaciones sexuales tan abiertas.

Escribir este libro exorcizó los demonios que todavía arrastraba desde la niñez, me obligó a recordar momentos que había decidido dejar morir para no causarme daño y me orilló a la casi desesperación; no encontraba las palabras adecuadas que describieran lo que yo misma sentí durante la vida que compartí de manera cercana con mi familia. Soy consciente de que durante muchos años más voy a cargar con todo el peso de su crianza y conforme pase el tiempo, me encontraré frente a nuevas circunstancias que pondrán a prueba mi resistencia a la perpetuación de las violencias por género. Sin embargo, seguiré desmontando más y más falsos imaginarios alrededor del que se supone, es el rol que como mujer debo

desempeñar en la sociedad. Tengo la seguridad de haber dejado ir a la mujer llena de miedos e inseguridades que habitó en mí hasta hace muy poco, pero que con gusto hoy despido, con la fe de jamás volver a verla, solo quizá para saludarla y agradecerle el hacerme hoy la vida más feliz y más honesta conmigo misma. Por una vida en la que defiendo mis derechos y los de los que necesitan ser defendidos. Lo único que quiero es ser libre para ser yo misma, en mi propia realidad, a mi manera y con mis gustos, sin temor a perder mi vida, mi salud física o mental.

Y a pesar de que esta historia empezó con un secreto que me traumatizó desde la niñez, terminará con otro de mayor magnitud, por la misma razón que mi mamá guardaba los suyos con tantos misterios. Porque las consecuencias muchas veces pueden ser peores que la misma información. Se supone que los secretos o las mentiras se dicen para hacer la vida más llevadera o, incluso, más larga; después de los dos infartos que ha sufrido mi papá y el tumor que lleva mi mamá en su cabeza, no me afana que lean este libro, a pesar que en la actualidad muchas de los pasajes aquí descritos hacen parte ya de mi pasado, no vale la pena arriesgar lo primero y último en mi vida por confirmarles experiencias que sé, chocarían con sus propias creencias y les causarían gran malestar físico y mental.. A mi madre, por obligarme a nunca contarle a mi papá, nunca la justificaré, pero hoy más que nunca, la entiendo.

ESTRUCTURA ENTREVISTA MARÍA DEL MAR

NÚCLEOS TEMÁTICOS:

1. Trayectoria biográfica
2. Entorno familiar
3. Entorno social: colegio, barrio, otras actividades.
4. Orientación sexual y contexto Comunidad LGTBIQ
5. El cuerpo
6. Violencia simbólica

INTRODUCTORIAS:

- ¿Nombre?
- ¿Te gusta tu nombre?
- ¿Por qué no tenías el apellido paterno?
- ¿Tu padre se hizo cargo de ti, así no tuvieras el apellido de él?
- ¿Edad y lugar de nacimiento?
- ¿A qué te dedicas actualmente?
- ¿Qué te gusta de la comunicación?
- ¿A qué te gustaría dedicarte profesionalmente en el futuro?
- ¿Preferirías continuar viviendo en Colombia o quieres vivir en el extranjero?

1. TRAYECTORIA BIOGRÁFICA:

- ¿Cómo fue tu infancia?
- ¿Qué preguntas te hacías?
- ¿Hasta qué edad viviste con tu mamá?
- ¿En qué momento de tu infancia tu papá reaparece?
- ¿Qué otras dudas tenías cuando eras niña?
- ¿Qué tipo de actividades estaban restringidas para ti?
- ¿Le comentaste a alguien que te interesaban las mujeres?
- ¿Recuerdas algún comentario homofóbico que te confirmara que eso estaba socialmente 'mal visto'?
- ¿Te sentías cómoda viviendo con tu abuela?
- Si pudieras cambiar algo de infancia, ¿Qué sería?
- ¿Crees que tu descubrimiento sexual hubiese sido diferente de haber vivido con tus papas y no con tu abuela?
- ¿Qué más te molestaba cuando eras niña?

2. ENTORNO FAMILIAR:

- ¿Crees que te hizo falta una figura paterna?
- ¿Consideraste a tu abuelo como un papá?
- ¿Sientes, entonces, que te hizo falta esa figura paterna?
- ¿Consideras que tienes una relación fraternal con tu padre? ¿Se hablan seguido?
- ¿En algún momento intentaste reemplazar la figura de tu padre?
- ¿Cómo describirías a tu papá?
- ¿Alguna vez te regañó tu papá?
- ¿Cómo ha sido la relación con tu madre? ¿Cómo es actualmente? ¿Qué cambió?
- ¿Te hubiese gustado que tu relación con tu mamá hubiese sido diferente?
- ¿Te enojaste con tu mamá cuando se fue del país?
- ¿Te arrepientes de no haberte ido a vivir con tu mamá?
- ¿Cómo describirías a tu mamá?
- ¿Sabes si se arrepintió de no haberte llevado con ella?
- ¿Aun sientes rabia con ella o, con ellos?
- ¿Cómo supo tu mamá que eres lesbiana?
- ¿Qué sentiste al notar su reacción?
- ¿Después que tu madre se enteró que eres lesbiana, cambió la relación?
- ¿Cómo fue vivir con tu abuela?
- ¿Cuál es el primer recuerdo que tienes de ella?
- ¿Cuál es la frase que más recuerdas que ella te decía?
- ¿Tu abuela te habló mal de tu papá alguna vez?
- ¿Cómo influyó la abuela en lo que hoy eres? Para bien y para mal.
- ¿Cómo era el trato de ella hacia ti y hacia tu hermana?
- ¿Y hacia tus primos?
- ¿Cómo fue contarle que eres lesbiana?
- ¿Cambió la relación después de eso?
- ¿Te sentías discriminada?
- ¿Cómo es tu relación actualmente con ella?
- ¿De dónde es ella? ¿Por qué llegó a Palmira?
- ¿Alguna vez te comparaste con tu hermana?
- ¿Alguna vez alguien te comparó con tu hermana?
- ¿Con qué específicamente te comparaban con ella?
- ¿Cómo te sentías cuando eso pasaba? ¿Le tenías algún tipo de rabia a tu hermana?
- ¿Cómo es tu relación con ella en la actualidad?
- ¿Era común que en tu casa te obligaran a cumplir con tareas que los hombres no hicieran también?

3. ENTORNO SOCIAL:

- ¿Dónde estudiaste el bachillerato?
- ¿A que grupos sociales has pertenecido? ¿por qué?
- ¿Tienes muchos amigos?

4. ORIENTACIÓN SEXUAL:

- ¿Cómo fue perder tu virginidad? ¿Con quién la perdiste?
- ¿Cómo fueron los días antes de ese momento?
- Cuando terminaste con tu novio, ¿ya habías estado con alguna chica?
- ¿Te dolió que ella hiciera eso?
- ¿Cómo fue la virginidad con una mujer?
- ¿Cuál ha sido el insulto que más te ha afectado de parte de tu familia con respecto a tu sexualidad?
- ¿Ahora te sientes cómoda con tu familia o aun es molesto para ti su posición respecto a tu sexualidad?
- ¿Recuerdas el momento preciso cuando supiste que eras lesbiana?

5. EL CUERPO:

- ¿Te sientes cómoda con tu cuerpo?
- ¿Algún momento de discriminaron por tu aspecto físico?
- ¿Quién? ¿Dónde? ¿Qué te dijeron? ¿Qué hiciste?
- ¿Qué piensas de las mujeres que son obligadas a cumplir un prototipo físico?
- ¿Cómo te sientes viviendo alejada de tu familia? ¿Ha cambiado algo?
- ¿Alguna vez te has aprovechado del 'ser mujer' para obtener algo?
- ¿Esta cómoda siendo una mujer negra?

6. VIOLENCIA SIMBÓLICA:

- ¿Qué piensas de vivir en pareja?
- ¿Qué piensas de los roles que tradicionalmente se le han asignado a hombres y mujeres en una relación
- ¿Eso te da miedo al momento de tener pareja?
- ¿Crees que eso que sientes es producto de algún conflicto de la infancia?
- ¿Qué opinas de los casos de violaciones sexuales por parte de padres y padrastros a niñas?
- ¿Alguna vez has sido forzada a hacer algo que como mujer te haga sentir vulnerada de cualquier manera? ¿En qué escenarios?

REFERENCIAS

- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama, traducción de Joaquín Jordá.
- Falcio, A., & Fries, L. (1999). *Género y derecho*. Santiago de Chile: Editorial LOM.
- Fraser, N. (1997). *Justitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Nueva York: Siglo del hombre Editores.
- Lamas, M. (1996). Perspectiva de género. P,216.

OTRA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

- Thomas, F. (2006). *Conversaciones con Violeta: historia de una revolución inacabada*. Bogotá, Colombia: Aguilar.
- Xinran, X. (2003). *Nacer mujer en China*. Emecé.

SECRETOS A VOCES

MUJERES ABUSADAS Y ABUSADORAS

